

Juan Ricardo Herrera Valenciano, s.j.

**Rector**

Felipe Espinosa Torres, s.j.

**Vicerrector Educativo**

Carlos Portal Salas

**Director General Académico**

Juan Ignacio Hernández Guerra

**Abogado General**

Ma. Cristina Solórzano Garibay

**Directora y editora**

Mariana Ramírez Estrada

**Secretaria y correctora de estilo**

Jaime Muñoz Vargas

**Asesor**

**Comité Editorial**

Ricardo Coronado Velasco

Daniel Lomas Ramírez

Jaime Muñoz Vargas

Laura Orellana Trinidad

René Orozco García

Margarita Torres Rodríguez

Patricia Hernández/ **alquimia**

**Diseño Gráfico**

**Víñetas:** Patricia Hernández

*Acequias* No. 24 Verano (junio) 2003, revista trimestral publicada y distribuida por el Centro de Difusión Editorial, dependiente de la Vicerrectoría Educativa de la Universidad Iberoamericana Torreón. Su distribución es gratuita para los alumnos, empleados y profesores del plantel.

Toda colaboración o correspondencia deberá dirigirse al Centro de Difusión Editorial, Universidad Iberoamericana Torreón, Calzada Iberoamericana 2255, 27010 Torreón, Coah. Teléfono (871) 729 11 35 o en la dirección electrónica [acequias@lag.uia.mx](mailto:acequias@lag.uia.mx)  
Tiraje 1500 ejemplares. Impreso en Impresora Mayrán, S.A. de C.V., Calz. Industria 199 sur, Colonia La Fe, 27350 Torreón, Coah.

Número de reserva al Título en Derechos de Autor: 04-1999-020116360000-102. Número de

Certificado de Licitud de Título: 10825 y Número de Las opiniones vertidas en los artículos de esta revista no

representan en ningún modo la postura institucional de la

Universidad. Son juicios de la estricta responsabilidad de los

autores.

2 Quintín Balderrama, sj, nuevo rector de la UIA Torreón

4 60 años de la Universidad Iberoamericana

7 Liderazgo y verdad social

SERGIO ANTONIO CORONA PÁEZ

9 Dos mundos diferentes

RICARDO CORONADO VELASCO

14 Una conciencia que se abre paso

JOSÉ MARÍA MARDONES

16 La vida no deja espacio para vivirla en su expresión *light*

LEONOR PAULINA DOMÍNGUEZ VALDÉS

18 La vinculación docencia-investigación

ANA MARÍA URDAPILLETA MEZA

21 A treinta años de su muerte

Picasso: un decaloguista del arte moderno

JAIME MUÑOZ VARGAS

24 *Memorias de Antonia*: un análisis desde la escatología cristiana

MARCO ANTONIO BRAN FLORES, SJ

30 El cine iraní: un encuentro lúcido y apacible con el Medio Oriente

GUILLERMO GARIBAY FRANCO

34 Nerudita

CARLOS VELÁZQUEZ

35 Fértiles Fuegos

CÉSAR CANO

36 Los poetas descifran el silencio

MA. CRISTINA SOLÓRZANO GARIBAY/MARIANA RAMÍREZ

39 Mujer, la carne llama

DANIEL MALDONADO

40 Los gestos de la erudición

DAVID LANGMANOVICH

45 La utopía literaria de Mario Vargas Llosa: *El paraíso en la otra esquina*

MIGUEL BÁEZ DURÁN

49 Ofensiva cultural en el Objetivo Hussein

SAÚL ROSALES CARRILLO

55 Color de fuego

RAFAEL MONDRAGÓN

58 Espejismos

MANUEL IÑAKI LEAL BELAUSTEIGUIGOTIA

59 El rabino

MONIQUE MITASTEIN

60 Los coloquios del diablo

RENÉ OROZCO GARCÍA

69 Un león en el pozo

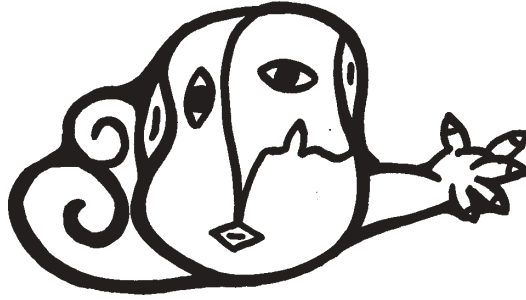
FERNANDO MARTÍNEZ SÁNCHEZ



A c e q u i a s



## editorial



El maestro Quintin Balderrama López, sj, tomó posesión como rector de la UIA Torreón el 4 de abril de 2003. Sucedió en el cargo al ingeniero Juan Ricardo Herrera Valenciano, sj, y con ello nuestra Universidad comienza un periodo de trabajo signado, según palabras del rector entrante, por el ideal de que “la UIA Torreón se consolide en su identidad propia sin dejar de ser parte del sistema UIA-ITESO; de madurar la experiencia iniciada hace veinte años para crecer y desarrollarse de acuerdo a sus propias capacidades; de clarificar y definir hasta dónde quiere llegar y cómo debe darse a conocer”.

Veinte años después de su fundación en estas tierras, la UIA Torreón es percibida ya como una institución que, sin abandonar su profundo sentido de pertenencia a un sistema, pueda ser capaz de trazar rutas propias de organización y de trabajo. Para lograr ese propósito, el maestro Balderrama López observó que le han sido encomendadas, entre otras tareas, “Fortalecer la comunicación formal e informal con los diferentes equipos de la Universidad. Ser transparente y abierto para discutir las decisiones con los equipos...

Rehacer el ambiente de trabajo entusiasta y dar confianza a todos”.

El nuevo rector enfatizó que los proyectos de la UIA Torreón demandan la capacidad de todos para establecer un diálogo abierto y propositivo, un diálogo que no anteponga “los intereses personales sobre el bien común” de la Universidad. Tratará entonces de promover un cambio de actitud comunitaria enmarcado en los planes de trabajo ya previstos por la UIA Torreón.

*Acequias* da la bienvenida al maestro Balderrama López y desea que su nueva estancia en estas tierras se traduzca en el ascenso de un escalón más de la UIA Torreón ahora que ésta inicia, no sin refortalecido brio, su tercera década de vida.

JAIME MUÑOZ VARGAS

# Quintín Balderrama, sj, nuevo rector de la UIA Torreón

El pasado 4 de abril tomó posesión como rector de la Universidad Iberoamericana Torreón el maestro Quintín Balderrama López, sj, quien fue electo como tal por el Consejo Educativo de la Universidad el 25 de noviembre de 2002.

La ceremonia se llevó a cabo en el auditorio San Ignacio de Loyola, contando con la asistencia de Juan Luis Orozco Hernández, sj, provincial de la Compañía de Jesús y David Fernández Dávalos, sj, asistente de Educación del provincial, así como autoridades gubernamentales y rectores del Sistema UIA ITESO y otras instituciones educativas de la región, miembros del patronato, autoridades universitarias, profesores, personal, alumnos y ex alumnos de la misma.

El padre Quintín Balderrama, pronunció un discurso en el que destacó el compromiso y empeño que pondrá en su rectorado. Resaltó su interés por exhortar a todos los miembros de la comunidad UIA Torreón a participar "...en el gobierno de la Universidad, en un diálogo continuo, con amor y comprensión, tratando de buscar siempre el bien de los demás". Destacó también el hecho de que la Ibero se encuentra en un momento de conso-

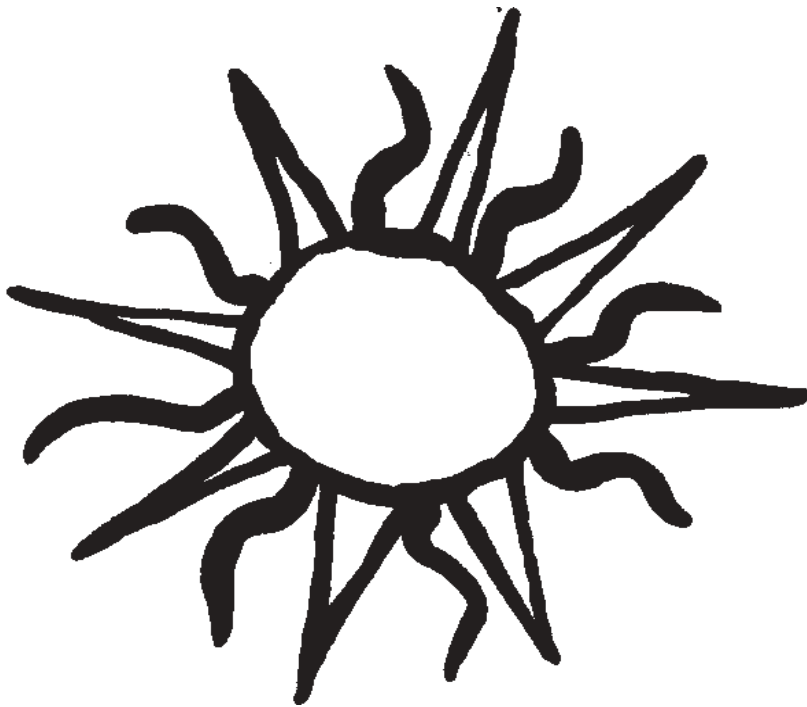
lidación y madurez a veinte años de su creación, desde luego, atendiendo a su pertenencia al Sistema UIA-ITESO.

Asimismo, entre las tareas más importantes por desarrollar durante su rectorado, "en un ambiente de auténtica libertad, respeto mutuo y normatividad participativa", mencionó las siguientes:

- Fortalecimiento de una comunicación transparente y abierta con los distintos equipos de trabajo que conforman la Universidad.
- Fomentar la reconciliación de la comunidad universitaria, creando un ambiente de entusiasmo y confianza, con mayor cercanía hacia el personal.
- Atender eficazmente los principales retos que enfrenta la UIA Torreón: fortalecer el nivel académico, integrando la formación social y valoral con la formación educativa, acrecentar la inscripción y formalizar la capacitación ignaciana para profesores.

Para responder a los desafíos más importantes en este momento dará continuidad a las estrategias propuestas en la planeación de la Universidad Iberoamericana Torreón de acuerdo a los Planes de trabajo 2003, que son:

1. Mejoramiento de la calidad académica.



2. Apropiación, difusión y aplicación del Modelo Educativo.

3. Desarrollo de carreras estratégicas.

4. Vinculación, relación y promoción de la Universidad con la Comarca Lagunera.

5. Tecnología aplicada a la educación.

6. Consolidación los servicios de apoyo y control administrativo

7. Concentración de esfuerzos de investigación en fe-cultura, pobreza y exclusión, Modelo Educativo e historia de la región.

Concluyó su discurso afirmando que

El camino no es fácil y los propósitos están señalados. Ninguna inseguridad tendrá lugar ni será válida como pretexto, si somos responsables, coherentes y consistentes en esta gran tarea de hacer cada vez más a nuestra Universidad Iberoamericana Torreón una Institución de excelencia en el servicio de esta región y de nuestra Patria, que requiere de hombres y mujeres para el servicio a los demás, para la construcción de una sociedad nueva fincada en la fe y en la esperanza de un futuro mejor en donde impere la paz y la justicia.

Quintín Balderrama López, sj, es licenciado en Filosofía y en Teología por el Instituto Libre de Filosofía en México, DF; licenciado en Psicología Educativa y en Orientación Vocacional por la Escuela Normal Superior Nueva Galicia en Guadalajara, Jal.; maestro en Economía de la Educación por la Universidad de Stanford en Palo Alto, California.

Desde 1965 formó parte de distintos colegios pertenecientes a la Compañía de Jesús como profesor, prefecto y director administrativo, en Torreón, Tampico y Puebla. Fue rector del Instituto Lux en León, Gto. (1976-82) y del Instituto Cultural Tampico en Tampico, Tamps. (1989-95).

Dentro de la Compañía de Jesús también ha ocupado los siguientes cargos: director de Ejercicios Espirituales en Puente Grandre, Jal. (1986-88), asistente de Educación y Promoción Social (1991-2001), representante del provincial en el Consejo de Educación Superior (1998-2001) y ecónomo general de la Provincia (1995-2003).

En otros ámbitos de trabajo, ocupó la vicerrectoría del Centro Interregional de Estudios Superiores en Tula, Hgo. (1972-76); fue director de Vivienda y director general adjunto de la Fundación de Apoyo a la Comunidad, formada en el DF después del terremoto de 1985.

# 60 años

## de la Universidad Iberoamericana

*La UIA Torreón a través de la revista Acequias, con la publicación de este mensaje\* de aniversario pronunciado por Peter-Hans Kolvenbach, preósito general de la Compañía de Jesús, comparte con la UIA ciudad de México el festejo por seis décadas de relevante presencia en la labor educativa mexicana.*

### VISIÓN DE LOS FUNDADORES

La Compañía de Jesús tiene como identidad propia responder a la mayor gloria de Dios, sirviendo a la sociedad humana con creatividad y flexibilidad “según personas, tiempos y lugares”. La Universidad Iberoamericana nació en un mundo destrozado por una espantosa guerra mundial, en una sociedad mexicana muy distinta de la actual.

Se concebía la Universidad Iberoamericana como una institución que aportara a la cultura el fermento del pensamiento cristiano para que en México el desarrollo de la ciencia y la tecnología no se realizara a costa de los valores humanos. Desde entonces ha sido empeño permanente de esta Universidad la creatividad académica, demostrada en la apertura de carreras y especialidades impartidas por primera vez en México y América Latina. En la labor universitaria realizada en estas aulas ha sido característica la búsqueda de la excelencia académica, y como fruto de este

esfuerzo se pueden presentar los miles de ex alumnos que han hecho su aporte al país desde los más diversos sectores de la sociedad, sin excluir las más altas magistraturas del Estado.

### HOY EL MUNDO ES OTRO

Hoy día, la creciente globalización económica y cultural del mundo nos hace vecinos de los que éramos remotos, y nos lleva a vivir una humanidad única en la que la pluralidad de identidades interactúan muy asimétricamente.

Esta realidad trae posibilidades nuevas, pero también grandes problemas e interrogantes mundiales. La universidad no está simplemente para conocer la verdad, sino también para formar y aprender a hacer el bien con la verdad conocida. La comprensión de la realidad nacional, hoy inserta en un mundo inexorablemente globalizado, exige una visión de conjunto, completa y multipolar.

Nuestro reto consiste en que la radicalidad evangélica inspire a la Universidad para que la sabiduría espiritual disponga de los saberes



como instrumentos para defender la pluralidad de los pueblos y su vida digna. Los enfoques simplistas o meramente moralistas sobre la globalización, ayudan poco. Sólo una visión mundial de conjunto, multilateral y compleja, junto con una radical decisión de defender la pluralidad de los pueblos en su identidad y dignidad, puede responder a los retos actuales con enfoques adecuados y acciones, tanto locales como globales. Problemas como el de la pobreza y el empleo, la defensa del medio ambiente en la casa común de la humanidad y la paz mundial, no son solucionables aisladamente, sino que requieren acuerdos internacionales, autoridad mundial con valores y acciones locales acordes. Así no se impondrá la ley del más fuerte y trabajaremos con respeto a la dignidad e identidad de los diversos pueblos.

Hay otros cambios culturales que afectan profundamente a los valores humanos esenciales: por ejemplo, la creciente cosmovisión secularista y de individualismo progresivo tiende a desterrar de la sociedad y de la universidad, la fundamental pregunta sobre el sentido último de la vida, y reta a la antropología

solidaria que en la fe en Jesucristo nos comunica. De ahí que, como tal vez nunca antes, debamos buscar la formación integral y el cultivo de los valores y de la responsabilidad, haciéndonos hoy la antigua pregunta de Dios a Caín: “¿Dónde está tu hermano?” (Génesis 4, 9).

#### **SAN IGNACIO CONCIBIÓ LOS ESTUDIOS UNIVERSITARIOS PARA SERVIR MEJOR**

Al año de su conversión, Ignacio de Loyola descubrió que necesitaba estudios universitarios para mejor ayudar a los prójimos. En la ilustración recibida por Dios en el puente sobre el río Cardoner, experimentó tan “gran claridad en el entendimiento”, que según él, superaba todo lo que entendió el resto de su vida (*Autobiografía*, n. 30). Sin embargo, esta iluminación mística extraordinaria no le llevó a desdeñar los estudios, sino que, por el contrario, lo fue conduciendo a buscar las mejores universidades de su tiempo.

Para Ignacio es inaceptable la exclusión de una de las alternativas del dilema que le puso el funcionario de la Inquisición en Salamanca: enseñar “por letras o enseñar por Es-

píritu”. Personalmente, y luego con sus compañeros, quiere que los estudios exigentes vayan acompañados de la experiencia cristiana interior en la que Dios se comunica a la criatura. Son dos polos necesarios y complementarios, y por eso querrá que tanto los jesuitas como quienes trabajan y asisten a sus centros de enseñanza, se preparen bien “en virtud y letras”. Ignacio también descubrió en su vida universitaria el difícil entre hablar de Dios y estudiar, viendo que la indiscreción y exceso en uno, puede perjudicar al otro y viceversa.

Hoy la Universidad Iberoamericana es una Institución con espíritu y ciencia. La combinación de espíritu y letras hace posible que la Sabiduría que viene de Dios ordene los saberes, haberes y poderes humanos para mejor servir al prójimo.

#### **LA UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA CON ESPÍRITU Y CIENCIA**

En la sociedad mexicana hay muchos miles de jóvenes que buscan la excelencia académica universitaria, pero ellos y la sociedad entera claman por una academia puesta al servicio de la vida de las mayorías y capaz de contribuir a la construcción de una sociedad inclusiva, con verdaderas oportunidades para las esperanzas de los pobres.

Una universidad no es tal si silencia lo inhumano de la actual abundancia global, ni si mira a otro lado para no ver las iniquidades que claman al cielo. Tampoco basta denunciar la pobreza, la injusticia o el deterioro del medio ambiente. Es necesario hacerlo universitariamente, con sabiduría espiritual y con el cultivo existente de los saberes necesarios para construir nuevas realidades más justas y más humanas. Tenemos que ordenar los medios a sus fines correspondientes. Por eso hoy más que nunca necesitamos una Universidad que, en la formación de los jóvenes, en sus investigaciones y en su voz en la sociedad, se distinga por su conexión con las necesidades de los pobres y sus aspiraciones legítimas, al mismo

tiempo que hace de puente con el mundo empresarial y con la gestión pública, para que juntos puedan construir una sociedad inclusiva con oportunidades de vida digna para todos.

Al preguntar con qué contamos hoy para hacer frente a estos retos, me parece importante recalcar el hecho de que la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús dirige un grupo de universidades que están en proceso de construir un sistema efectivo que funcione como vasos comunicantes. También contamos con la Asociación de Universidades Latinoamericanas confiadas a la Compañía de Jesús, con evidentes ventajas en la medida en que respondan a la línea que se han trazado de pensar y actuar, con espíritu universal y articuladas en redes, conforme a nuestro carisma fundacional y tradición. Estamos llamados a formar un sistema con una inspiración muy definida, donde decenas de miles de profesores, investigadores y trabajadores, y cientos de miles de estudiantes ponen su talento universitario para servir en Latinoamérica al prójimo con los saberes guiados por la sabiduría y la inspiración evangélica.

Es cada vez más necesario aprender a trabajar en equipo entre las universidades, y dentro de ellas, la sistemática reflexión entre jesuitas y tan numerosos laicos, convencidos de que cada día es más importante el específico sello de la inspiración cristiana al modo ignaciano, que hoy tiene extraordinarias posibilidades y vigencia.

Que en la celebración de estos 60 años el Espíritu Santo nos ilumine, para que con creatividad respondamos a los retos de una Universidad que quiere servir y contribuir a formar personas competentes y solidarias, y a inspirar y producir soluciones humanas donde los valores del Reino de Dios actúen como levadura del mundo globalizado que nos ha tocado vivir. 🌱

\* 7 de marzo de 2003.



# Liderazgo y verdad social

Sergio Antonio Corona Páez

Menciona el Evangelio que hace dos mil años el procurador romano Pilatos se preguntaba (¿o afirmaba desengañado?) “¿Qué es la verdad?” Un famoso poeta del siglo XIX proponía que “todo es del color del cristal con que se mira”. Con estas frases, dos personajes tan distantes en tiempo, espacio y cultura manifestaron sospecha ante la comúnmente aceptada noción de verdad absoluta o al menos, la que podemos llamar verdad social absoluta.

El hombre es un ser que trabaja, que necesariamente tiene que trabajar con convenciones o acuerdos sociales para poder comunicarse, y en última instancia, para poder vivir. Parafraseando a san Lucas, diremos que en la cultura “vivimos, nos movemos y somos”. Un ejemplo: en español, todos llamamos “blanco” al color de las nubes en verano. Pero igualmente lo podríamos haber llamado al revés, “ocnalb” (pronunciando con un ligeramente mayor grado de dificultad). Si todos estuviéramos de acuerdo, “ocnalb” pasaría a ser un término usual del habla cotidiana y pronto sería parte del vocabulario incluido por la Real Academia Española. El color blanco es llamado de muy diversas formas de acuerdo al consenso inicial de los diferentes grupos lingüísticos del mundo: *white*, *bianco*, *blanc*, *blanch*. Esta diversidad demuestra la naturaleza puramente convencional del vínculo que existe entre los conceptos u objetos y la manera como se les nombra; o como lo expresaría mucho mejor un lingüista, del vínculo que existe entre los referentes, significantes y significados.

Pero las convenciones sociales van mucho más allá de la simple nomenclatura. La verdad también es objeto de convenciones sociales.

Los católicos mexicanos “sabemos” que los protestantes “están equivocados”. Los protestantes, que por otra convención social se autodenominan en la actualidad “cristianos” para diferenciarse de los “católicos” y demás “incrédulos”, piensan que los errados somos los católicos. Además, como uno de ellos me dijo airadamente en cierta ocasión, no son “protestantes”, porque ellos no “protestan de nada”. Las clases adineradas, las medias y las de bajo ingreso poseen convenciones muy diferentes para el significado del polisémico concepto de “naco”. Si no me cree, realice usted una pequeña encuesta y verá. Le aseguro que será una experiencia tan divertida como esclarecedora.

Por otra parte, entre los grupos que conforman una sociedad, sea urbana o rural, siempre hay ciertos individuos que, por gozar de mayor prestigio y credibilidad que otros, son creadores o promotores de consensos. Se trata de los líderes de opinión, aquellas personas a las que su grupo les atribuye total o casi total veracidad y credibilidad en los distintos campos del saber o quehacer cotidiano. Son aquellas personas “confiables”, a quienes los miembros de su grupo preguntan sobre “la realidad de las cosas”. Son aquellas personas a las que se considera tan evidentemente incuestionables, que incluso pueden imponer modas por la simple fuerza de su prestigio y encanto personal. Los medios de comunicación masiva pueden multiplicar su impacto y alcance de una manera nunca antes conocida.

Los que no son líderes, son directa o indirectamente seguidores de ellos. Cuando Madonna impuso el *look virginal*, muchas

SERGIO ANTONIO CORONA PAEZ  
Doctor en Historia por la UIA  
ciudad de México. Coordinador  
del Archivo Histórico Juan Agustín  
de Espinoza, sj, de la UIA Torreón.  
Autor de *San Juan Bautista de los  
González y Ríos de gozo púrpura*.  
Coordinador de la colección *Lobo  
Rampante* y editor del boletín  
electrónico *Mensajero* del Archivo  
Histórico. Becario de Conacyt.

jovencitas comenzaron a usar aretes de cruces invertidas, collares improvisados con rosarios y medallas religiosas, y no lo hacían por devoción. Otras, más conservadoras, continuaron usando la moda que diferentes líderes del vestir habían impuesto previamente.

Cuando una jovencita o una señora creativa pero sin atributos de liderazgo diseña y usa su propio vestuario (*sui generis*), puede convertirse en una disidente y una transgresora de la moda aceptada y aceptable. Por esta razón se expone a ser motejada de “ridícula”, “estrafalaria” o “naca”. Pero si la innovadora es una mujer a la que se le atribuye prestigio, estatus y credibilidad, su estilo personal se abre paso hasta imponerse, se convierte en un uso socialmente aceptado y valorado, es decir, se convierte en moda. Así surge una convención social y con ella, una verdad social, un estilo con proyección y aceptación sociales.

En cada grupo suele haber –para bien o para mal– líderes que guían y orientan a los demás miembros en las diversas áreas del conocimiento y de la conducta. Basta con que estas personas sean tenidas por informadas, prestigiosas o elegantes para que influyan en sus respectivos grupos. La mercadotecnia ha utilizado hasta el cansancio la difusión de productos sobre la base del concepto de liderazgo de opinión.

La influencia positiva o negativa del liderazgo de opinión acerca de un grupo, sector o sociedad dependen de las virtudes que se le atribuyen al líder. Hitler era un personaje a quien su pueblo confería credibilidad, genialidad e incuestionabilidad absoluta gracias a su carisma y a su ministro de propaganda. Y fue este hombre quien llevó a Alemania a la ruina y a varios millones de personas al campo de exterminio. Muchos hemos visto la película en la cual a mister Bean se le atribuye erróneamente un gran conocimiento sobre arte, con resultados verdaderamente ridículos.

Para cualquier partido político, la realidad

de un municipio o estado depende en gran medida, de lo que piensen y manifiesten sus líderes de opinión. Las percepciones individuales de militantes y funcionarios son interpretadas a partir de lo que sus líderes –no necesariamente sus dirigentes– opinan. La realidad de la derecha no es la realidad del centro ni la de la izquierda. Son realidades simultáneas y diversas, de naturaleza consensual. Y cuando un grupo se fracciona, es porque en el fondo estaba constituido por dos grupos diferentes, con líderes, seguidores y verdades diferentes.

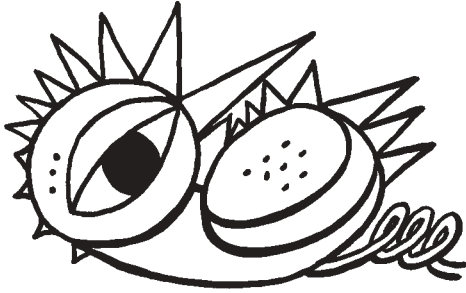
Es muy común que los funcionarios municipales, por su insuficiente conocimiento, prestigio o poder de convocatoria, requieran de los servicios de líderes de opinión que les permitan “vender su imagen” y a la vez, organizar, difundir e implementar sus proyectos entre la población.

Como bien dice Michael de Certeau, la realidad social puede construirse de manera deliberada y sistemática. Goebbels, el ministro de propaganda de la Alemania Nacional Socialista, sometió a la férula de la censura y de la propaganda a los medios masivos de comunicación. De esta manera, lo que los alemanes aceptaban y creían como verdadero era únicamente lo que Goebbels decidía. En México hubo una época en la que todo lo que informaba la televisión era incuestionable. Todos aceptábamos que la realidad era aquella y solamente aquella que nos daban a conocer los medios masivos.

El hecho de conocer y opinar sobre las verdades cotidianas por mediación de la sociedad parece ser un aspecto de la condición humana. Por lo general, el ser humano delega en los líderes de opinión la responsabilidad de sus propias certezas. Los pocos curiosos o valientes que asumen la responsabilidad del conocimiento y del juicio directo y personal con independencia de su grupo o entorno social, son considerados místicos, rebeldes o locos. Así de simple. 🗨️

# Dos mundos diferentes...

Ricardo Coronado Velasco



—¿Me puedes prestar el teléfono? —me interrumpió una voz femenina, con el dejo insufrible de chica ibero.

—Siiii... —le respondí, sin quitar la vista de mi libro, con un deliberado gruñido, que evidenciara su impertinencia.

—Aaay, qué lindo, gracias... —y de reojo la miré caminar hacia el escritorio de la secretaria.

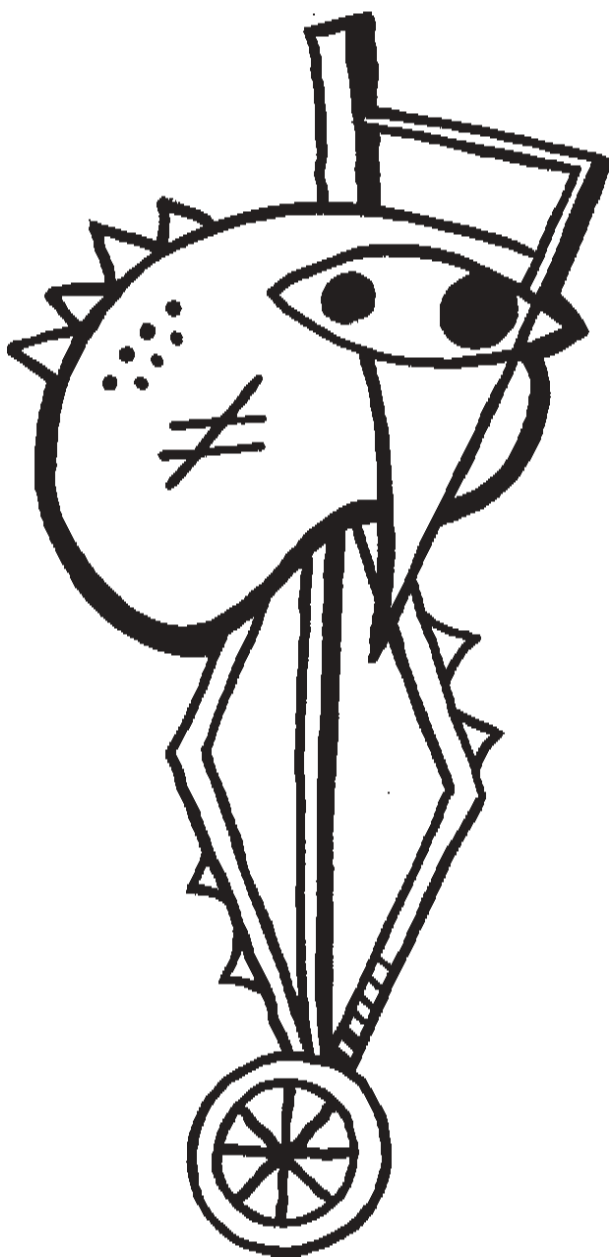
Tres cosas me incomodaron en ese momento: el atrevido tuteo de una mocosa que ni siquiera conocía, su irritante tonillo de niña boba y el que perturbara la paz de esas preciosas horas de las ocho de la noche, en las que, terminadas las clases, los profesores solemos recogernos en nuestros cubículos a leer el periódico, preparar las clases del día siguiente o simplemente, haraganear un poco —o un mucho, eso ya depende de cada quien— antes de ir a casa. “Para la otra, mejor me encierro”, pensé mientras me levantaba del sillón para cerrar la puerta de mi oficina. Volví a mi libro: ¡imposible concentrarme! La aguda vocecilla implacable atravesaba las paredes de vidrio y cartón del cubículo, de tal forma que tuve que zamparme, durante casi media hora, un precioso discurso que bien podría ilustrar el significado de la incoherencia. Yo no entendía ni un ápice de lo que decía aquella muchacha: “...te lo dije güey, el güey se la bañó... ¡no güey, no, no ese güey!, ese no es cabrón. Aaay cómo serás pendeja, güey, te digo del güey de mate... sí güey, ese güey, güey... ¡no mames güey! ¡se lo dijiste? ¡no maaanchessss güey? ¡Uta...! ¡y ora qué hacemos güey? ¡no chin-

gues güey?... nos van a coger... cabrona... ¿qué te dije!: el güey se la baña...”

Estuve tentado a salir de mi encierro, arrebatarle el teléfono a la chica, sacarla a empujones del lugar y lanzarla por las escaleras, asegurándome de que el impacto con el piso fuera tan contundente que en su vida —¿o su muerte?— volviera a emitir jamás su chillona voz. Pero deseché la idea, con sólo imaginarme las funestas consecuencias para mi persona. Intenté luego taparme los oídos con mis manos y concentrarme en la lectura; pero ni era una posición cómoda para el estudio, ni resolvía del todo la cuestión: cada vez que tuviera necesidad de voltear la hoja, habría estado expuesto a aquella tortura.

Debo confesar que soy un hombre práctico —aunque no lo parezca— y afecto a la solución de problemas. Por lo tanto, como es mi costumbre en estos menesteres, por principio de cuentas traté de calmarme. Reconocí entonces que mis estrategias preliminares resultaban tan desesperadas y violentas como ineficientes, por no decir sangrientas. Con esfuerzo me serené: di cauce a una espesa lluvia de ideas, que hizo crecer en mi atribulado cerebro la hierba de mis pensamientos: y satisfecho, corté aquí algo de pasto, allá algún helecho, acullá pequeños hongos, con lo que formé un exquisito racimo de tácticas de solución. Comencé por establecer una hipótesis de trabajo: si yo no entendía a esa güey, digo, a la muchacha, no era porque ella fuera incomprensible, sino porque hablaba distinto idioma que el mío. De aquí brotó, como de manantial, un chorro de

RICARDO CORONADO VELASCO  
Maestro en Ingeniería, maestro en Letras Modernas y candidato a doctor en Historia. Director del Departamento de Ciencias Físico Matemáticas de la UTA Torreón. Ha publicado, entre otros, *Nocturnancia*, *Por las que van de arena*, *Los refugios de la memoria* y *Epistolario de un sueño*.



preguntas: ¿Cuáles son las claves de su dialecto? ¿Cuáles sus paradigmas, su visión del mundo? ¿Qué estatutos estructuran su lenguaje, su sintaxis? ¿Cuáles son los míos, que impedían la comunicación y me daban la sensación de que ella y yo pertenecíamos a mundos diferentes?

Yo ya había pasado por una experiencia similar hacía algún tiempo. Esa vez me topé con que alguien había estado usando mi computadora en mi ausencia. Era mi hija, que en ese momento había salido. Al regresar me encontró tratando de descifrar los geroglíficos que veía en el monitor.

—¿Qué es esto, hija?

—Ahh, es que estoy chateando.

—¿Chateando? ¿Con quién? ¿En qué idioma?

— Con mi amigo Micah, —ella pronuncia *Maica*— de Corea. En inglés.

—¿En ingleeess? ¿Algún inglés–coreano desconocido?

—No. En ingles, inglés.

—¿Eso es inglés? Parece fenicio o sánscrito, porque no se le entiende nada.

—Ay papá, nada que ver, por eso mi mamá te *desafana* —y me dirigió una mirada que no supe interpretar si era de ternura o de infinita compasión—.

Y no era para menos mi estupor. De verdad yo no entendía aquella jerga. Pero gracias a la buena relación que llevo con mi hija, ella accedió a explicármelo todo. Primero me costó entender que ella no era “ella” ni su amigo era su “amigo”: ella era *Nice*; y él, *Dox\_1*. “En el inter nadie es sí mismo”, me dijo, y yo me quedé en las mismas.

—Mira papá, esos se llaman *nics*: yo soy *nais* y Micah, *doxguiónbajouno*.

—Ahh...

—Ni Micah sabe cómo me llamo realmente, ni yo estoy cien por ciento segura de que él se llame Micah.

—Ahh...

Luego procedió a explicarme el galimatías. Yo no sé si la traducción que me hizo pueda

llamarse libre o libertina, pero en español, pasando por el inglés, rezaba más o menos así:

Dox\_1: Hi (Hi!) [¡hola!]

Nice: Hi (Hi!) [¡hola!]

Dox\_1: hru (how are you?) [¿cómo estás?]

Nice: ftx (fine, thank you) [bien, gracias]

Dox\_1: oic (oh, I see) [oh, ya veo]

Nice: me (I am eating) [estoy comiendo]

Dox\_1: weu (what are you eating?) [¿qué estás comiendo?]

Nice: md (my diner) [mi cena]

Dox\_1: 2l8 lol (it is to late! ja, ja, ja) [¡pero es bastante tarde para ello! ja, ja, ja]

Nice: y lol (yes, ja, ja, ja) [Sí, ja, ja, ja]

Dox\_1: then bbl (then I will be back later) [entonces mejor regreso más tarde]

Nice: np (no problem) [no hay problema, no tienes que hacerlo]

Dox\_1: by tx (bye, thank you) [adiós, gracias]

Nice: yw (you are welcome) [de nada]

Sin duda esto nos parece ininteligible a los que fuimos jóvenes en los años sesenta, del siglo pasado. Lo manifiesta nuestras expresiones “los jóvenes de ahora han perdido los valores”, “los muchachos de hoy andan sin rumbo, sin saber a dónde dirigirse; no tienen interés en nada”, “en la actualidad los chavos no saben lo que quieren”.

Sin embargo, caemos en el error que tanto criticamos —en su momento— a nuestros padres: creer que los valores de los mayores son la verdad absoluta, inmutable, irrefutable. Se nos olvida que en esa interminable sucesión de generaciones, cada una se apropia a su modo de la herencia cultural de las anteriores; toma lo que le sirve y pone en la bolsa de los deshechos históricos aquello que no va con su tiempo. Los viejos olvidamos que no hay valores eternos y que muchos de los que colocamos en el al santuario de nuestras vidas son, para los que nos suceden, inoperantes e incluso, algunos de ellos, inservibles.

Me gusta cómo Baltasar Gracián expresa

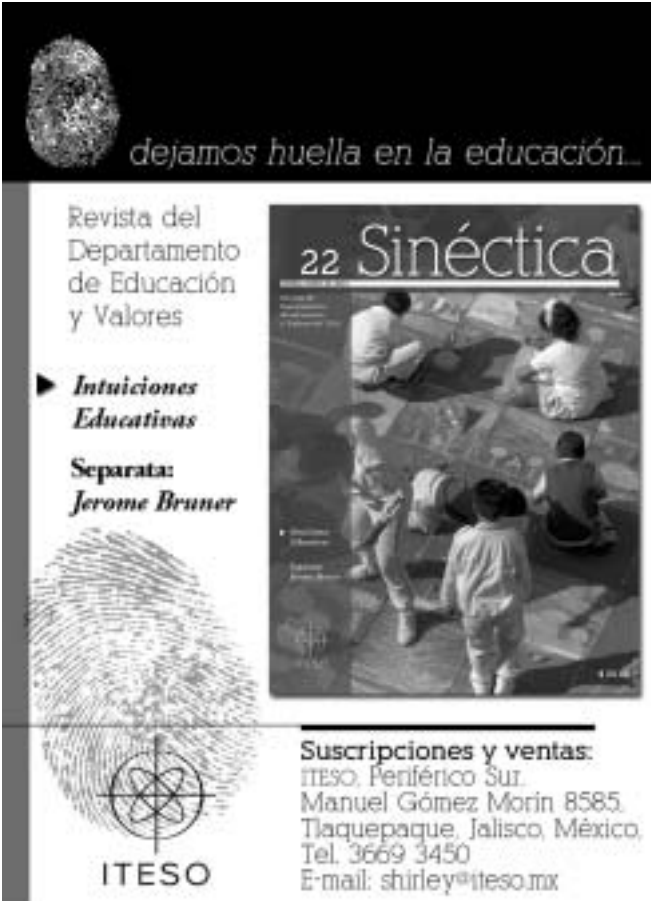
el asunto. Subraya la idea de que el mundo se forma de contrarios y se concierta de desconciertos: “No hay cosa —escribe— que no tenga su contrario con quien pelee, ya con victoria, ya con rendimiento, y todo es hacer y padecer; si hay acción, hay repasión”.

Y es verdad: a las viejas generaciones se oponen las nuevas; los generosos a los mezquinos; a la sombra, la luz... El mundo se conserva y reproduce gracias a la convivencia armónica de los antagonismos. Acción y reacción, he aquí la clave. Estímulo y respuesta. Todo batalla con todo: los elementos, los males y los bienes... los tiempos: a la antigüedad se opuso la edad media; a ésta, el renacimiento; la posmodernidad, a la modernidad. Acaso es este último contraste la polvareda que se levanta entre los jóvenes y los adultos de hoy en día, enturbiando la visión.

Después de todo, estamos convencidos de que la modernidad se ha agotado; dio de sí lo que podía dar y se está colapsando. Somos testigos de la emergencia de un nuevo periodo. Hoy por hoy le llamamos posmodernidad, con la partícula “post” antepuesta a “modernidad”, que resalta su cualidad contestataria de ella. Presenciamos un tiempo en el que se cuestiona la vigencia de todo lo prometido por la modernidad.

¿Qué propuso la modernidad? Un nuevo hombre, una nueva sociedad, el triunfo de la razón, la riqueza, la libertad y la justicia sobre la irracionalidad, la pobreza, la dominación y la arbitrariedad.

Hoy ya no estamos tan seguros de esas virtudes. ¿Quién puede asegurar ahora que el ser humano, con toda su racionalidad, es más importante que la naturaleza? Los estragos ecológicos delatan la irracionalidad del que se sintió heredero, dueño y señor del mundo. ¿Qué su inteligencia le confiere al hombre un lugar privilegiado en el mundo? Acordémonos de aquella “lucha del hombre y la máquina”, en 1997: Deep Blue, la computadora creada por IBM, ridiculizó las capacidades de aquél,



dejamos huella en la educación...

Revista del  
Departamento  
de Educación  
y Valores

► **Intuiciones  
Educativas**

**Separata:  
Jerome Bruner**

22 Sinéctica

Suscripciones y ventas:  
ITESO, Periférico Sur,  
Manuel Gómez Morín 8585,  
Tlaquepaque, Jalisco, México,  
Tel. 3669 3450  
E-mail: shirley@iteso.mx

ITESO

derrotando al campeón de ajedrez de entonces, Gari Kasparov. ¿Qué la razón, la ciencia y la tecnología crearían un mundo mejor? Basta revisar la historia moderna de la humanidad: una larga cadena de guerras: las primera y segunda mundiales, Corea, Vietnam, la Guerra Fría..., Irak... Por supuesto, nos acusan el daño que los aerosoles y aires acondicionados causan a la atmósfera, los alimentos artificiales nocivos; Washington, Londres, Moscú... despóticos; Nueva York, frívola e injusta; Buenos Aires o Nueva Delhi, paupérrimas. ¿Progreso? ¿Para quiénes?

El desencanto. El mundo, en especial los jóvenes, desilusionados, escépticos con respecto a los ofrecimientos y augurios de la modernidad. “Los deseos de nuestra vida forman una cadena, cuyos eslabones son las esperanzas”, escribió Séneca alguna vez. Pero cuando se pierde la esperanza se rompe la cadena y nos invade la angustia. La primera reacción es impugnar lo establecido. Impugnarlo con rabia. Aunque se corre de todos modos el riesgo de estancarse allí y no ser capaces de plantear nada a cambio (como lo hizo la generación de los sesenta, que se la pasó refutando a las generaciones anteriores y posteriores a ella). Pero también se puede tener la fortaleza de continuar al siguiente paso: la búsqueda de otros sentidos y valores que permitan la construcción de un nuevo mundo. Este es el camino de la posmodernidad.

En otras palabras, la posmodernidad es la sensación de que tanto el mundo como nuestra percepción de él han cambiado.

La posmodernidad puede entenderse a través de cuatro niveles, guiados por un mismo hilo conductor: el cambio de época. Pero llámese *posmodernidad*, *posmodernización*, *posmodernité* o *posmodernismo*, a fin de cuentas hablamos de un cambio que nos permite problematizar, criticar y proponer.

El cambio en el mundo se muestra en varios ámbitos. Por ejemplo, la definición de *familia*. La familia nuclear ha dejado de ser la

única célula reconocida de la sociedad, como la definían los positivistas: los límites tradicionales y los roles de los actores dentro de ella han cambiado. Ahora aceptamos nuevas formas de relaciones dentro y fuera de ella: el padre o la madre solteros, los divorciados, la unión libre, el matrimonio entre homosexuales... Otra muestra es el fenómeno de la diáspora. La inmigración y la emigración desarraigan los límites entre lo propio y lo ajeno. Las fronteras han desaparecido con el internet. Éste y la movilidad propician la emergencia de terceras culturas, mezcla de las existentes: los jóvenes de todo el mundo visten *jeans*, escuchan la misma música y las religiones orientales comienzan a ser una opción en nuestro país. Sin duda, ahora los contextos socioculturales son más flexibles y móviles: nuevos retos para entender a las personas.

Pero hay dos aspectos que tienen que ver con el cambio en la percepción del mundo y con las dos anécdotas con que inicié mi ensayo. Por “cambio en la percepción del mundo” quiero decir la forma como los jóvenes lo experimentan, lo viven, comparado con nosotros.

Una de ellas es la fragmentación de las identidades. A diferencia de otras épocas, en las que una persona conservaba, en todo momento y lugar, su esencia, su identidad, su naturaleza –se era cortesano, herrero o súbdito en dondequiera–, en la posmodernidad el joven es estudiante en la universidad, mesero en el McDonald’s, en el internet, musulmán, mujer, homosexual o cuatro personas a un tiempo –identidades múltiples–.

La otra es la diferencia en los lenguajes, en las gramáticas. Los jóvenes hablan –escasamente escriben– basados en una gramática visual; nosotros, en una escrita. Los jóvenes hablan como si estuvieran viendo. Nosotros, en cambio, los que nacimos de los años cincuenta hacia atrás, hablamos como si escribiéramos. Nuestra gramática pertenece más al ámbito de lo escrito. Los profesores, sobre todo, nos expresamos como si leyéramos o

escribiéramos. Es natural. Ellos nacieron, se amamantaron y han crecido con la televisión, la cinematografía, el video, el nintendo y, principalmente, con el internet. La imagen es el medio; pero “el medio es el mensaje”, rezan los comunicólogos.

Los jóvenes marchan irreparablemente “hacia la visualización total de la realidad, ‘la civilización de la imagen’”, escribe José María Mardones en su espléndido ensayo *La vida del símbolo*.

Pero hay un riesgo en ello. Los jóvenes han reemplazado la imagen por el símbolo. El símbolo es la forma de conocimiento con el que nos acercamos a esa realidad invisible, intangible, pero necesarísima para el hombre, que lo ubica en los terrenos del mito, de la religión, de la fantasía. El símbolo enriquece nuestra realidad dándole dimensiones gratificantes y hasta saludables. La imagen, en cambio, es reduccionista, empobrecedora. El mundo es como es, y nada más. El problema de “visualizar” la realidad, es que la imagen es fácilmente manipulable. Facilita la alienación. Mardones advierte el peligro: “Vivimos una situación paradójica: cuanto más crece el imperio de la imagen en nuestra sociedad y cultura tanto más se adelgaza la presencia del símbolo.”

Si bien pareciera que la realidad se virtualiza, tampoco nos toca a los viejos “enderezarles” el mundo a los jóvenes. Porque ése es el que les hemos dejado, lo hemos construido para ellos. Toca a las nuevas generaciones apropiárselo. Es decir, aprender a ser humanos en ese mundo. ¿Qué tipo de humanos? Quién sabe: pero seguramente el humano que ellos decidan ser y puedan construir con sus propios valores, esperanzas y cosmovisión.

No es, pues, que los jóvenes sean inaccesibles, sin valores, desorientados, indigentes culturales; más bien es que ellos y nosotros, “sus mayores”, vivimos ya dos mundos diferentes.

Y hasta aquí, lector. 🎧

# Una conciencia que se abre paso

José María Mardones

La guerra es una de esas situaciones límite (K. Jaspers) que tienen la virtud de mostrar lo mejor y lo peor del ser humano. En medio de la barbarie que supone toda guerra, aún las tecnológicamente limpias, aparecen síntomas esperanzadores que indican la *construcción de una conciencia moral antibelicista*. Sin duda es una buena noticia en medio de la aparente importancia de la reflexión y el pensar ético en nuestros días.

Lo primero que ha evidenciado esta *guerra de Irak* es la todavía impotencia de la razón ante la lógica de la fuerza. Lo que el imperio americano ha llevado a cabo no es diferente, dirán los historiadores, de lo que las potencias coloniales europeas hicieron a finales del siglo XIX en África. Sencillamente impusieron la lógica del poder *cuasi* omnipotente: podían, *ergo* se hacía. Una suerte de sacralización del poder desnudo que se buscará legalizar, luego, en un segundo o tercer momento, mediante el derecho positivo. Un intento legitimador a través del derecho y la ley de los vencedores, claro. La razón occidental, presuntamente ilustrada, cuando se mira desde la cercanía de los hechos y las prácticas políticas, aparece muy mezclada, cuando no al servicio del poder. La famosa “dialéctica de la ilustración” es una expresión incluso débil de la imbricación de la razón con el poder.

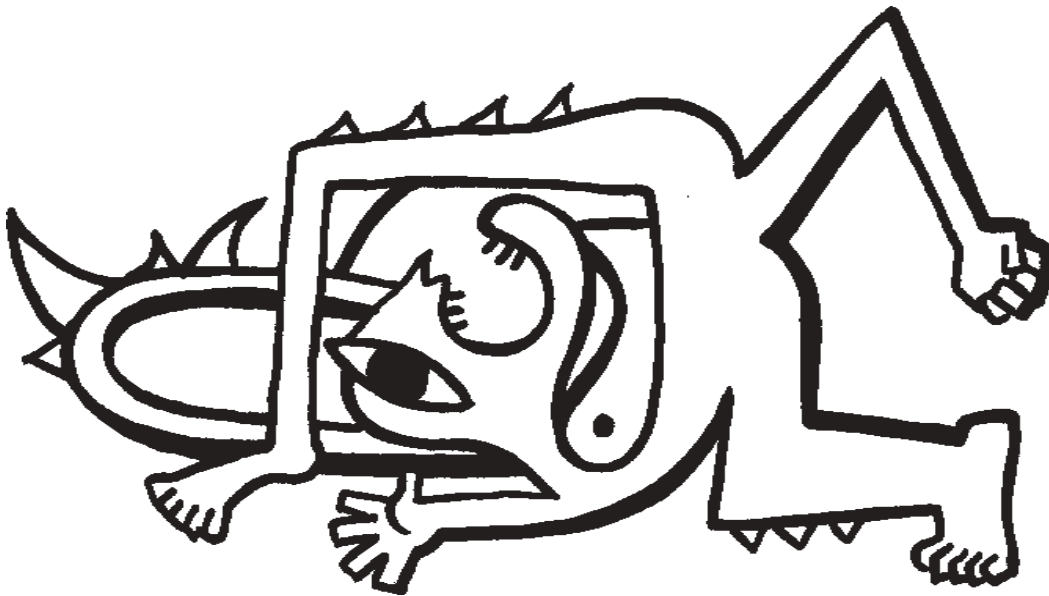
Al fondo de esta relación laten motivaciones que se revisten con ropajes mesiánico-

religiosos. Ayer, de la misión de Europa en otros continentes “paganos”, hoy de una visión hecha de sensibilidad apocalíptica y de la tradicional “luz sobre el monte”, referida a Estados Unidos, que encuentra gran resonancia en grupos evangélicos norteamericanos cercanos al presidente G. Bush y sus consejeros (G. Jackson), y al proyecto de redefinir la situación mundial del momento.

Al final, podemos concluir que la declaración de esta guerra preventiva sigue estrechamente la lógica de la razón mediatizada por el poder de tan larga duración histórica y tan visible en la época moderna. Bush, Aznar y Blair no ofrecen más que la continuidad de una “vieja” y peligrosa conciencia decimonónica de la imposición imperialista de la razón de la fuerza. Incluso es revelador que hayan prescindido del aval “legalizador” de las Naciones Unidas.

Pero asistimos a un cambio de conciencia expresada –con todas las ambigüedades que se quieran– en medio de las manifestación de oposición y rechazo a esta guerra. Cuando se escuchan las razones esgrimidas, más allá de las discusiones por la invocada resolución 1441 de la ONU, nos encontramos con una coincidencia que llama la atención: en el fondo se apela a las víctimas de esta guerra para deslegitimarla. Tanto políticos como manifestantes, al final, recurren a la interpe-lación que procede de las víctimas como im-





perativo moral que declara injusta la guerra. Una sola víctima, se diría en el límite (T. W. Adorno), bastaría para evidenciar el carácter inhumano y bárbaro de la guerra como solución. La razón (práctica) humana y la compasión, elevan un grito y una *exigencia de humanidad* que descalifica la guerra, la liquidación del otro y la producción de víctimas inocentes, como medio al momento de solucionar los problemas. Más allá de Sadam Hussein, de su buena o mala voluntad de plegarse a las exigencias de la ONU, advertimos que se abre camino una conciencia que ya no acepta la guerra como *mediación humana*.

Como la educación moral, el pensamiento filosófico tiene aquí un tema que estimula su tarea. Hay algo así como un aprendizaje moral a lo largo de la historia, el cual proclamó I. Kant. ¿Hay saltos cualitativos de paradigma moral, que ya no se olvidan como afirma J. Habermas? ¿Nos encontramos realmente ante un “salto” moral o elevación general de la conciencia moral?

A esta situación no se ha llegado porque sí, mediante un mero discurrir evolutivo. La terrible historia del siglo xx tiene mucho que ver. La historia de dolor y de genocidio de este siglo pasado es un poderoso acicate. “La memoria de las víctimas” interpela desde su silencio que clama por una respuesta *humana* para su destino. Esta conciencia moral se apoya sobre montañas de cadáveres. Desde este ingente dolor humano parece que algunas gotas de

sufrimiento han horadado la frialdad de la razón y del concepto. Llámese *experiencia de contraste* o dialéctica, la razón humana se moviliza para hacer justicia a la demanda que surge de ese “hecho” traumático. Aparece una razón compasiva. Se desvela que lo que nos une radicalmente a los humanos es la contingencia y el sufrimiento (M. Horkheimer). De ahí que una *razón humana* tiene que ser *solidariamente compasiva*. Esta nueva conciencia racional y moral se está abriendo camino. Una conciencia todavía débil y frágil que exige apoyo y cuidado, pero que ya está en la calle.

El pensamiento moral de este último siglo ha conocido una creatividad que podemos juzgar de llamativa y ha tratado de responder también a ese clamor. Tanto la vía kantiana de la universalidad que apela al olvido de la condición humana (el “*I'm a human being*”, esgrimido por Luther King y el movimiento de los derechos civiles), como su correctora del olvido del ser humano individual y concreto (W. Benjamin y los posmodernos), así como la corriente dialógica, desde Rosenzweig a Levinas, recurriendo a la interpelación del otro, de la víctima, están –en forma de nuevos movimientos sociales y revueltas, rebeldía e inconformismos– en el corazón de esta nueva conciencia que pugna por abrirse camino.

¿Será una prueba de que allí donde crece el peligro crece también la posibilidad de la salvación? 🌱

JOSÉ MARÍA MARDONES  
 Doctor en sociología y teología.  
 Estudió en Deusto, Bilbao y  
 Tübingen, Alemania. Investigador  
 en el Instituto de Filosofía del  
 Consejo Superior de Investigaciones  
 Científicas de Madrid, España.  
 Es autor de diversas publicaciones,  
 numerosos artículos, conferencias  
 y otras colaboraciones. Su atención  
 se centra en el análisis sociocultural  
 y su confrontación con la fe cristiana.  
 Sus últimas publicaciones han  
 abordado el pensamiento filosófico  
 y religioso de la actualidad.

# La vida no deja espacio para vivirla en su expresión *light*

Leonor Paulina Domínguez Valdés

LEONOR PAULINA  
DOMÍNGUEZ VALDÉS  
Profesora de tiempo e investigadora  
en el Departamento de Humanidades de la UIA Torreón.

“Tarde que temprano, la vida nos alcanza a todos”—me dijo hace unos días un buen amigo—. Tarde que temprano... demasiado temprano algunas veces diría yo. No conozco todavía a un ser humano común y corriente, al cual le guste sufrir gratuitamente, todavía no he conocido a nadie cuya estructura de personalidad busque el dolor para sentir dolor.

Es verdad, que existen muchas personas que poseen una estructura de personalidad depresiva y que con ella, buscan incesantemente el drama, el dolor, la muerte. Algunos sujetos con una marcada estructura melancólica, muy probablemente querrán evitar el dolor provocándose males mayores, como las adicciones, la incapacidad para mantener relaciones afectivas fuertes y duraderas, el autosabotaje laboral y la acumulación de tareas inconclusas y asignaturas pendientes, entre otras. No obstante, la mujer y el hombre común viven para la búsqueda de la felicidad y persiguen el *eros* vivificante antes que el *pathos* y el *thanatos*... Pero la vida tiene siempre para nosotros una caja llena de sorpresas y un camino impredecible, mismo que indudablemente está lleno de momentos de enorme intensidad, tanto en el gozo como en el sufrimiento.

Uno de los signos característicos de la transmodernidad (término morineano), está

centrado justamente en nuestra férrea voluntad de evadir el sufrimiento, en nuestra búsqueda desesperada del placer que mitigue la angustia predatoria ante el inminente misterio de la muerte, ante el dolor, ante la agonía, ante el sufrimiento y el dolor inmerecidos, porque nadie, absolutamente nadie merece vivir mal... y mucho menos merece morir mal. Ante la presencia del dolor, los seres humanos huyen despavoridos y aterrorizados como quien huye de un bombardeo, y buscan refugio ahí donde les es posible; todos luchan por escapar de la sombra amenazante del sufrimiento, especialmente de ese sufrimiento lento, permanente, inseparable y misterioso, penar eterno en tanto que no tiene tiempo preciso y resulta imposible de programar y planear en esta época en la que todo debe estar perfectamente planeado, controlado, organizado a corto, mediano y largo plazo... todo tiene que estar previsto, para que “una vez que la persona se sienta segura”, la vida continúe en la búsqueda incesante del gozo, del placer que le permita olvidar por un instante siquiera el peso de su fragilidad, la inevitable aceptación de su vulnerabilidad: su finitud.

Las décadas comprendidas entre los cuarenta y los cincuenta años, marcan un hito definitivo en la vida de las personas, entonces,

la vida se atesora y se cuida como un tesoro que se cela, las fuerzas se conservan para mejores momentos y ya la energía no se dispersa ni se dilapida absurdamente... aunque al mismo tiempo, todo adquiere una justa medida en el absurdo de la vida. El deseo de vivir se vuelve mucho más intenso y el “ser” de la persona se solidifica, el rostro y el cuerpo empiezan a mostrar las huellas que ha dejado la patina del tiempo, aunque como me dijo un viejo amigo, “Nunca un hombre o una mujer son guapos y elegantes antes de los cuarenta años”. Pero a pesar de la elegancia, la experiencia que dejó en el paladar el sabor a acíbar y hiel se han amalgamado con las delicias de la miel tibia y dorada que escurría del colmenar de las torres de marfil de la sonrisa adolescente.

Buscamos incesantemente la vida en *light*, pero no existe. La vida es más bien *strong*. Pero la paradoja humana es sencillamente incomprendible, porque mientras más *hard*, más *strong*, más *heavy* es la vida, la mujer-hombre se abraza más a ella en ese intento abarcador, en esa búsqueda ilimitada y correcta: atinada de perfección que conduce al “Ser” hacia la búsqueda del Eterno Perfecto, del Absoluto, del que todo lo hizo bien. ♣

Verano de 2002



# La vinculación docencia–investigación

Ana María Urdapilleta Meza

ANA MARÍA URDAPILLETA MEZA  
Egresada del Colegio de Pedagogía  
de la UNAM. Candidata a maestra  
en Psicopedagogía. Profesora en  
el Departamento de Humanidades  
y el área de Integración de la UIA  
Torreón.

Parece ser que vincular la docencia con la investigación es una buena estrategia para mejorar la calidad de la educación, porque el docente, al hacer investigación o, al menos, uso de la investigación, estaría en mejores condiciones de brindar una educación de “mejor calidad”.

Algunos autores han hallado que esta propuesta está relacionada con la idea de mejorar la imagen social y profesional de la docencia: es un hecho que socialmente, y también académicamente, la actividad de la investigación y por consiguiente, los investigadores, gozan de un mayor prestigio y reconocimiento, que quienes sólo se desarrollan en la actividad docente.<sup>1</sup>

Ya mucho se ha escrito sobre la imagen social del profesor y su situación económica y social. No es gratuito el dicho que menciona que... “se pasa más hambre que la de un maestro de escuela” para ilustrar algunas situaciones de pobreza. Parece ser más fácil reconceptualizar la docencia, que incrementar los salarios del gremio.

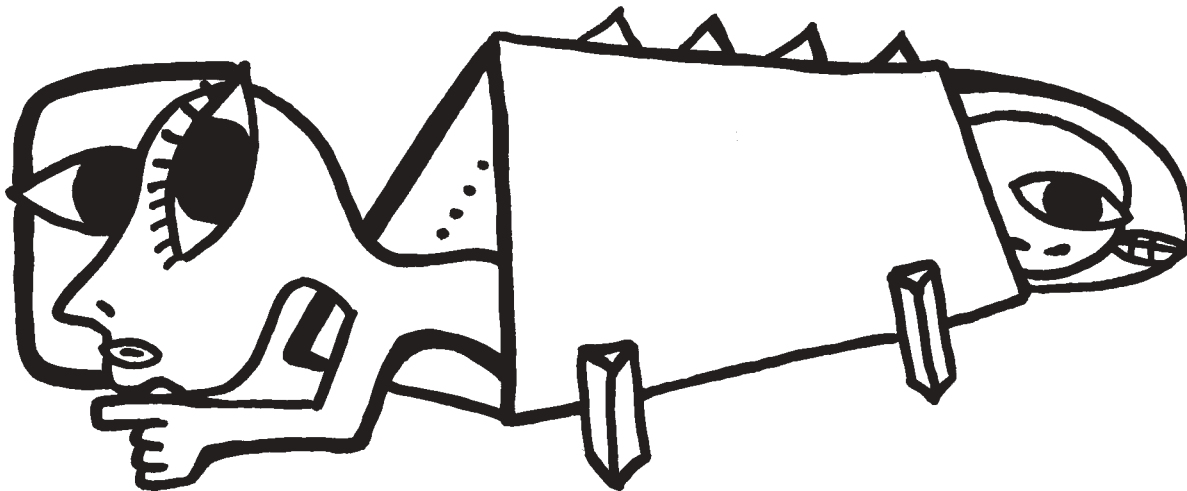
Dentro de las tareas que realiza el profesor, existen algunas que deben considerarse como una forma de investigación, por ejemplo, hacer acopio de material bibliográfico, seleccionar

y sistematizar los contenidos temáticos, así como las líneas de trabajo, lo que debe realizarse mediante la reflexión y el análisis de las necesidades de formación científica y profesional de los estudiantes.

Desde otra óptica se plantea que esta “desvalorización” del profesor y la sobrevaloración del investigador se debe a que no se ha documentado la producción de conocimientos de los maestros y a la idea de considerar la investigación como la única vía válida para producir nuevos conocimientos y contribuir al desarrollo de la pedagogía. La práctica cotidiana del docente también es productora de saberes y en la medida en que se avance en el reconocimiento de esos saberes será posible también la desmitificación de la investigación como único medio para producir conocimientos.<sup>2</sup>

Debemos considerar que vincular la docencia con la investigación puede ser conveniente porque no existe presupuesto para pagar a investigadores, ya que el gasto nacional en esta área educativa es el equivalente a uno al millar del gasto federal de destinado a la educación, o sea, el 0.00001 % del total del presupuesto para este rubro.<sup>3</sup>

En este sentido, la propuesta de vincular



la docencia y la investigación podría estar operando la lógica de que “si no hay presupuesto para formar y contratar investigadores (siendo fundamental la actividad investigativa) esta labor debe ser realizada por los docentes ya contratados; en consecuencia, éstos últimos serán ahora docentes–investigadores”.<sup>4</sup>

Esta propuesta también puede estar respondiendo a una necesidad de profesionalizar a los docentes que fueron “improvisados” como tales por la carencia de profesores para el nivel de licenciatura, por lo que el egresado tuvo que ser incorporado rápidamente a las tareas educativas, en su gran mayoría, los nuevos profesores llegaron a serlo sin experiencia profesional en su campo, pues pasaron directamente de la condición de alumnos a la de trabajadores académicos, carentes de una formación pedagógica sólida, o en todo caso, mediada por su paso por el sistema escolar, lo que eventualmente ha dado como resultado la mera reproducción de lo aprendido de sus maestros.

Esta falta de formación profesional de los profesores posiblemente no sólo está unida al problema de la baja calidad de la educación, sino que también implica la necesaria y urgente profesionalización, lo que obviamente ha

de contar con estrategias que permitan que se dé este proceso de formación sin que el docente abandone su centro de trabajo, lo que facilitaría la propuesta de que investigue acerca de su materia, para lo cual ha de hacer observaciones, análisis y propuestas de mejoramiento de sus clases. Así, trabajando y analizando su trabajo, el maestro no sólo realiza su función, sino que a la vez se capacita y actualiza para la misma tarea.

En este sentido, la vinculación de la docencia con la investigación implica más bien una vinculación de la investigación con los procesos de formación o autoformación de los profesores, de lo que resultarían investigadores como docentes, posibilitando realizar un tipo de investigación exclusivamente destinada a la tarea educativa y por otro lado, que al mismo tiempo el investigador realizara un trabajo docente.

Veamos estas dos propuestas más detenidamente:<sup>5</sup>

a. *La investigación para la docencia.* Puede entenderse como realizar investigaciones acerca del quehacer docente o sobre los métodos y contenidos de la enseñanza. Es decir, esta propuesta se entiende como un tipo de investigación en donde el objeto de estudio es la

docencia o los elementos que tienen que ver con ella o la facilitan.

Con dicha orientación, esta opción buscaría que los productos de la investigación tengan alguna utilidad práctica para los maestros, en la medida en que les brindarían conocimientos de aplicación directa a su función, ya sea en referencia a los métodos y contenidos de la enseñanza o en relación con los saberes propios del quehacer docente.

Los productos de estas investigaciones, al ser recibidos por los profesores, aumentarían su caudal de conocimientos y les permitirían tener un mayor número de herramientas conceptuales propicias a la reflexión y la acción ilustrada, para resolver los problemas continuos y cotidianos que están constituyendo su profesión.

b. *El investigador como docente.* Se podría pensar que los investigadores impartieran

algunos cursos relacionados con las áreas de metodología o seminario de tesis, e inclusive, que impartieran cursos sobre los temas que se encuentran investigando.

Esta idea se fundamenta en que el investigador como docente impartiría conocimientos de actualidad y acercaría a los alumnos a los métodos, técnicas y actitudes de indagación, disciplina y rigurosidad propios de la investigación.

Esta propuesta encuentra el límite tanto en los contenidos previstos para cada una de las materias de los planes de estudios, como en la misma capacidad didáctica del investigador. Además, habría que precisar en qué niveles de educación es factible establecerla.<sup>6</sup>



#### BIBLIOGRAFÍA

- Arredondo, *et. al.*, "Vinculación docencia-investigación", *Colección Pedagógica*, núm. 16, 1987.
- Arredondo, *et. al.*, "La investigación educativa en México. Un campo científico en proceso de constitución", *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 1, 1984.
- Barabtarlo Anita, "Propuesta didáctica para la formación de profesores en investigación educativa: método de la investigación-acción", serie *Sobre la Universidad*, núm. 6, 1989.
- Carr y Kemmis, *Teoría crítica de la enseñanza: la investigación-acción en la formación del profesorado*, Martínez-Roca, Barcelona, 1988.
- Ruiz Amparo, *La docencia y la investigación en ciencias sociales*, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales UNAM, México, 1983.
- Stenhouse L., "El profesor como investigador", *Investigación y desarrollo del currículo*, Morata, Madrid, 1984.

anuncio

<sup>1</sup>Arredondo, *et. al.*, "Vinculación docencia-investigación", p. 23.

<sup>2</sup>Amparo Ruiz, "La docencia y la investigación en ciencias sociales", p. 22.

<sup>3</sup>Arredondo, *et. al.*, "La investigación educativa en México. Un campo científico en proceso de constitución", p. 10.

<sup>4</sup>Barabtarlo Anita, "Propuesta didáctica para la formación de profesores en investigación educativa: método de la investigación-acción".

<sup>5</sup>Stenhouse L., "El profesor como investigador".

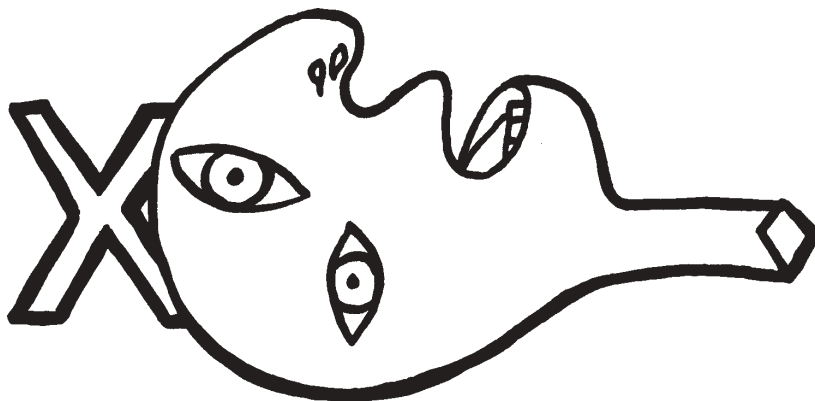
<sup>6</sup>"... en la docencia en forma de investigación, se le exige al profesor que sea fundamentalmente investigador de su práctica docente", Profirio Morán, "Problemática de la vinculación docencia-investigación en el proceso enseñanza-aprendizaje", p. 16.

A treinta años de su muerte

# Picasso:

## un decaloguista del arte moderno

Jaime Muñoz Vargas



En la historia del siglo xx acaso no hay un artista más emblemático que Pablo Diego José Francisco de Paula Juan Nepomuceno María de los Remedios Cipriano de la Santísima Trinidad Ruiz y Picasso. Se puede afirmar –sin miedo a incurrir en hipérbolos descabelladas– que el pintor malagueño sintetiza mejor que ningún otro los afanes y los logros del arte contemporáneo. Si el arco de su vida –abierto en 1881 y cerrado hace treinta años, en 1973– cubre la mayor parte de la pasada centuria, el arco de su obra representa cabalmente, y con genial esplendor, la “estrategia lingüística globalizadora”, la nueva gramática global de la que nos habla Subirats.

Proponer a Picasso como el *summum* del arte moderno es demasiado simplista, ciertamente, pero es por medio de esas síntesis como establece sus primeras coordenadas el estudio de las corrientes estéticas. ¿Hay un autor más paradigmático que Góngora para compendiar el barroco literario español? ¿Hay un realizador más significativo que Buñuel para perfilar al cine surrealista? ¿Alguien puede competir contra Hugo si queremos resaltar a la figura más

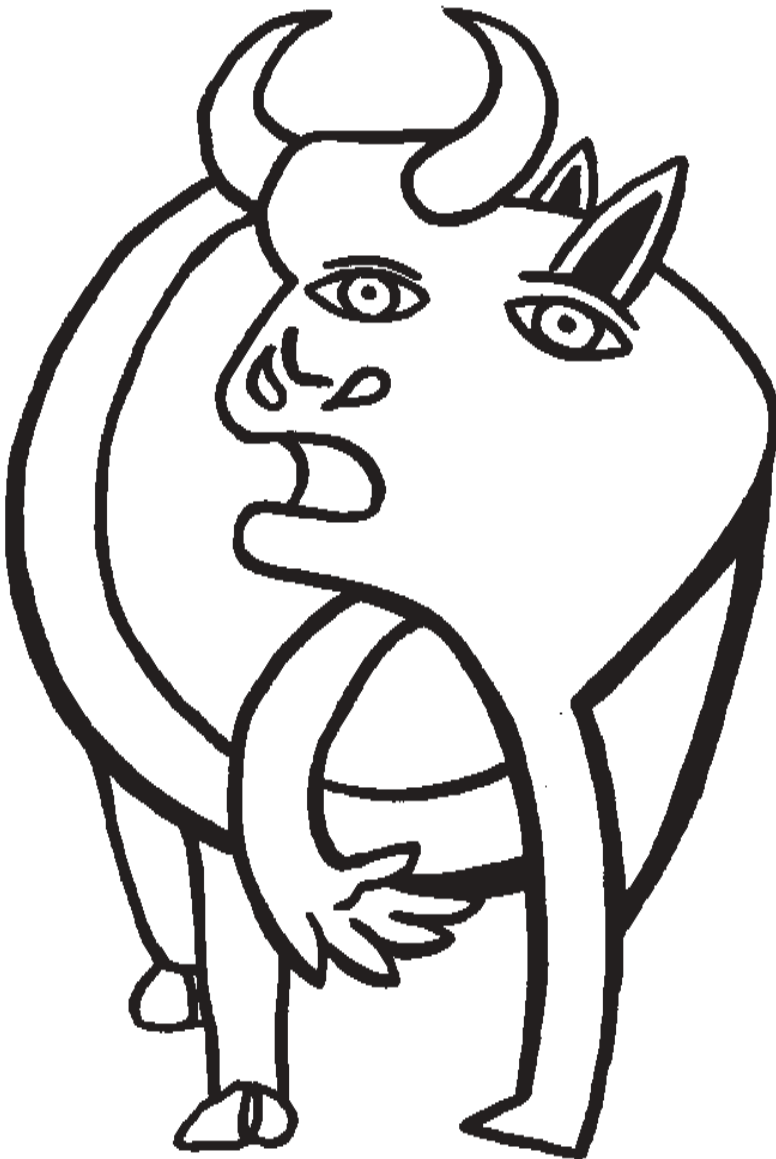
sobresaliente del romanticismo francés? La vida y la obra de Picasso son, entonces, suma y espejo de modernidad, ruta indispensable para acceder al conocimiento de la actitud creativa asumida por los artistas del xx.

Si el autor del *Guernica* es eso, entonces podemos repensar su propuesta como clave. Para comprender a Picasso, y al mismo tiempo las nociones básicas del arte vicesimista, se puede observar la secuencia de sus obras; puesto que se trata de un pintor, hacer eso es lo más indicado. Pero hay otra puerta de acceso, siquiera una rendija, a Pablo Ruiz: la que se nos abre tras la lectura de sus declaraciones. En ellas está condensada la visión de Picasso y es posible convertirlas en un decálogo que abraza –a veces ceñidamente y a veces no tanto– a buena parte de los protagonistas del arte moderno. Tal es el propósito de este acercamiento: espigar las palabras del malagueño y convertirlas casi en tabla mosaica de quienes renovaron y dieron vida a la pintura del siglo recién ido.

En *Picasso, poemas y declaraciones* (Darro y Genil, México, 1944), nuestro artista vuelca

JAIME MUÑOZ VARGAS

Licenciado en Ciencias de la Información y candidato a maestro en Historia. Investigador en el Archivo Juan Agustín de Espinoza, sj, y coordinador del taller literario de la UIA Torreón. Ha publicado entre otros, *El augurio de la lumbre*, *Palpito de la sierra Tarahumara* y *El principio del terror*; obtuvo el premio nacional de novela “Jorge Ibarguengoitia” con *Fervor de santa Teresa*.



una serie de opiniones que acusan un sentido conglobador, sintético. Habla de su experiencia personal, en efecto, pero dicha experiencia irradia su luz hacia múltiples destinos y parece que está hablando, con o sin permiso, por la tribu entera, por Gris, por Braque, por Mondrian, por Grosz, por tantos otros. He aquí, mirada a vuelatecla, una tentativa de decálogo picasseano:

1. *No buscar, sino encontrar.* Se opone aquí a la cristalización del arte por medio de pesquisas deliberadas o de investigación. Para Picasso, la búsqueda no es nada en sí misma, pues cualquiera puede tener esa voluntad. El éxito del arte, entonces, radica no en la exploración, sino en el hallazgo de las nuevas rutas de navegación. “Lo que cuenta es lo que se hace y no lo que se tenía la intención de hacer”, dice.

2. *El artista miente, pero dice la verdad.* Picasso entiende la palabra *arte* como fingimiento, como mentira o subjetivación de lo real. Éste es uno de los puntos caros a la retórica del artista contemporáneo, pues gravita, llevado a sus consecuencias últimas, en el resultado del arte moderno: la abstracción de la realidad, la demolición del modelo comúnmente llamado *figurativo*. “Me gustaría saber si alguien ha visto una obra de arte natural”, señala con ironía. Por supuesto que no, nadie la ha visto, dado que la naturaleza es naturaleza y el arte es arte. De allí parte, pues, la noción del producto artístico como mentira, una mentira que en sus pliegues esconde el rostro de la verdad.

3. *El arte no evoluciona.* Picasso contradice radicalmente la idea de evolución artística. “Para mí no hay en el arte ni pasado ni futuro. Si una obra de arte no puede vivir siempre en el presente no se la debe tomar en consideración”. Contrapone a la idea de evolución la de realización. Dependiendo de cada época, de cada caldo de cultivo, el arte producido queda peor o mejor realizado, y de allí su eternización, su perdurable presentismo. “Si



se pudiera expresar gráficamente la historia del arte como en una tabla de las que usan las enfermeras para anotar los cambios de temperatura del enfermo, se vería el mismo perfil montañoso, prueba de que en el arte no hay progreso ascendente, sino alzas y bajas que pueden ocurrir en cualquier momento. Lo mismo sucede con la obra del artista individual”.

4. *La pintura es, indefectiblemente, dibujo, composición y color.* Moderna o antigua, la pintura es dibujo, composición y color. En el caso del cubismo, como en el de cualquier otra escuela, observa Picasso, se han usado esos elementos pero con diferentes temas, “pues hemos introducido (...) objetos y formas enteramente ignorados. Hemos abierto la mente a lo que nos rodea”.

5. *El arte se construye con caprichos.* La cristalización de una obra de arte no depende de la preconcepción sino del capricho. Terminar un cuadro, pues, es una sorpresa, una inesperada revelación. “Un cuadro no se proyecta ni se decide de antemano. Al hacerse, va cambiando a la par que nuestras ideas. Y cuando se termina sigue cambiando según el estado de ánimo del que lo mire”.

6. *El arte abstracto no existe.* La abstracción pura es imposible, dado que el punto de partida siempre será un referente que, trabajado por la mano del artista en un proceso de supresión–adición de elementos que *borren* la realidad, dejará de todos modos una huella de lo que fue al comienzo. “No existe el arte abstracto. Hay que comenzar siempre con algo y después se pueden quitar todas las huellas de realidad. Entonces ya no hay peligro, porque la idea del objeto habrá dejado una marca indeleble”.

7. *La pintura está hecha de figuras.* Para Picasso no hay arte “figurativo” ni arte “no figurativo”, pues toda la pintura se crea con figuras. Una persona, un árbol, es una figura tanto como lo pueden ser un círculo y un triángulo. Cuando una figura ha perdido su

nexo con el referente lo único que hace es abreviar el camino hacia su impresión en la mente.

8. *Todo objeto es materia del arte.* No existen objetos de primera ni objetos de segunda. Todo, absolutamente todo entra o debe entrar en el arte con el mismo valor: el cielo, la tierra, un pedazo de papel, una telaraña; lo grande y lo pequeño, todo puede ser motivo del arte.

9. *No existe entrenamiento académico para la belleza.* El arte no se rige por un canon de belleza, sino por lo que el instinto y el cerebro son capaces de trazar.

10. *El arte no se comprende.* El valor del arte no radica en la comprensión, sino en la emoción inexplicable que produce. “Todo el mundo quiere comprender el arte. ¿Por qué no tratan de comprender el canto de un pájaro? ¿Por qué amamos la noche, las flores y todo lo que nos rodea sin tratar de comprenderlo? Pero si se trata de un cuadro, todos tienen que *comprender*”.

He allí, sucintamente expuesto, un decálogo del arte moderno, con todo lo que tenga de incompleto y perfectible. Con respecto de dicho decálogo se podrán destacar, insistimos, coincidencias o disidencias de un cuadro a otro, de un pintor a otro, y como ejemplo de esa síntesis picasceana podemos tomar un cuadro de Juan Gris (*Le taureangeau*, por ejemplo) para verificar que le son aplicables todas o casi todas las ideas del pintor andaluz. En lo que sí podemos estar totalmente de acuerdo es en que el genio de Picasso comprendió la esencia del nuevo arte y por ello desató, como bien sabemos, la revolución pictórica más importante de los tiempos modernos.

A treinta años de su muerte (Mougins, Francia, 18 de abril de 1973) el pintor malagueño sigue tan vivo, que cuando uno recorre sus obras emana la impresión (releamos el punto tres del hipotético decálogo) de que cada día pinta mejor. ▲

# *Memorias de Antonia*\* :

## un análisis desde la escatología cristiana

Marco Antonio Bran Flores, sj

### SINOPSIS

El día de la muerte de Antonia marca el inicio y el final de esta película. Con alternancia de narración en *off* y diálogo, Antonia evoca la vida de su dinastía, cinco generaciones de mujeres encabezadas por ella misma, en el marco de una comunidad rural. Los ciclos de la naturaleza se suceden, los tiempos cambian y los nacimientos y las muertes son vistos con auténtica naturalidad (Isabel Jaime).

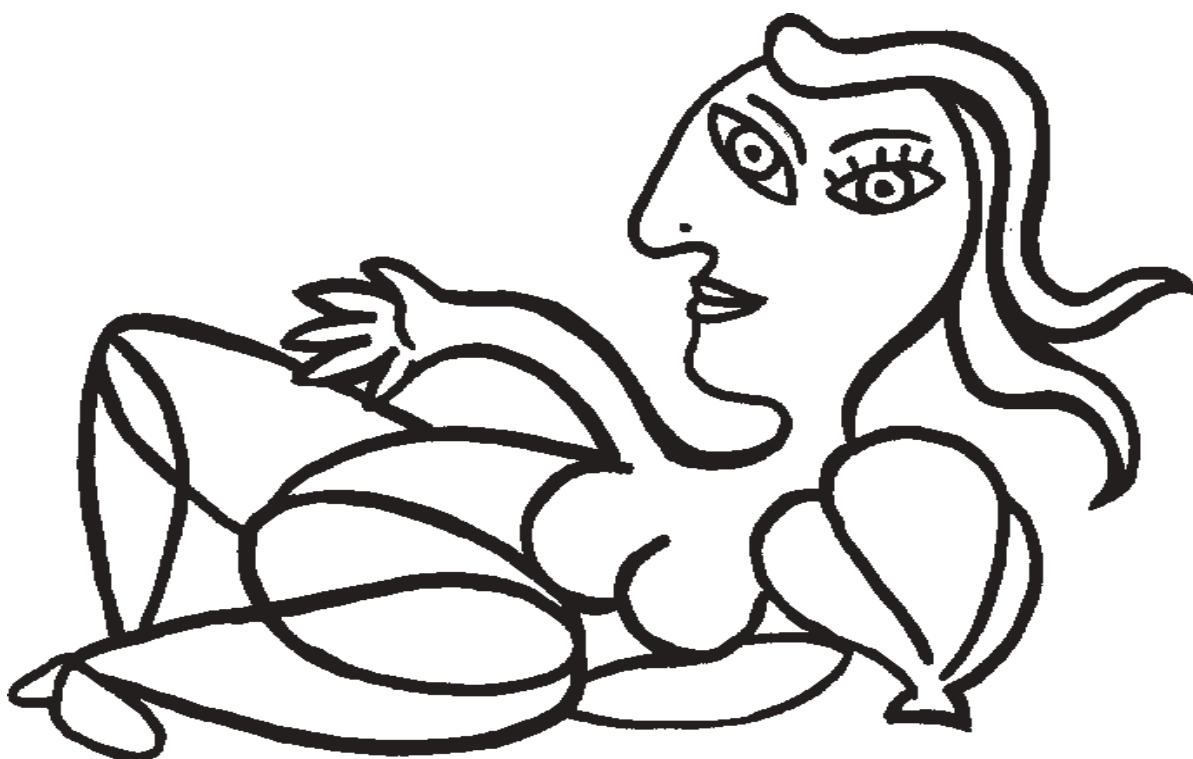
### EL PRESENTE COMO POSTRIMERÍA (LA REALIDAD ÚLTIMA Y DEFINITIVA ES LA PROMESA DEL HOY)

La película inicia en las postrimerías de una vida, la de Antonia: “Ese día, antes que saliera el sol, Antonia supo que su fin estaba cerca. Que ese era su último día”. Así que nuestra protagonista dispone de su final: “llamaría a sus seres queridos alrededor de su cama, les anunciaría su muerte inminente, cerraría los

ojos y moriría”. Su destino inmediato al fin estaba presente: “Bass, el granjero, le haría un ataúd; Olga, la rusa, se encargaría del funeral”.

La película inicia con un final sereno, sin fingimientos ni dramas, que remata con una maravillosa glosa a W. Benjamín: “no había nada de qué arrepentirse”. Según Benjamín, en eso consiste la felicidad: en percibirse a sí mismo sin vergüenza.<sup>1</sup> ¿Por qué Antonia no tenía nada de qué avergonzarse? ¿Por qué moría en paz? Con esta frase en voz de la narradora y Antonia mirando a través de la ventana de su habitación, la directora de la película nos responderá con una historia, con el argumento de una vida que no se agota en sí, sino que se prolonga en tres generaciones de mujeres y en una familia con vínculos plenos de humanidad, no sólo por lazos de sangre.

De esta manera Marleen Gorris nos remite a la historia como respuesta a lo postrimero;



de cara a la pregunta por lo último y definitivo que conlleva todo final pone el argumento de una vida.<sup>2</sup> Con ello parecería decirnos: lo definitivo de una vida es su argumento, lo importante del futuro está en el presente, la consumación de una vida radica en que “no haya nada de qué arrepentirse”. El último día marca un inicio: el de la vida de Antonia.

#### CIELO E INFIERNO COMO RECREACIÓN TEMPORAL DE LA FAMILIA HUMANA

Si lo definitivo radica en la historia y su acontecer, cielo e infierno dejan impresa su huella en cada momento del devenir humano. No es que *adquieran* formas temporales, el tiempo es su ropaje habitual sin que ello mengue su definitividad. Cielo e infierno *qua* realidades cotidianas no irrumpen en la vida de los hombres, son los hilos de la trama que anudan el tejido vital de la existencia.

“Entonces, ¿no existe el cielo?” Después de una serie de muertes, Sarah interroga a su abuela mientras cabalgan sobre el percherón de ésta última. “Este baile es el único que bailamos. Nada muere del todo, siempre surge algo nuevo: la vida quiere vivir”, con esta respuesta se abre una temática nodal en el filme que será rematado a renglón seguido en el guión por una segunda pregunta de la pequeña Sarah, que nos proporcionará la clave del talante de la película. “¿No es terrible que nada exista?” “Por eso existe demasiado. La vida prevalece”, responde Antonia. Como podemos apreciar, no hay una respuesta directa sobre el cielo si por él entendemos un “más allá”. De lo único que sabemos es del “más acá”. Es por esto que en la película el cielo remite a la belleza de la vida —aquella escena donde Antonia lanza al viento las semillas mientras siembra—, a la alegría del

Marco Antonio Bran Flores, sj  
Licenciado en Filosofía por la UA  
ciudad de México, en Filosofía y  
Ciencias Sociales por el Instituto  
Libre de Filosofía y Ciencias y en  
Ciencias Teológicas. Actualmente  
desempeña el cargo de rector del  
Instituto Cultural Tampico.

baile —como el que cierra el último banquete—, al gozo de sentarse a la mesa —aquél gesto natural y desenfadado con que Antonia invita a Letta a pasar a la mesa luego de la aparición de ésta en el portal, en estado avanzado de gravidez, con un hijo en cada mano—.

El cielo apunta a la paciente espera del “milagro de la muerte”, a la adecuación al propio ser —la relación amorosa de Antonia con el granjero Bass—, a la libertad que se asume a sí misma de manera creativa en el hecho de compartir y abrirse a otros para dejarse contaminar por el Otro —el incidente con el párroco del pueblo—. El cielo implica la capacidad de indignarse, de reintegrar y consolar —como a Labios Locos y a Dedeé—. En una palabra: el cielo indica el arte de saber vivir, porque, en medio de las dificultades, la vida también es el cielo.

Destaquemos que la película no afirma el cielo sino por vivencias. Y lo hace en la medida que la unidad, la fiesta, el banquete, la alegría y el gozo del encuentro dan sentido al modo como cada uno de los personajes enfrenta su presente. Se celebran la gratitud y la plenitud en el amor no para que los personajes aspiren a un cielo postergado siempre para mañana, sino porque esos momentos luminosos (los cielos) alientan sus vidas. Y es que en lo fundamental el cielo no es un estado —estar en Venecia, París o Maniatan—, el cielo es estar con alguien.<sup>3</sup>

“El mundo es un infierno poblado de almas y demonios atormentados”, le confiesa Dedo Torcido a Therese. Lastimado por la guerra, se ha recluso en la penumbra. Y ante lo irracional de la brutalidad, sucumbe en su pretensión por comprender: “No pensar demasiado. Ya no quiero pensar”, termina su carta póstuma antes del suicidio. Therese, quien también ha sido víctima del demonio, encontrará su salvación en la “perfecta unión entre las matemáticas y la música”. Por su parte, Pette (el que es piedra, por contraposición al que no es de carne) es el personaje emblemá-

tico de los “demonios atormentados”: maltrata, golpea y abusa sexualmente de Dedeé, su hermana. “Es el demonio”, le dice Danielle a Lara cuando sorpresivamente lo encuentra fuera del supermercado. Morirá como ha vivido, de una manera violenta. Fruto de la mezquindad con que ha regresado a reclamar la herencia de su padre muerto, maldito luego de haber violado a Therese, la nieta de Antonia, encontrará su fin en manos de Janne, su propio hermano. El infierno, por contraposición al cielo, apunta a la muerte como fruto de la violencia entre los hombres. Indica la frustración definitiva de una vida, de la historia como posibilidad abierta. Muestra que la libertad humana es capaz de destrucción total. En *Memorias de Antonia* el infierno remite simbólicamente a aquellos que observan el baile de la vida sin atreverse a participar en él, o a tomar asiento en la mesa.

En la cinta las estaciones de la naturaleza hacen acto de presencia en ciclos aparentes que, sin embargo, nos enseñan que el tiempo no es circular —como podría sugerirlo el hecho de iniciar por el final—, ni lineal —como lo exigiría la narración de una vida por sus etapas biológicas—, ni siquiera dialéctico, en sentido hegeliano. En *Memorias de Antonia* el tiempo, en su sentido y estructura, es discontinuo; su rasgo más llamativo es el derribamiento del muro que separa presente y futuro: es anticipación presente del futuro; o bien, es futuro como consumación del presente.<sup>4</sup> Esta concepción responde al modelo heracliano de paradojas coexistentes que se explican mutuamente. Si observamos con atención se trata de la experiencia del presente y del futuro como don. De lo trascendente como promesa y a la vez como presente. Por eso en la trama de la película el tiempo no diluye las experiencias de la vida: “En esto el viejo refrán se equivoca. El tiempo no borra las heridas, sólo empaña los recuerdos”. Entrelíneas, la directora parece decir: porque somos libres, el cúlmen de la creación puede ser el cielo o el infierno.<sup>5</sup>

En la vida de Antonia la textura del cruce entre tiempo y libertad queda significada en la mesa. En cinco ocasiones se recurre a este prodigioso símbolo para concentrar en él la vida del personaje principal. En franca acogida reivindicatoria sienta a su mesa a los extranjeros (Bass, el granjero y Olga, la rusa), comparte lo que posee y lo que es con los discapacitados (Labios Locos y Dedeé), sonríe e invita a la mesa a las madres solteras (Letta), regenera con el alimento de su persona a las víctimas de violación y abuso (Dedeé y Therese) y bromea con los clérigos que “cuelgan la sotana”... En la mesa Antonia recrea la plenitud de la familia humana.

#### LIBERTAD HUMANA Y DESTINO

*Memorias de Antonia* se aleja definitivamente de cualquier planteamiento maniqueo. En ella el debate fundamental no se da entre la vida y la muerte, sino entre la vida y el mal. Vida y Muerte pertenecen tanto a la esfera de Dios —de la omnipresencia y el milagro—, como a la esfera de lo humano —de la libertad y sus consecuencias—. Por su parte, el mal sólo es evidenciado como perteneciente a la segunda esfera.

Respecto al ámbito de lo divino destaca la aseveración: “La gente del pueblo aceptó a Antonia y a Danielle como se acepta la indiferente omnipresencia de Dios”. En esto se nos revelará el tratamiento que se hará de Dios a lo largo de toda la cinta. Por un lado, la frase citada evoca el texto paulino “en Él nos movemos, existimos y somos”. Afirma que este presente es vida en el Señor sin que ello anule la presencia del Mal en nuestras existencias concretas, ni nos evite el cansancio provocado por el paso del tiempo. Se trata de un profundo llamado al sentido de realidad que nos indica que la vida “perfecta”, “angelical”, “libre de error”, sencillamente no existe: esta vida es vida humana y es propio del ser humano cometer errores (*errare humanum est*, reza el viejo adagio latino), no hay más. La





asunción pacífica de nuestra condición es ruta que nos conduce al gozo de estar vivos.


Por otro lado, tal tratamiento a lo divino lleva el mérito de no poner en manos de Dios lo que sólo le corresponde a la libertad del hombre. En efecto, es en la libertad donde recae la decisión de cielo o infierno. Y es que Dios no impone por fuerza nada a los seres humanos, ni siquiera su proyecto inconmensurable de plenitud y salvación: de una Humanidad Nueva. Es la responsabilidad de esa libertad a lo largo y ancho del argumento de una vida lábil y fuerte, contingente y maciza, frágil y firme, donde se juega lo definitivo de cada existencia.

A condición que de cada uno acepte sin tapujos su propia "razón de vivir", su propia condición, todos pueden hallar propia dicha y felicidad. Aún los discapacitados alcanzan su plenitud, las madres solteras también, los forasteros hacen lo propio, etcétera. En esta perspectiva no cabe buscar culpables de la condición humana. Dios no es "culpable" de las taras o enfermedades. Cada quien es lo que es y desde su singularidad puede lograr su plenitud.

Tenemos arraigada en nuestras fibras más íntimas la arcaica sospecha de que la muerte es un castigo. Sin embargo, en contra de ella, el encuentro con la muerte hace reaccionar en sentido de recuperar la propia historia –como en Antonia–, de enfrentar la propia verdad –como en el Vicario y Letta–, de asumir lo que se *debe* vivir –como en Madonna Loca y el Protestante–. En último término, Dios no es responsable de la muerte: la muerte es decisión –Antonia muere, según su nombre propio, "por suficiencia de sí"<sup>6</sup>–, es accidente o consecuencia, pero no castigo.

#### CONCLUSIÓN

Lo difícil de la existencia de un ser humano se revela cuando debe responder a la experiencia del límite, el dolor–sufrimiento provocados por el Mal, la suerte injusta del justo, la

causa que se pierde. Pero la vida de Antonia consiste en hacer una mala apuesta. Esperar contra toda esperanza, apostar por la vida del fracasado, el sin-esperanza ni futuro. Si la fe es la apuesta fundamental de una existencia humana, Antonia parece decir: esta vida te da para creer, esperar y amar. La existencia humana, tal como la vive esta mujer, es irrupción del don y tarea de la libertad: gracia y libertad. Su forma de vivir, que le permite realizar su vida; en realidad no conoce otra plenitud que la que recibe de súbito, por irrupción, por iniciativa de otro. Y es que ante la indigencia humana lo único que puede dar esperanza –esperanza que es don y que revela que lo más propio nos ha sido dado– es la realidad de ser amado y amante, y el libre afinamiento en ella. Un amor más propio que cualquier otra cosa –como el de Antonia y Bass, el de Danielle y Lara, el de Labios Locos y Dedeé, el de Therese y Simón, el de Letta y el Vicario...–y a la vez más no–propio: “el amor estalló por todas partes”.<sup>7</sup> En este sentido, la película muestra que tenemos ya lo que esperamos: la plenitud del amor en libertad, el banquete de la comunión de vida. El amor es la única realidad que no pasará jamás (cf. 1Cor 13,8). 

---

\***Título Original:** Antonia. **País:** Holanda/ Bélgica/ Gran Bretaña. **Año:** 1995. **Lengua original:** alemán. **Dirección:** Marleen Gorris. **Productores:** Gerard Cornelisse, Hans de Weers, Hans de Wolf. **Guión:** Marleen Gorris. **Fotografía:** Willy Stassen. **Arte:** Harry Ammerlaan. **Edición:** Marina Bodbijn, Wim Louwrier, Michiel Reichwein. **Música original:** Ilona Sekacz. **Duración:** 102 min., el original; 90 min., versión comercial. **Intérpretes:** Willeke Van Ammelrooy (Antonia), Els Dottermans (Danielle), Dora Van Der Groer (Allegonda), Mil Seghers (Dedo Torcido), Fran Waller Zeper (Olga, la rusa), Jan Declair (Granjero Bass), Veerle Van Overloop (Therese), Filip Peeters (Pitte), Michael Pas (Janne), Marina de Graaf (Dedeé), Jan Steen (Labios Locos), Leo Hogenboom (el Párroco), Flip Filz (el Vicario), Wimie Wilhelm (Letta), Elsie de Brauw (Lara), Reinout Bussemaker (Simón), Thyra Revesteijn (Sarah).

<sup>1</sup>Cf. W. Benjamín, *Dirección única*, Alfagura, Madrid, 1987.

<sup>2</sup>De manera evidente, la directora se coloca *versus* la concepción vulgar de historia como principio y fin. Para ella el presente es “absolutamente relativo” (no “absolutamente absoluto”, como pretenden los críticos de la posmodernidad) pues prefigura lo que será, por irrupción, de una manera completa.

<sup>3</sup>Recordemos que el dato cristiano fundamental sobre el cielo no es indicar tanto un estado espacio-temporal como un encuentro definitivo: el encuentro con Cristo. Por otro lado, el talante posmoderno, con su saludable dosis de desesperanza, nos permite arribar a una época en que la mayor preocupación de los seres humanos, por única vez en cientos de años, no es prolongarse en estado de eternidad, ni vivir inmortalmente, ni “salvar su vida” para ir a un *topos uranos* después de la muerte: la aspiración fundamental es estar con otro.

<sup>4</sup>Aquí podemos preguntarnos: ¿es el tiempo presente fragmento del futuro?, ¿acaso la vida se consolida sobre la base de infinidad de fragmentos del presente? La película nos aporta una respuesta sugerente: nos demuestra que el presente es plenitud del futuro en los límites de la existencia contingente presente. Con otras palabras, que la incoación del futuro en el presente es plenitud del futuro (en el presente realmente vivido). El presente no es fragmento de un futuro que será, es plenitud de la totalidad en las dificultades del *hic et nunc* (aquí y ahora). En esto, en la consideración de una historia personal “completa”, se nos revela la tensión entre fragmento y totalidad. Y en su veta posmoderna la apuesta de la directora no es por el futuro: es por el futuro y el presente. Es el presente vivido a plenitud como apuesta de que lo será también a futuro. En otras palabras, es el “ya” cristiano del Reino de Dios: vivir como salvados, redimir lo aún no liberado...

<sup>5</sup>Dicho de otra manera, porque somos libres y el futuro está en curso (lo definitivo está en curso), el final es incierto. En este sentido Cielo e Infierno son también expresiones de la incertidumbre que nos habita al pensar lo por venir. Por esto el presente se vive con la intensidad de lo definitivo...

<sup>6</sup>Una clave de interpretación consiste en atender el significado de los nombres de los personajes. Así, Antonia significa “la que ha llegado a la madurez, la plenitud de sí”, Danielle “la que tiene visiones, la que ve más allá de lo aparentemente perceptible”, Therese “la que concilia en sí a los contrarios”, Sarah “la que espera contra toda esperanza”, Allegonda (o Alegoría) nos remite al mundo dionisiaco, a la “locura”, a las corrientes internas del ser.

<sup>7</sup>En este sentido podemos completar lo dicho en la nota dos. El tiempo no es sólo proceso evolutivo de la naturaleza, es irrupción de la gracia en la historia, es discontinuidad. Y el filme afirma así que la realidad es abierta, que ofrece posibilidades inimaginables. La realidad siempre puede dar un *plus*: la realidad personal, la comunitaria, la social, la histórica, la total.

# El cine iraní: un encuentro lúcido y apacible con el Medio Oriente

Guillermo Garibay Franco

GUILLERMO GARIBAY FRANCO  
Licenciado en Comunicación por  
la UIA Torreón.

Entre las constantes agresiones entre judíos y palestinos, aquella olvidada pesquisa en Afganistán y la conveniente *liberación* del pueblo iraní: los sucesos recientes en el Medio Oriente, además de vincular esfuerzos belicistas con proyectos imperialistas, han saturado las agendas informativas y con ello, apretado los hilos de los que cuelga la imagen de los países árabes.

Por años, la mirada occidental del Medio Oriente ha insistido en los modales terroristas, la religiosidad desmesurada y las usanzas trasnochadas de estos pueblos, que desde esta óptica muestran al exterior un semblante combativo y abatido: el rostro contemporáneo del mundo árabe en tiempos de arrebato.

Ésta es la visión del imperio, que interpreta maniquea y tendenciosamente la realidad e identidad de los otros: periféricos y oprimidos, aquellos que poco participan en la ligazón del mercado y que en ocasiones obstaculizan su progreso. Aun así, persisten y dan la cara, unos con más fuerza y algunos más detrás de otros, con los medios posibles y desde trincheras disímiles.

## IRÁN EXPORTA CINE

Una de las ventanas complementarias a estos pueblos es el cine, no aquel que acapara las salas de exhibición o que inunda los estantes de estreno de los videoclubes, sino el que logra traspasar los patrones de la industria y

acaricia las aspiraciones mayúsculas del arte, el cine que propone una perspectiva distinta.

En este caso, el cine iraní recrea la identidad árabe y el contexto propio desde otro encuadre, con una sobresaliente narrativa y consistente estética, que en sus películas no sólo modifica la imagen del Medio Oriente, sino que brinda también una lección de buen cine.

En 1979, el Estado iraní reivindica su postura ante el gremio cinematográfico tras descubrir el enorme potencial propagandístico del cinematógrafo. Desde entonces, y con la consigna de crear un cine islámico, la realización cinematográfica es impulsada y financiada en gran parte por el Estado, además de contar con una envidiable legislación que protege cada película desde su concepción hasta su exhibición, considerando al sector filmico como una industria estratégica para el país.

A raíz del visto bueno y los sonados reconocimientos que obtuvieron varios títulos iraníes en festivales como el de Cannes y el de Venecia en la década de los noventa, surgió un raudal de interés por la cinematografía persa, logrando con ello la exhibición y difusión de algunas de sus películas en el exterior. De ahí que comenzaran a hacerse del conocimiento internacional, nombres como el del respetado Abbas Kiarostami, director de *El sabor de las cerezas*, *Bajo los olivos*, *El viento nos llevará* y *Diez*; Majid Majidi, realizador de



*Los niños del cielo, El color del paraíso y Baran,* Jafar Panahi, discípulo de Kiarostami, que con la cinta *El globo blanco* emprendió un camino seguro en el quehacer filmico; y otras figuras como: Mohsen Majmalbaf, Abolfazl Jalili, Amir Naderi, Bahman Gobadhi y Asan Yektapanah, entre otros.

No exenta de censuras y de intromisiones estatales, la cinematografía iraní resulta también de contiendas internas por temas controvertidos y propuestas innovadoras. En los niños, la familia, la amistad y la solidaridad, se centran las principales historias de este cine, que también esquivo desaprobaciones y alude a temas como la prostitución, el suicidio y la opresión de las mujeres. Un cine que integra realismo y poesía, en el que coinciden la simpleza del relato y la complejidad de las lecturas posibles; un espacio de persistentes búsquedas por reflejos de identidad, que igualmente sirven para cuestionar las convenciones de la sociedad iraní y el comportamiento de sus componentes.

#### LA MIRADA DE LA INFANCIA

En ocasiones desestimado por cierta recurrencia alegórica y emotividad imperante, el cine que retrata la niñez iraní es el que ha cruzado fronteras y le ha dado a la industria filmica de ese país el lugar que tiene en el exterior, ya que según algunos es casi un género cinematográfico, dada la evidente analogía que liga a



estas películas a partir de su concordancia en figuras y proceder.

Es el cine que exterioriza la complejidad del constructo infantil en oposición con el orden del universo adulto. Su principio argumentativo es la pérdida material o afectiva que conduce al menor por los callejones de la angustia y el sufrimiento, encontrando a su paso imprevistos y desconsuelos, pero también impulsos solidarios, voces sabias y atisbos de resolución; travesía en la que es acompañado por un proceso de aprendizaje, que fuera de la pantalla alienta al espectador a replantear lo propio. Es éste el cine que restaura y reafirma el legado cultural islámico, sus atributos y valores colectivos, sus enseñanzas e ideales, y es también una suerte de discurso filosófico del ser en el mundo, un ensayo poético sobre la humanidad en progresión.

Con una narrativa sencilla y bien lograda, *Los niños del cielo* cuenta la historia de un pequeño que pierde los zapatos de su hermana y, consciente de las dificultades económicas, evita un disgusto a sus padres mediante los relevos de sus zapatos con su hermana y su participación en una competencia atlética, en la que aspira a obtener el tercer lugar, cuyo premio consiste, precisamente, en unos zapatos. Despejada de artificios, esta cinta manifiesta, entre otras cuestiones, la desigualdad social de aquel país en la secuencia en la que padre e hijo recorren una zona residencial de Teherán, pero sobre todo, subraya la solidaridad y el sacrificio con el que estos niños responden a sus padres, como manifiesto del aprecio que tiene la efigie paterna en la cultura iraní.

Basado en un guión de Abbas Kiarostami, *El globo blanco* debe su belleza al tránsito metafórico de una niña por las calles de Teherán, que en la víspera del Año Nuevo pierde el dinero que su madre, después de insistentes súplicas, le dio para comprar su tan anhelado pez de colores. Es el venturoso asomo y la interrelación de la niña con el mundo fuera

de casa, lo que permite al espectador husmear en la incesante necesidad del ser humano por poseer aquello que no tiene y desatender lo que tiene, de la misma forma como la pequeña protagonista ignora los peces que nadan en la fuente de su patio. La presurosa carrera por recuperar el dinero antes de que cierre la tienda de mascotas es el paralelo del obnubilado paso del hombre por el seductor materialismo.

En *El color del paraíso*, la intensa y profunda relación de un niño invidente con la naturaleza, amortiza la parvedad afectiva de un padre que poco ha superado la discapacidad de su hijo y la ausencia de su esposa. Una historia enmarcada por paisajes polifónicos, abundantes de color, donde la figura entrañable de la abuela y las dos alegres hermanas constituyen cimientos de la búsqueda de Mohammad por un hogar, que logra completarse en el desenlace de la cinta, entre tonos contemplativos y sustentos teológicos.

De aparentes conflictos pequeños como premisa, parte en estos relatos una portentosa consecución narrativa de tonos y peripecias que traslucen las sombras del ser. Desde la complejidad del universo del niño, con las pesadumbres de los adultos en segundo plano, se dejan ver, también, los absurdos colectivos, la revalorización de la naturaleza, el respeto por los adultos y la pobreza sin retratos lastimosos: elementos que confluyen como realidades que no sólo le pertenecen al pueblo iraní y que en su abordaje local, constituyen una ventana a la condición universal del hombre.

#### **RUPTURA Y SÍNTESIS**

Con una producción de aproximadamente 60 cintas al año, la industria filmica de Irán da cabida a cineastas debutantes y a mujeres realizadoras, que no sólo renuevan el panorama audiovisual persa, sino que elaboran pronunciamientos que replantean convenciones y roles sociales, como aquel de las mujeres trazado por cineastas como Tahminé Milani,

directora de *La mitad escondida*, *Kakadu* y *Dos mujeres*; Samira Majmalbaf con *La manzana* (1998) y *La pizarra* (2000); y Rajshan Banni-Etemad y sus filmes *Amarillo canario* (1988), *May Lady* (1998), *Debajo de la piel de la ciudad* (2001) y *Nuestros tiempos* (2002), entre otros.

Con mayor libertad y críticas a las instituciones y los preceptos sociales islámicos, surgen cintas como *El círculo*, de Jafar Panahi, quien tras la ruptura con el modelo filmico de Kiarostami, emprende una búsqueda por encuadres menos cuidados y que, más atentos a la reflexión, dibujan las historias de varias mujeres que padecen situaciones lamentables en las que son discriminadas, perseguidas, encarceladas y excluidas de personalidad propia. Cinta prohibida en Irán, que sin concesiones representa una realidad visible y afanosamente ocultada. Una mirada pesimista a la condición femenina tras la Revolución Islámica, que demuestra que no sólo las mujeres cineastas tienen interés por atender dichas cuestiones en sus relatos.

En *La manzana*, la liberación de dos niñas, Zahra y Massoumeh, tras el secuestro doméstico en el que estuvieron desde su nacimiento, despliega en la terquedad del padre prisionero, la indiferencia vecinal y la intervención de la trabajadora social que acompaña a las menores por las calles de Teherán en su proceso de adaptación social; representa una suerte de radiografía de la sociedad iraní, desde la cual Samira Majmalbaf enmarca las restricciones y subestimaciones que sufre la mujer en su país.

Cauteloso y pedagógico, Kiarostami ahonda en *El sabor de las cerezas* sobre el sentido de la vida y el suicidio, que en el dogma islámico constituye una salida reprobable y penosa. Es la historia de un intelectual que en la víspera de su suicidio, busca quién acepte enterrar su cadáver a cambio de una suma de dinero. La apuesta por la sencillez y la enseñanza son parte del discurso filmico de las cintas de Kiarostami, que en esta película eva-

de disgustos e impugnaciones en un trabajo arriesgado y bien elaborado.

Las detenciones –como la de Tahminé Milani en el 2001, acusada por ultraje a los valores islámicos–, la exclusión y las prohibiciones gubernamentales, son reacciones que se originan del temor por transitar caminos sin retorno y perder aquello que tanto atesoran las autoridades de la Revolución Islámica: su orden social y su cultura de antaño. Por otro lado, existen evidentes intenciones de apertura y renovación que permiten la proliferación de discursos diversos, que desde sustentos sociológicos y confrontaciones políticas en el cine sugieren replantear paradigmas. Partes que en conjunto conforman y reflejan un país de renuencias y aperturas, cuyas aspiraciones, méritos, temores y flaquezas encuentran síntesis en su propio cine.

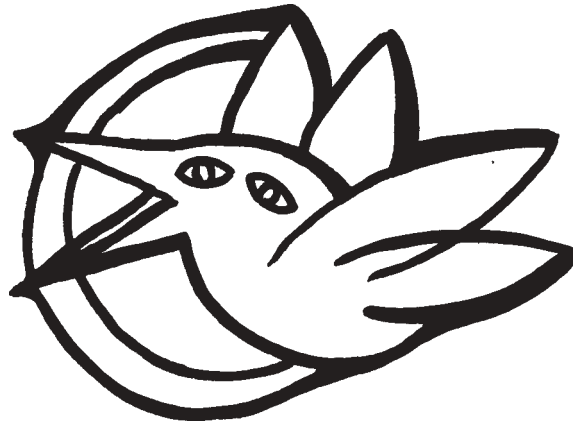
#### UN RETRATO MÁS CERCANO

Realidad y ficción se dejan envolver en las historias de la niñez decidida, en los recatos y desahogos femeninos, y las disyuntivas del hombre, enmarcados por la magnificante naturaleza bucólica y las agitadas urbes. Un cine que en sus desplazamientos detiene su atención en aquello que pocos ven: los personajes de las calles, los callejones reducidos, las veredas sosegadas, las voces de la naturaleza...

Con caminos paralelos que confluyen enfáticamente, el cine iraní tiene a bien reflejar en la sobriedad y la pureza de lo cotidiano, el retrato de un pueblo con valores arraigados, identidad firme y dinámica, que vive una religiosidad no tan opuesta a la de otros pueblos. Una cinematografía sólida, con sus propias formulaciones estéticas y disertaciones filosóficas; un legado filmico al mundo, que proporciona una mirada amplia y profunda de sus protagonistas y escenarios, que constatan la complejidad cultural y propician un encuentro conciliatorio con la realidad iraní, el Medio Oriente y la tradición islámica. 🌱

# Nerudita

Carlos Velázquez



Carlos Velázquez  
Nació en Torreón, Coah. en 1978.  
Escribe prosa, poesía y crítica  
musical. Ha publicado en diversas  
revistas. Es becario del FECAC.  
Asiste al taller literario del Teatro  
Isauro Martínez, dirigido por Saúl  
Rosales Carrillo.

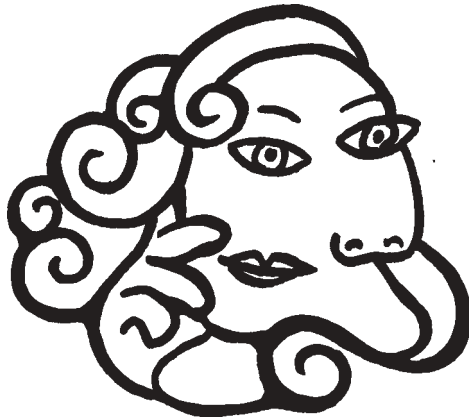
Cuántos besos caben en una antología  
dime tan siquiera el arpa de un pájaro  
de la avellana la risa  
el repertorio de la guirnalda los días grises  
la ciruela hecha a fuego hiedra  
para sacar a las piedras de su ostracismo

Mujer menuda experta en Pablo  
cómo podría ser yo un solo verso toda la vida  
el verso pendenciero, hermoso, cruel, real  
descansar siempre en ese arte tuyo de menta por dentro  
menta que enfría tus manos frías y la brisa  
cuando tu mirada llama a las barcarolas y ciega los faros

Yo, el latido que regresa siempre de madera  
cargado con poemas mi alma de buen niño  
Te leo mi poesía y no consigo ni causarte una sonrisa  
ni un estrago  
No te arranco de tu dicha que piensa en uvas en ausencia  
y en furias  
Me pides que no la haga más de versos  
Aseguras sólo querer mi silencio y la paciencia de mis ojos.

# Fértiles fuegos

César Cano



*a Claudia*

Qué vendrá después del fértil fuego de tus brazos  
después de la media luna pronunciada por tus labios  
que destila sabor a miel ahogada

Acaso vendrán mujeres vestidas de noche  
a perpetrar el mar de furtivas caricias  
a propagar la llama de los deseos  
para alejarme del recinto que ocupo en tu mirada

No quiero ver la colmena del cielo  
sin que tus manos acaricien la brisa del invierno

Quiero ver cómo la luz se esconde en tu cuerpo  
y cómo la lluvia naufraga por galopar sobre el milagro de tus pechos

Escóndeme en la pequeña noche de tus ojos  
en las alas doradas que se van en tus piernas  
para no ser llamado por la furia de los deseos  
y tocar por siempre el viaje de tu piel

César Cano  
Estudiante de Derecho en la UIA  
Torreón e integrante del taller  
literario de esta Institución. Ha  
publicado en la revista *Estepa del  
Nazas* y en el volumen colectivo  
*Mañana tampoco*.

# Los poetas descifran el silencio

## Entrevista con Ekiwah

Ma. Cristina Solórzano

Mariana Ramírez

MA. CRISTINA SOLÓRZANO  
MARIANA RAMÍREZ  
Directora y colaboradora de la  
revista *Acequias*, respectivamente.

*Ekiwah Adler Beléndez, es originario de Amatlán de Quetzalcóatl, Morelos, y hasta los catorce años, había publicado dos libros, Soy (2000, poemas y cuentos), que ya tiene una segunda edición y el poemario Palabras inagotables (2001); se trata de obras que muestran una sensibilidad capaz de deslumbrar al lector, si se piensa en la corta edad del autor:*

Como él mismo comenta, el interés por la poesía surge de su entorno físico y sentimental: “Vivo en el campo entre montañas misteriosas, donde a los cuatro años me pasmaba viendo alguna flor, algún árbol que parecía hechizarme, o escuchando el canto de las golondrinas recitaba poemas que me brotaban espontáneamente, impregnando a mis imágenes de la naturaleza que me rodea... Fue más tarde, como a los 10 años, en un campamento donde me enamoré de una chava y le escribí un poema que no le recité porque soy tímido (todavía me sigo enamorando muy seguido, ahora con mayor calentura). De alguna manera este fue el poema a partir del cual me concebí a mí mismo como poeta”.

Acerca de su proceso creativo, dice que se inicia tempranamente como una necesidad: “Desde muy chico, quizá sin saberlo del todo, desde la profundidad de mis entrañas tenía la necesidad de explorar mi mundo y el exterior

a través de la palabra. El hecho de no poder subir un árbol o salir corriendo detrás de una pelota por mi parálisis cerebral, contribuyó a que escribiera poemas a tan corta edad, porque me tomaba todo el tiempo para observar los detalles de la gente, de mí mismo, de las emociones. En el Jardín Borda, durante la presentación de *Palabras inagotables*, dije ‘creo que lo que lo que los poetas hacen es descifrar el silencio’”.

La lectura enriquece la escritura, cuando logra convertirse en una vivencia que deja huella: “Cuando escribí mi primer libro no leía a otros poetas, salvo a Rumi, un místico Sufi, con quien me identifico por su deseo de encontrar a Dios a través de la poesía y anhelar a Dios como a un amante. Creo que los poetas que más han influido en mí son Rumi, Octavio Paz, Jaime Sabines y Fernando Pessoa; aunque sería más preciso hablar de la influencia de un poema que en el momento me impregna con imágenes y al leerlo me parece el mejor. No he leído ni un libro completo, leo poemas de muchos autores; hay veces que uno me prende más y paso varios días leyéndolo y releyéndolo. En esta etapa de mi poesía me prende mucho *The love song of J. Alfred Prufrock* de T.S. Elliot. Cuando leo un poema que me colma de imágenes, el siguien-



## POESÍA

*para Malena*

te que escribo de alguna manera se llena de la esencia de lo que yo viví al leer a ese poeta”.

Del encuentro con el otro a través de su poesía, el autor comenta que esta comunicación tiene sus polaridades: “La ventaja es que cuando en alguna presentación leo un determinado poema hay personas que pueden encontrar afinidad con ese sentimiento y tener algo personal que compartir a partir de eso. Por otro lado, también hay una desventaja, porque cuando los chavos me oyen, con frecuencia me ponen como en un altar de ‘el poeta’ y no me ven como el cuate que quisiera ser uno más con ellos”.

Ekiwah desarrolla su talento en otras disciplinas artísticas, se interesa por el teatro y ha escrito dos obras que fueron representadas en ConNos/otr@s, su escuela. También le atraen el canto y la pintura; ilustró los dos libros que ha publicado.

Para el joven poeta, la escritura es ya un oficio en el que quiere permanecer: “Escribo mucho, y por primera vez descubrí la importancia de releerme y rescribirme, puliendo mis textos. En este momento tengo unos 90 poemas y quiero pulirlos para después ver cuáles toca publicar. Mi idea es que mi próximo poemario se llame ‘Homenaje a la magia; un mapa sin fronteras’”.

Encontré la llave a la puerta desconocida  
la puerta de los colores  
y el murmullo de palabras.

Las llamas cuentan historias  
unas están danzando  
otras caen al suelo, borrachas.  
Algunas, sólo me miran.

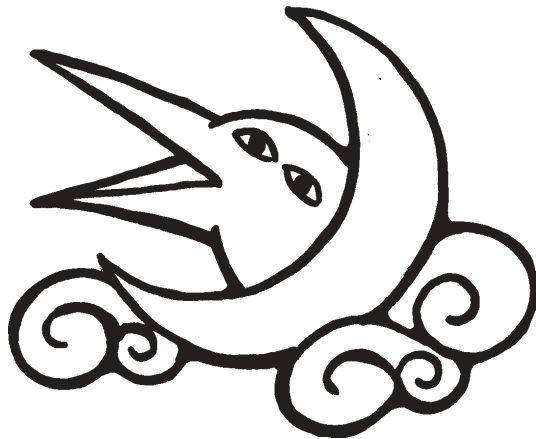
Este fuego me lo llevo  
para que siempre me acompañe.

Oigo la música de miles de violines  
tocando la melodía  
de la felicidad y la tristeza  
de la esperanza y el desespero  
de la ira y la belleza.  
Esta melodía la guardo muy adentro,  
donde día tras día oigo su canto.

Veo los colores de las hojas de los árboles,  
el blanco de las nubes y la paz de los mares  
estas imágenes las quiero en mi casa  
brincando sin parar; jugando conmigo.

Quiero tener un itacate de palabras  
conversando con mis manos,  
Susurrándole a mi oído.

Budapest, septiembre 2002



**MI NOMBRE**

*para Jeannine*

Me llamo guerrero.

Un mago,  
un pájaro sin alas,  
un hechicero de las palabras,  
una piedra.

Voy en busca del hombre  
detrás de mi nombre.

febrero 2001

**¿DÓNDE?**

¿Dónde puedo agarrar las imágenes,  
tenerlas cantando cerca de mí  
el más bello de los pájaros?

¿Dónde puedo agarrar ese fuego,  
tenerlo adentro para siempre  
haciendo palabras nunca oídas?

Todo aquello que está aquí  
es viejo y arrugado,  
yo quiero saltar  
al mundo de imágenes.

¿Dónde? ¿Dónde? ¿Dónde?

2000

**¿QUÉ SERÉ?**

¿Seré roca inmóvil,  
pájaro sin alas?

¿Seré como la luna,  
una reflexión de la luz?

¿Seré fuego bailando?  
¿Seré nube flotando?

¿Qué seré?

junio 2000

**DESEO**

Quiero estar entre llamas  
bailando a mi lado,  
abrazándome a su misterio,  
cubriéndome en su pasión.

junio 2000



# Mujer, la carne llama

Daniel Maldonado

I

Mujer

la carne llama con su sed de ciervo  
busca rendir la niebla dulce  
la fragancia que se muerde en un batir de nubes desde el beso.

La sed aureola eclipses en tus pechos  
radicaliza lagos, cristal de poro en la humedad  
en la oquedad serpenteante  
desnuda de silencio.

Hay una prisa por morder el sueño  
por otorgarle rondas redivivas  
caminatas apremiantes  
extravíos cabalgantes en el lecho.

Mujer

la carne llama con su sed de ciervo  
ahoguémosla en rituales de hora cierta  
con visos de llameantes moradores  
calcinados por los cuerpos.

II

El mortuorio, el de la luz lamida por el trueno  
un vago ardor de fieras en la caza  
aquél que dominó la sed del lince sobre el ahogo de los néctares finitos  
¿En dónde gime mi sombra su locura  
en dónde allana el padecer del juego  
manutención de horas rogando su alimento?

Solo me amaga la rumiante oscilación del silencio  
un témpano nevante de humedades  
hijas del ocio baladí  
copulador sobre la grupa fresca de memoria.

Muero el tiempo.

Daniel Maldonado

Es originario de Torreón, Coah. (1978). Ha dado a conocer su obra en publicaciones periódicas de la Comarca Lagunera y es autor del libro de poemas *Los otros males*. Actualmente pertenece al taller literario del Teatro Isauro Martínez.

III

Lo recuerdo:  
unos ojos invitaban a cegueras en las pieles  
y palpitaban lumbre en el caudal secreto

Una respiración a ritmo de gacela  
se ocultaba de la garra con la que muerde el cielo

Y ante la prioridad candente  
en el silencio de la voz desnuda  
lo recuerdo.

# Los gestos de la erudición

David Lagmanovich

DAVID LAGMANOVICH

Nació en Córdoba, Argentina en 1927. Estudió literatura española en la Universidad Nacional de Tucumán, institución donde también ha desempeñado una larga carrera docente. Obtuvo su doctorado en la Escuela de Lenguas y Lingüística de Georgetown University, especializándose en lingüística teórica y aplicada, y lengua española. Ha impartido cursos y conferencias en varias universidades argentinas; trabajó como profesor en Chile, México y Venezuela y en importantes universidades norteamericanas. Su trabajo en Europa se ha desarrollado sobre todo en las universidades alemanas de Colonia, Berlín y Augsburg. En su amplísima bibliografía destacan *Oficio crítico. Notas de introducción a la literatura hispanoamericana*, *Estructuras del cuento hispanoamericano* y *Estudiar literatura*. Es director de la colección *Cuadernos de Norte y Sur* (Torreón–Tucumán) junto con Jaime Muñoz Vargas.

En el discurso académico existe la erudición, y también existen los gestos de la erudición. Los últimos pueden o no coincidir con aquella. Lo hacen en el caso de los autores verdaderamente grandes: un Ramón Menéndez Pidal, un Américo Castro, un Raimundo Lida. Pero en muchas ocasiones los gestos de la erudición suenan a falso. Parecen los gestos de un actor, de un mal actor, empeñado en mostrar lo que su personaje no es.

## 1

La expresión más clara y contundente de la erudición de un autor es su uso de las notas, que se siguen llamando “a pie de página” aun cuando, en los libros modernos, suelen componerse al final de cada capítulo o inclusive, al final del libro. Para muchos, un libro sin notas a pie de página parece un libro no terminado de escribir: algo así como ver al señor o señora de la casa saliendo a la calle con atuendos de fiesta, pero en chanquetas. Y sin embargo, ¿son verdaderamente necesarias esas

líneas en cuerpo menor, en las que el autor o autora quieren mostrarnos sin lugar a duda alguna que han leído todo lo que era obligatorio leer?

Lamento desilusionar a algunas almas cándidas, pero las notas a pie de página no surgen naturalmente en el curso de la escritura, como si fueran los brotes de un simbólico rosal. Casi siempre son añadidas al final, o sea, cuando el texto ya está listo para la imprenta. El libro podría pasar a la fase de impresión sin ellas, pero se impone un prurito del autor, apoyado en una tradición de varios siglos. Texto sin notas, texto a oscuras, podría decirse. Pero la tentación de agregar notas innecesarias al texto principal está allí, siempre al acecho, como subsiste la tentación de beber en un alcohólico recuperado.

He explicado en otra parte que, al reciclar algunos escritos redactados y publicados hace años, y combinarlos con materiales más recientes para formar un libro (tema éste que también merecería un comentario por separado),

tengo y ejercito opciones distintas en cuanto al grado de formalidad de la presentación: la división interna de los artículos en secciones, las referencias bibliográficas, las notas. (No es que haya encontrado la solución para todas estas cosas, pero al menos las considero y evalúo). Por ejemplo, en mi libro *Estudiar literatura*, de 1992, omití completamente toda referencia en notas de esta clase; y en *Oficio crítico*, de 1994, hice lo propio, aunque permitiéndome la broma de insertar una nota a pie de página para explicar que no había notas en el libro. Sin embargo, en otros volúmenes intento hacer de ese instrumento erudito un uso juicioso: se busca que las notas no impongan una presencia desmedida, pero sí que colaboren para completar y, sobre todo, facilitar el traspaso de la información. Aun así, al reescribir trabajos antiguos me inclino a reducir el número de notas, no lo contrario.

Sobre esta cuestión de las notas –los pedantes dicen “el aparato crítico”– permítame, ya que no colgar aquí mismo una de



esas vistosas variedades epifíticas, al menos incluir unas referencias parentéticas, que el lector apresurado puede omitir.

Una buena costumbre del buen ensayismo inglés consistió en prescindir por completo de las notas a pie de página, excepto de aquellas que en forma sucinta, casi críptica, indicaran la fuente de una cita. El “pie” de tales notas al pie, en consecuencia, ocupaba menos de una línea; y, al estar compuesto en un cuerpo muy reducido con respecto al texto, podía pasar casi inadvertido, salvo para los lectores más acuciosos u obsesivos.

En cambio los alemanes, y por no ser menos los franceses, comenzaron a usar la nota al pie no en exclusiva relación con las fuentes, sino como espacio auxiliar para intercalar ampliaciones, comentarios y rectificaciones a otros autores, todo lo cual requiere

dimensiones bien distintas. Algunas veces estas notas al pie tenían a su vez notas a su propio pie, lo cual producía un casi indescribable efecto de cajas chinas. Así se llega a las notas al pie de una página que se derraman en forma incontenible sobre la siguiente, y también a la página con tres o cuatro líneas de texto y treinta o más de apretadas notas, frente a las cuales el usuario se queda perplejo, sin saber si le conviene leerlas o no.


Por último los norteamericanos, especialmente en esta era de libros compuestos con el auxilio de la computación —émulos ciegos de un Gutenberg tecnológico, tan carente de vista como de visión—, se decidieron por las llamadas que refieren a un lugar distante, al final del capítulo y sobre todo del libro. Trocaron, pues, en la terminología al uso, las *footnotes* por las *endnotes*. Así hicieron ya definitivamente imposible el vistazo rápido que, en un libro bien compuesto, nos permite decidir si queremos descender al sótano de la nota o mantenernos en el piso principal del texto que estamos leyendo. Cualquiera que, al encontrar una llamada en la página 17, ha tenido que decidir si viaja o no hasta la página 239 para ver de qué se trata, reconocerá la situación que pretendo describir.

En este mismo orden de cosas, recuerdo también que mi llorado amigo Enrique Pezzoni intentó imponer a los colaboradores de *Sur*, durante un periodo en que ejerció la secretaría de redacción de la revista, la eliminación lisa y llana de las notas a pie de página. Para él las notas de esa clase no corresponden al estilo de una buena revista literaria, y seguramente no le faltaba razón. Justificaba Enrique el noticio explicando que si el contenido de la nota era importante, debía ser parte del texto y no aparecer al pie; en caso contrario, podía figurar en el texto como acotación entre paréntesis, o desaparecer por completo.

Pezzoni nunca consiguió su objetivo, tal vez porque los argentinos somos inseguros tanto respecto del saber ajeno como del pro-

Suscripción nacional por 1 año \$ 180.00  
Suscripción internacional por 1 año US \$28.00  
Publicación Trimestral

Espiritualidad globalizado  
Ciclo: nietzsche, 10a. parte  
Chiapas, la guerra, una vergüenza  
Cine, El crimen del padre Amaro

 **45** \_\_\_\_\_

Por favor enviar **GIRO POSTAL ORDINARIO** a:  
Jorge Manzano, Admón. 39, Apdo. 39-129  
44171 Guadalajara, Jalisco.

O depositar a la cuenta no: 56-50637614-9  
Serfin sucursal La Paz y enviarnos un FAX  
-fax (01-33) 3826-7535- de la ficha de depósito.

**xipe totok**  
Instituto Libre de Filosofía y Ciencias, A.C.

pio. Hay quienes creen que si escriben “La ciudad de Buenos Aires está situada junto al Río de la Plata” están obligados a colgar de inmediato una nota para dar las fuentes de tan desusada afirmación. Para muchos, la sobreabundancia de notas certifica erudición; para mí, indica más bien incapacidad para procesar e integrar en el texto la información recogida. Por este camino he conocido escritores obsesionados con la necesidad de agregar esos contrafuertes a la página, y hasta a alguno que contaba el número de notas del trabajo para que no hubiera menos de lo que mandaba una proporción, arbitrariamente establecida por él, entre el número de notas y el número de páginas.

En definitiva, creo que lo importante es recordar que las notas al pie, por útiles que a veces resulten, son lastre, y por ello, su efecto inevitable —a veces necesario, muchas otras pernicioso— es el de impedir que la página levante vuelo. Y con esta discutible metáfora aeronáutica puede concluir esta sección.

## 2

Todo lo anterior se refiere casi exclusivamente a las notas bibliográficas y, en especial, a aquellas en las que el autor parece haberse acordado a destiempo de algo que también quería decir y no alcanzó a incorporar en su texto. Hay otro tipo de notas, relacionadas con el manejo de los textos clásicos, que provienen de los estudios filológicos, y cuyo propósito específico es iluminar el texto, hacerlo más accesible al lector, superar las dificultades introducidas por el paso del tiempo y la consecuente distancia cultural entre el texto y nosotros. Bien se sabe que aquí hay una tradición de siglos, que reconoce en la época alejandrina y en el Renacimiento sus momentos culminantes.

Estas notas, claro está, no son de autor sino de editor: el texto es ajeno, por lo general un respetado texto clásico. El sentido del proceso de anotación es doble: por una parte,



ofrecer el libro más confiable que sea posible, anulando o limitando las consecuencias de la “corrupción” de los textos, proceso casi inevitable que afecta tanto a los antiguos como a los modernos; por otra, iluminar los puntos oscuros que presenta, de hecho, todo texto del pasado.

En función de lo dicho, las notas del tipo que estamos considerando suelen dividirse en dos categorías: notas textuales y notas culturales. Las primeras son el vehículo adecuado para consignar las variantes sufridas por el texto a lo largo de sucesivos manuscritos y ediciones. El editor ha escogido la variante que considera más válida, pero ofrece al lector el muestrario de las otras, como prueba de honestidad intelectual y de respeto al texto.

Las otras notas, las culturales (también llamadas notas filológicas, aunque todo es filología) suelen ser léxicas, contextuales o interpretativas. Muchas veces estas categorías se superponen, ya que, por ejemplo, el hallazgo de una palabra en el texto lleva a explorar el sentido de la institución a que se refiere, o a una circunstancia de la época del autor que ilumina el contexto. Porque tal es la característica del texto literario, todo se origina en las palabras y revierte a ellas. Y éste es el sentido de la llamada “anotación” del texto. Anotar un texto es agregarle este tipo de notas, con vistas a su publicación.

Pero en esto, como en todo, puede brillar la erudición auténtica y también pueden existir tan sólo los gestos de la erudición. La diferencia se nota si se observa qué es lo que el editor o anotador ha agregado al texto. Porque el gesto vano de la erudición lo practica el editor cuando anota lo que no está claro y le resulta conocido, al paso que deja sin anotar aquello que tampoco está claro y no conoce: o ha buscado la solución pero no la ha encontrado, o tiene pereza de hacerlo, o simplemente no reconoce la dificultad.

Un ejemplo modesto. En el cuento “La siesta del martes”, de Gabriel García Már-

quez, es fácil poner una nota al pie cuando se mencionan las plantaciones de banano: se hace referencia a las compañías bananeras (la United Fruit), el episodio de la huelga en *Cien años de soledad*, etcétera. Pero cuando se dice que Carlos Centeno, el ladrón muerto en el pueblo por la viuda Rebeca Buendía, estaba vestido con “una franela”, ¿sabrá el anotador que en Colombia esa palabra no designa necesariamente una tela, sino una prenda, que es la misma que nosotros llamamos “camiseta”, no importa con qué género esté confeccionada? El editor responsable anota las dos cosas; el que sólo repara en lo primero, y pasa por alto lo segundo, simplemente está imitando los gestos de la erudición.

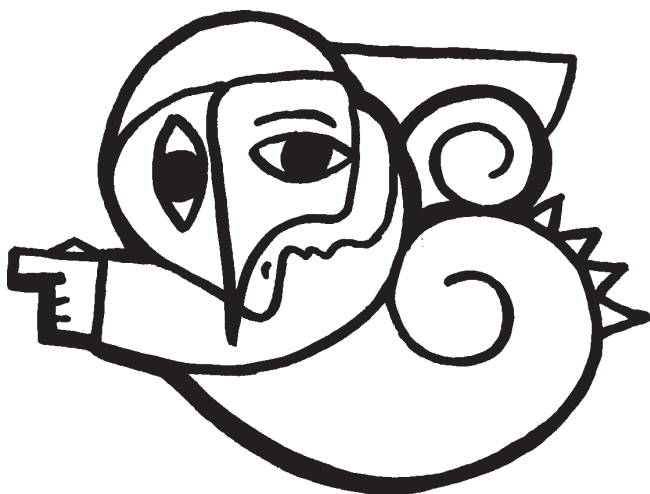
### 3

Por último, otro de los gestos frecuentes de la erudición —de la mala erudición, podría decirse— es la verbosidad: usar muchas más palabras que las necesarias para decir las cosas. El auténtico erudito es por lo general sucinto: lo que agrega a su argumento fundamental es lo que hace falta para reforzarlo; el ejemplo oportuno hace innecesaria una acumulación de ejemplos, la cita pertinente exime de la conversión del texto en una acumulación de citas, la bibliografía que aparece es la que efectivamente se usa...

Contención, moderación, economía: eso es lo que muestra un verdadero erudito, como los que he citado más arriba. Cuando sus obras son extensas, es porque absolutamente necesitaron ese espacio, todas esas páginas, para desarrollarlas. El falso erudito hace todo lo contrario, y en ese pecado lleva su propia penitencia. El lector se harta del circunloquio, la ampliación excesiva, el desborde verbal. Y cuánta razón tiene: porque en la escritura auténtica, toda palabra significa. El mal periodista y el mal escritor lo ignoran; y en tal caso, poco importa lo que el hombre sepa, pues de la erudición auténtica sólo ha sabido absorber el gesto superficial. ◀

# La utopía literaria de Mario Vargas Llosa: *El Paraíso en la otra esquina*\*

Miguel Báez Durán



Si para el escritor mexicano Carlos Fuentes, según se percibe con la lectura de su novela cumbre *Terra Nostra*, el Siglo de Oro –el del *Quijote* y Cervantes, el del Nuevo Mundo como renovación del Viejo– es el siglo de las utopías, para el peruano Mario Vargas Llosa éstas encontraron campo fértil para su germinación durante el siglo XIX –el siglo de *Madame Bovary* y Gustave Flaubert en Francia, el de la insurrección religiosa de los yagunzos de Canudos en Brasil– y más recientemente, gracias a la publicación de su novela *El Paraíso en la otra esquina* (2002), el de Flora Tristán y su nieto, el pintor Paul Gauguin, dupla de personajes en pos de realidades más satisfactorias aunque no menos inalcanzables.

Vargas Llosa presenta las vidas ficcionalizadas de Paul y de Flora –que, de hecho, nunca se conocieron– y lo hace siguiendo una estructura bien conocida por sus lectores, ya que antes la utilizó en *El hablador* y *La tía Julia y el escribidor*: la alternancia. En los capítulos impares, el lector podrá encontrar la historia de los últimos días de Flora Tristán en su viaje por toda Francia, para hacerles evidentes a los obreros y a las mujeres sus

derechos. Viaje donde, además, rememora los pasos que la llevaron a convertirse en la redentora del mundo, en la mujer–mesías dispuesta a transformar la existencia de los desamparados entre las turbulentas injusticias traídas por la revolución industrial. En los capítulos pares, algunas décadas después de la odisea de Flora, se narra la de Paul Gauguin, obsesionado con la idea de hallar un edén alejado de la chata burguesía que lo rodea en Francia, un espacio donde los colores y el erotismo exploten para alimentar su obra creativa.

El tema de la utopía, presente ya sea explícita o implícitamente en la obra de Vargas Llosa, sobresale de forma fulminante en éste y en otros de sus textos. Tómense como ejemplos *La guerra del fin del mundo* e *Historia de Mayta*, en el caso de la novela, y *La utopía arcaica*, en cuanto al del asedio ensayístico a José María Arguedas, su compatriota. El autor peruano va así, a lo largo de su deslumbrante carrera literaria, de las utopías privadas (Rigoberto en *Elogio de la madrastra* y su continuación *Los cuadernos de don Rigoberto*, Pedro Camacho en *La tía Julia...*) a las colectivas (Saúl Zuratas “Mascarita” en *El hablador*,

MIGUEL BÁEZ DURÁN  
Egresado de la licenciatura en Derecho por la UIA Torreón; recientemente fue profesor de asignatura en el área de Integración de la misma Institución. Maestro en Letras Españolas por la Universidad de Calgary, Canadá. Ha publicado ensayos en la antología *Hoy no se fía*; y los libros *Vislumbres de cineastas* y *Un comal lleno de voces*.



Antonio Consejero en *La guerra...*, Alejandro Mayta en *Historia...* o Santiago Zavala durante su juventud bajo la dictadura de Odría en *Conversación en la catedral*). De esas mismas ilusiones, de esos mismos desvaríos surgen en el pasado dos personajes, tan emblemáticos para la literatura, que sus nombres parecen encuadrarla y liberarla al mismo tiempo: Emma Bovary y Alonso Quijano. Nacen a la lectura en siglos tan diferentes y no parece casualidad, sino más bien efecto de la continuidad de una tradición literaria, el que estos dos personajes se hallen hermanados por el origen de sus locuras: los libros. El mismo Vargas Llosa afirma en *La orgía perpetua*, su ensayo sobre Flaubert, que “El manchego fue un inadaptado a la vida por culpa de su imaginación y de ciertas lecturas, y, al igual que la muchacha normanda, su tragedia consistió en insertar sus sueños a la realidad” (140). Más tarde, reafirmará estas ideas en sus *Cartas a un joven novelista*: “[...] cuando alguien –por ejemplo don Quijote o madame Bovary– se empeña en confundir la ficción con la vida, y trata de que la vida sea como ella aparece en las ficciones, el resultado suele ser dramático. Quien actúa así suele pagarlo en decepciones terribles” (14).

La misma academia, a veces tan perdida en sus nubes de abstracción, se ha dado cuenta de esta continuidad novelística entre Cervantes y Flaubert. Stephen Gilman en *La novela según Cervantes* le da la razón al escritor peruano al decir: “Tal como Cervantes lo descubrió, y como Flaubert lo redescubrió, la inmersión en la ficción es un peligro para la identidad. Tanto el *Quijote* como *Madame Bovary* son novelas acerca de adictos a la lectura: un hidalgo desesperadamente hastiado y una esposa desesperadamente insatisfecha, incapaces ambos de nadar hasta la orilla de sus existencias provincianas” (16). Aunque sin la intervención tan palpable de la lectura, Flora Tristán y Paul Gauguin intentan traducir a la realidad sus sueños y, como el manchego



de principios del siglo xvii y la normanda del siglo xix, fracasarán de manera estrepitosa aunque no menos trágica.

Es en principio la insatisfacción ante la realidad lo que conduce a Flora y a Paul a sus locuras. Si Tristán se enfrenta al rechazo por abandonar su casa y es condenada no sólo por el esposo, André Chazal –capaz de violar a Aline, la hija de ambos y futura madre de Paul, con tal de vengarse– sino también por los tribunales y por la madre, es por su condición de mujer. Eso la obliga a convertirse en salvadora. Flora estará entonces dispuesta a deshacer entuertos, como don Quijote. Si Gauguin se enfrenta a la satanización por haber sido un perfecto burgués con esposa e hijos, que renunció a todo para dedicarse a la pintura, por ser un hombre harto de las tendencias artísticas de su época, por estar constantemente desilusionado de colegas y admiradores, es gracias a su condición de artista.

Koke, como es llamado en Tahití, se lanza en sus múltiples travesías a tratar de sumergirse en un estado puro y primitivo del ser humano donde su desarrollo espiritual, artístico y emocional no se vea entorpecido por una moral decadente y preestablecida. En sus exploraciones eróticas, se parece más bien a Emma Bovary. También, en muchos sentidos, el sueño toca al autor, a Vargas Llosa, y lo conduce a esa otra utopía, una que se debate entre la ficción y la realidad: la literaria. Ya Raymond L. Williams lo hizo notar en su *Otra historia de un deicidio*: “Según Vargas Llosa, escribir novelas es un acto de rebelión contra la realidad, contra Dios, contra la creación de Dios que es la realidad” (87). De esa lucha encarnizada con una realidad que presenta tantos límites –lucha a librar en primera instancia y durante su niñez con un padre autoritario– nace en el autor peruano la vocación literaria y quizás también de ahí nazca su fascinación por figuras como las de Flora Tristán y Paul Gauguin.

A pesar de ser narradas en alternancia, las utopías permanecen enlazadas durante la novela entera. La de Flora es privada y se convierte en colectiva para favorecer a los trabajadores y a las mujeres. Privada pues Flora, vive un infierno en el matrimonio con Chazal y, tras abandonarlo, debe soportar su rencor sin bridas. Los viajes y las experiencias de la Andaluza, como la llama el narrador en segunda persona, desembocan una mañana en Auxerre, mañana con la que arranca el texto, mañana en que la mujer se dice: “Hoy comienzas a cambiar el mundo, Florita” (11). Paul insiste con una utopía en principio colectiva al lado de su amigo, el Holandés Loco. En ella, los dos pintores presidirían en Arles una comunidad idílica de artistas dedicados a trabajar e intercambiar ideas. Ese Holandés Loco, mejor conocido como Vincent Van Gogh, ahuyentará con sus exabruptos a Gauguin. Después vendrá la utopía privada en Tahití y, por último, en las Islas Marquesas.

Otro punto de reunión entre estos dos personajes y el autor es Perú. Es precisamente en Arequipa donde la batalla de Flora deja de ser personal para tornarse rabiosamente colectiva ante las contradicciones de una sociedad contrastante y provinciana. No es en Arequipa pero sí en Lima donde Gauguin jugará a encontrar el Paraíso durante su niñez, fiel reflejo de su búsqueda en el futuro. No son gratuitas las alusiones a estas dos ciudades. Además de la rebeldía frente a la realidad, compartida con sus personajes, Vargas Llosa recrea la época en la que los dos vivieron en Perú. Paul en Lima, capital del país, ciudad donde nació el padre del autor, ciudad donde halló otro espacio de autoritarismo en el Colegio Leoncio Prado de *La ciudad y los perros*. Flora, por su parte, en Arequipa, ciudad natal del escritor peruano, lugar de asentamiento de su familia materna. La misma mujer–mesías se topará, en su afán por reclamar la herencia de su padre, con un abogado llamado Mariano Llosa Benavides. Y la pregunta

es obligatoria: ¿acaso un ancestro de Vargas Llosa?

El título *El Paraíso en la otra esquina* es una referencia a un juego de niños. Sin embargo, también se constituye en metáfora de esa búsqueda del lugar inexistente, ese lugar al que quizás algún día se accederá para vivir la felicidad eterna: el Paraíso, la Arcadia, la Edad de Oro, el Nuevo Mundo. No importa cómo se le llame. A final de cuentas, es la Utopía. Y así, cada vez que Flora o Paul le pregunten con sus ojos vendados a otro niño si ahí, a donde han arribado, es el Paraíso, les responderán no, aquí no, vaya y pregunte en la otra esquina. En el punto culminante de la novela, un Paul Gauguin desahuciado y casi ciego apenas observa borrosamente a un grupo de niñas de las Islas Marquesas mientras juegan al Paraíso y, como se les ha dicho a muchos seres humanos, la monja que custodia a las niñas le dice que ése es un lugar al que él, Koke, nunca entrará. Gauguin sólo encoge los hombros y camina hacia su muerte:

¿Por qué te enternecía descubrir que estas niñas marquesanas jugaban al juego del Paraíso, ellas también? Porque, viéndolas, la memoria te devolvió, con esa nitidez con la que tus ojos ya no verían nunca más el mundo, tu propia imagen, de pantalón corto, con babero y bucles, correteando también, como niño 'de castigo', en el centro de un círculo de primitas y primitos y niños de la vecindad del barrio de San Marcelo, de un lado a otro, preguntando en tu español limeño, '¿Es aquí el Paraíso?', 'No, en la otra esquina, señor, pregunte allá', mientras, a tu espalda, niños y niñas cambiaban de sitio en la circunferencia (467).

En cualquier caso, las utopías más cercanas al Paraíso son las literarias. Las mismas de Cervantes y Flaubert. Porque Vargas Llosa desconfía de los esfuerzos de Gauguin y de Flora. ¿Cómo es posible que el pintor recupere ese estado atávico del hombre en donde no existía la moral burguesa? ¿Cómo es posible

que la mujer revolucionaria logre una sociedad equitativa para obreros, mujeres y niños? ¿Acaso Cervantes y Flaubert no desconfiaron de las ilusiones de don Quijote y madame Bovary, sus personajes? Porque, aunque perdure en el recuerdo del nieto y en los libros de historia como una defensora de las mujeres y de los obreros, el mundo inventado por Flora Tristán no aparece por ninguna parte. Tampoco el de Gauguin. Hasta en Tahití y las Islas Marquesas, hasta en los lugares más recónditos, se aparecen los colonizadores y los misioneros para imponer sus excluyentes puntos de vista.

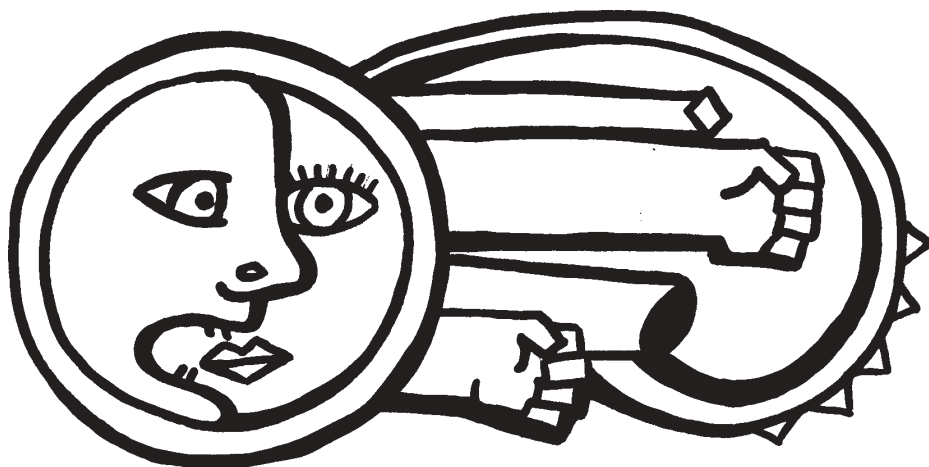
Ésta es la tercera novela en la que Vargas Llosa se aleja de los derrotados de su país. Ya lo había hecho anteriormente con *La guerra...* y con *La fiesta del chivo*. Aquí, ese joven autor afrancesado que deseaba con fervor conocer París y que a final de cuentas lo logra, revive ese pasado no sin obviar lo que debió ser una investigación exhaustiva sobre los dos personajes históricos para ser capaz de moldearlos en personajes de ficción. Ésta es de esas novelas de prosa hechicera, como diría el propio Vargas Llosa, pues le impide al lector soltarla hasta su aparente agotamiento con el silencio de las letras. Ésta es de esas novelas a las que el peruano no es ajeno ni como lector ni como autor. Recuérdense los magníficos ejemplos de *Conversación en la catedral*, *La guerra del fin del mundo* y, apenas hace algunos años, *La fiesta del Chivo*. En suma, Mario Vargas Llosa parece decirles a sus lectores con *El Paraíso en la otra esquina*, que estas búsquedas de la utopía son, como las de los niños jugando con la venda sobre los ojos, fútiles pero necesarias. Tan necesarias como la lucha utópica por la literatura que él emprendió hace años. Sólo por eso, sólo por darnos el placer de la lectura, Mario Vargas Llosa merece un agradecimiento.



\*Vargas Llosa Mario, *El Paraíso en la otra esquina*, Alfaguara, México, 2002, 485 pp.

# Ofensiva cultural en el Objetivo Hussein

Saúl Rosales Carrillo



El día que la prensa anunció la “batalla decisiva” en la invasión de Irak por el ejército norteamericano, Fulana buscó con desesperación agitada el sobre amarillo tamaño media carta que, finalmente, encontró reposado en la mesa del comedor de madera ebanisteadá con rococó pastelero. Su amiga Zutana que, contagiada de nerviosismo hasta la punta del pelo como un french poodle la seguía por la casa en los afanes de la búsqueda, salió tras ella hasta la vagoneta lustrosa y destellante que las esperaba en la calle bordeada de árboles y ahita de soledad aséptica. En la mañana, por teléfono, de parte de la propietaria de la Galería El Torreón las habían convocado a un encuentro de intelectuales y artistas de parte del Consulado de Estados Unidos en Monterrey. Empezaría a las seis. ¿Ya ves? Tenemos el tiempo justo. Y todo a causa del sobre que se había escondido en el lugar más a la vista. Aunque también la invitación fue precipitada, ni siquiera les avisaron veinticuatro horas antes.

De manera individual, desde la galería

habían convidado a cada amiga advirtiéndoles que a solicitud del Consulado, la invitación era especial para los escritores. Ellas ya habían publicado libros de versos que les criticaban con desmesura y desconsideración quienes se creían detentadores de la verdad poética, porque publicaban poemas de esos enmarañados y sin rima. La crítica no las arredraba y Fulana ya había rebasado la docena de títulos, mientras Zutana tenía en prensa el que elevaría sus volúmenes hasta la decena, urgida por la esperanza de alcanzar la profusa productividad de su amiga. Ellas pagaban la edición de sus libros —como pagaban cada domingo (y a veces entre semana) la publicación de un poema con recuadro en los periódicos, lo que les había atraído un prestigio de poetas que no les regateaba la ciudad, generosa como la Roma de Horacio—, pagaban la edición de sus libros y la regalaban íntegra a instituciones de beneficencia para que con la venta se allegaran fondos que alentarán su altruismo. No ignoraban que sus obras se empolvaban en las

SAÚL ROSALES CARRILLO

Escritor, estudioso y promotor de la literatura en La Laguna. Fue profesor del Departamento de Humanidades de la UIA Torreón y asimismo, ha impartido cátedra en diferentes universidades de la región. Ha publicado los poemarios *Vestigios de eros*, *Transparencia cotidiana*, *Floraciones de sueño* y *Esquilas domésticas*; y en prosa, los volúmenes de cuentos *Autorretrato con Rulló*, *Vuelo imprevisto*, *Memoria del polvo* y los ensayos *Huellas de La Laguna*. También es director de la revista *Estepa del Nazas* y responsable de las ediciones de la colección *MM*, auspiciadas por el Municipio de Torreón. Desde 1999 es reconocido como Creador Emérito por el gobierno coahuilense.

bodegas como los tesoros en los subterráneos de las pirámides de Egipto, pero eso no frenaba ni su creatividad entusiasta ni su filantropía inagotable.

A bordo de la vagoneta alargada con dispendio de gusano innecesario, nueva y de color plata, conducida por Fulana, las dos damas disfrutaron la refrigeración exhalada por rejillas ocultas y las oberturas de Rossini que entonaron bocinas estereofónicas estratégicamente colocadas y camuflageadas, incluida la de *Semíramis*, inspirada por la reina mítica de Asiria y Babilonia, lugar éste que fue la gran sede de una de las siete maravillas del mundo antiguo y capital de la legendaria Caldea, a orillas del Eufrates, por donde en estos días los bombardeos norteamericanos remueven la tierra en busca de vestigios culturales que recuerden a la humanidad el valor de la civilización y el progreso, sobre todo el de la tecnología de guerra.

El vehículo manejado por Fulana dejó la colonia residencial donde se erguían como minaretes altas palmeras que imitaban la decoración citadina de las urbes del sur de Estados Unidos, no la natural de las geografías xerófitas orientales, ni siquiera la de las imágenes de su propia historia urbanística asentada en el Bolsón de Mapimí. La vagoneta de resplandor plateado atravesó rumbos populares y antiguos de la ciudad alzada en el desierto de Chihuahua, ubicada en el área de influencia de Monterrey y a mil kilómetros de Fort Bliss, de donde había salido una disciplinada horda de soldados norteamericanos a invadir Irak, el Irak de historia y polvo, no el improbable Irak de Borges, asentamiento de Uqbar (Borges Jorge Luis, *Ficciones*, Planeta-Agostini, España, 1985, p. 14). El vehículo que llevaba a las dos mujeres llegó a la galería de artes plásticas donde la invitación telefónica apremiante les había informado que sería el encuentro de escritores, intelectuales y artistas con el cónsul.

Al especular sobre la inminente reunión,

las dos amigas prefiguraron el intenso azul magnético de los ojos diplomáticos, el dorado del pelo como nórdico, lo atlético del cuerpo alto similar al de Rambo. Un dios rubio. Una estatua dorada. Podría ser un Richard Gere. No, mejor un Mel Gibson, miel Gibson. Imagínate, corazón valiente, corazón ardiente. Oye, a ver, ¿cómo reaccionaría tu viejo si se enterara que andas pensando en un rubio de ojos azules, piel lechosa y cuerpo atlético como el cónsul? Qué se va a enterar. No lee las noticias culturales. No le interesa la cultura. Además, qué tiene pensar en un rubio así, ojos azules, alto. Es soñar, sólo soñar, pensar. Aunque, qué raro el nombre del cónsul, oye. No me parece nombre gringo. Pero así es de cosmopolita la población americana. Nunca un cónsul había hecho esto de venir a hablar con nosotros. Aunque fuera un Hugh Grant, piel cremosa y ojos azulísimos.

En un espacio amplio de la galería deslindado por muros y mamparas blancos en espera de cuadros, los anfitriones habían dispuesto tres círculos concéntricos de sillas. En una parte del redondel se había instalado un grupo de damas de la Sociedad de Poetisas del Desierto con carpetas portafolios, sobres grandes y opúsculos en el regazo ataviado con vaporesos y finos vestidos de verano. Los círculos exteriores ya estaban casi llenos cuando Fulana y Zutana llegaron. Posaron sus redondas posaderas en un par de asientos de la primera fila, que más bien había sido desdeñada por la timidez o la cautela de los invitados ya presentes. Quién sabe por qué los lugares del frente siempre son comprometedores para algunas personas, cuchichearon las damas de la vagoneta. Los temores, la pequeñez. Sus aromas de minúsculos pomos y precios de dilapidación se esparcían en generosos efluvios que agradecían los olfatos legatarios del ambiente árido y polvoso, aunque desde el grupo de damas de la Sociedad de Poetisas del Desierto, aglomeradas como coro aristofánico aristofárico se exhalaban ricas fragancias similares.

Cuando las manecillas de los relojes tradicionales se opusieron en una línea vertical marcando las seis de la tarde, una mujer con tipo de oficinista desde fuera del circo avisó que el invitado no tardaría. Ya había salido de la universidad donde también se presentó a charlar a las cuatro y estaba por llegar.

En la retaguardia de las señoras dos hombres más bien jóvenes, de unos treinta años, comentaban las noticias aparecidas ese día en la prensa. Encabezados de letras pesadas sostenidos o flanqueados por fotos de militares norteamericanos en acción, mujeres y niños vendados, manchados de sangre y sufrientes, auguraban la inminencia de la "Batalla de Bagdad". Otros encabezados informaban que Estados Unidos había reconocido que usaba las prohibidas bombas de racimo; que soldados estadounidenses habían disparado contra una camioneta particular iraquí matando a diez mujeres y niños; que en el puente de Nasiriya, "puente de la muerte", se amontonaban los cadáveres de civiles; que una bomba cayó en un hospital de maternidad de Bagdad y segó muchas vidas; que crecía la lista de mexicanos muertos, heridos, desaparecidos y prisioneros en Irak y que en el Medio Oriente se encontraban alrededor de 54 mil soldados de origen mexicano. ¿Leíste el artículo que comenta lo repugnante de los pragmáticos que le reprochan al gobierno de Fox haber votado contra la posición de Estados Unidos en la ONU y revalora el hecho como muestra de autonomía y dignidad? Dice que subyace una vocación de vasallaje en esa forma de pensar que antepone el utilitarismo a la soberanía y que México, al votar contra Estados Unidos en el Consejo de Seguridad de la ONU ejerció, *no enajenó* su poder de decisión, su libertad, su soberanía y su dignidad. De ser pragmático a ser buitre no hay más que una cintura flexible.

Nunca un cónsul gringo había aparecido por aquí para convivir con gente como nosotros. Como no conquistaron el voto del gobierno no vienen por el del pueblo. Es una batalla



por la reconquista de la simpatía perdida a causa de la invasión.

Gastón García Cantú en su libro *Las invasiones norteamericanas en México* recuenta cerca de trescientas desde 1799 hasta 1918. Podríamos ser récord Guinness. Tenemos el infortunio de ser vecinos del país más poderoso y ambicioso del mundo, y consecuentemente, es nuestro el récord de invasiones sufridas por su afán expansionista, intervencionista, colonialista, imperialista.

En la televisión manejan lo de la invasión a Irak con el título que impusieron los gringos, “Objetivo Hussein”. Quieren esfumar sus actos inhumanos contra el pueblo de Irak y su ambición de petróleo. Pero cómo está sufriendo el pueblo iraquí. Otra televisora usa “Objetivo Saddam”, igual de equívoco a favor de Estados Unidos. En términos de guerra, “objetivo” es el blanco de la muerte. Sin embargo, todo el pueblo iraquí ha resultado objetivo.

Creo que este encuentro es como uno que me platicó mi padre —comentó uno de los hombres sentados en la retaguardia de las damas—. Vivía él en la ciudad de México. Su aspiración de ser escritor lo había llevado a convertirse en amigo de Jorge Ibarguengoitia, Ricardo Garibay, Luisa Josefina/ Un día, igual que sus amigos, fue invitado a una reunión con un funcionario del área cultural de la Embajada de Estados Unidos. Creo que lo narra Ibarguengoitia en *La ley de Herodes*. En ese tiempo por todo el mundo había manifestaciones de repudio al intervencionismo norteamericano en Latinoamérica, por el asedio norteamericano contra Cuba, por la intervención armada de Estados Unidos en Vietnam. En sus guerras el gobierno gringo incluye una ofensiva cultural. Como dices, ahora quieren recuperar la simpatía que han perdido por la invasión a Irak/

Todos miraron hacia la puerta vidriera porque alguien que la tenía enfrente indicó con una seña muda que ya llegaba el esperado. Hacia el ruedo venía una pareja. El hombre

llevaba en una mano un portafolios y en la otra un libro. Lo acompañaba una mujer distinguida y elegante. Él vestía más con desprecio que con mal gusto. Se introdujeron al primer círculo y mientras el esperado ocupaba una silla sin destino prefijado, la mujer elegante y distinguida lo presentó y explicó el propósito de la visita. El prestigio de su galería El Torreón había facilitado que *los americanos* se pusieran en contacto con ella para que en su local se llevara a cabo un encuentro entre el señor Robert Naranján y artistas, intelectuales y escritores locales, especialmente estos últimos. Es por eso que contamos con la grata presencia de todos ustedes. Como les avisamos al invitarlos, el señor Robert Naranján es funcionario del área de cultura y prensa del Consulado de Estados Unidos en Monterrey. Le dejo a él la palabra.

¿Entonces no es el Cónsul? —le preguntó Fulana a Zutana, como si su amiga fuera su zahorí en el más desolado desierto—.

No. Y tampoco es rubio —le respondió Zutana con ironía, sofocando la voz para no sabotear al funcionario de cultura y prensa del Consulado de Estados Unidos en Monterrey, que se disponía a dirigirse a sus oyentes—.

Sitiado en su epidermis olivácea o saturnina, que de ninguna manera podría ser confundida con la de Hugh Grant ni la de Richard Gere, tras unos lentes poco parecidos a los de Gandhi, montados sobre una nariz incontestablemente hindú, y envuelto en una nube de espiritualidad atávica, el funcionario de la diplomacia norteamericana sin ningún preámbulo empezó a hablar de sí mismo como lo haría un amigo con el que ya se lleva un buen rato platicando. Sin duda se encontraba a gusto en su lugar sin privilegio, al ras del suelo y sin escritorio de por medio, igual que los otros del redondel pensado para que los asistentes se sintieran a la misma altura. Las luces de la galería de artes plásticas acentuaban el color cenizo de su piel.

La placidez, la confianza, la serenidad y el

desprejuicio del funcionario se contagiaron a los oyentes, reforzados por el aliento de confiencialidad en que envolvía las palabras con que refería sus orígenes. Había nacido en la India. Allí pasó sólo pocos de sus primeros años porque su papá ingresó al cuerpo diplomático y debieron viajar por el mundo. Añorando sus tierras y cielos tropicales *semejantes a los de algunos lugares del sur de México*, siguió a su familia por varias naciones europeas. Vivieron en España un tiempo pródigo que ayudó a su infancia a descubrir el encanto de la lengua de Cervantes y de Agustín Yáñez. Finalmente el padre dejó el servicio diplomático y se establecieron en Estados Unidos, donde su juventud cursó la enseñanza media superior y la carrera de periodismo en la Universidad de Columbia.

La serenidad de la voz narradora y el aura de espiritualidad del coterráneo de Gandhi, *el Mahatma* partidario de la no violencia, echaron en los oyentes lazos de cordialidad. El público escuchaba cautivado y complacido cómo el joven Naranján, igual que cualquier inmigrante, había batallado para incorporarse a la vida *americana*, llena de oportunidades pero también de requisitos que templan el carácter y capacitan para el triunfo. Debió trabajar en empleos modestos, como lo hace quien edifica su vida desde los cimientos. Así pudo sustentar sus estudios. Finalmente se preparó y compitió contra aspirantes no mal calificados para ganarse mediante examen un lugar en el servicio exterior de Estados Unidos. Enrolado en la diplomacia había recorrido varios países y en México, antes, se había desempeñado como canciller de la Embajada *americana* y tras salir un tiempo a otras misiones, regresó a México con destino en el Consulado de Monterrey.

Sin embargo, en ese tráfago siempre encontró tiempo para escribir poesía y ensayo. Le apasionaba la literatura y por eso solicitó tener un encuentro con los escritores locales, también otros intelectuales y artistas, pero su

interés especial era conversar con escritores. ¿Quieren oír alguno de mis poemas?, ¿quieren leer ustedes alguno de los suyos?

Hubo mansas miradas de espera. Algunos ojos perspicaces, incluidos los del coro aristocrático, se asentaron en el sobre amarillo de Fulana, en espera de que se moviera, se abriera, dejara salir sus blancas cuartillas como blancas alas de paloma de la paz. Los zureos autóctonos prefirieron permanecer acurrucados en la mudez.

La cortesía frenó el ego de los escuchas o se abatió ante lo inesperado. Un silencio se empezaba a prolongar cuando el canciller de prensa y cultura del Consulado de Estados Unidos en Monterrey, con su español adornado de cuidados defectos de pronunciación y cultivados solecismos, avisó que leería uno de sus poemas de mayor estimación. Algunas partes las diría de memoria. Abrió el libro que llevaba en la mano al llegar. En sus versos, el poeta Robert Naranján contemplaba el amor especial que se le reveló un día en Nueva York. Una pareja se abrazaba y entrecruzaba su vista y sus sonrisas en un parque; luego, en el metro, otra pareja, ésta de negros, intercambiaba sonrisas y miradas.

Al terminar el poema, el diplomático estadounidense habló del amor como el gran remedio para los traspies que da la humanidad, a la que él amaba profundamente. Sin mermar la espiritualidad que lo envolvía como nimbus de iluminado, comentó las dificultades de ser un intelectual crítico y a la vez un servidor de la patria. Aportó detalles de la historia de su libro. Contenía los poemas más queridos por él. Lo tradujo al español por sí mismo, con ayuda de un poeta mexicano cuyo nombre mencionó.

El público escuchó con interés profundo durante el resto del encuentro, hasta que el canciller de prensa y cultura del Consulado de Estados Unidos en Monterrey concluyó su charla en español y agradeció la atención de la audiencia.

Con rechinos de las patas de la sillas y una masa de enunciados dichos en voz baja, la gente se puso de pie para empezar a salir. Mientras los primeros lo hicieron, las dos damas –Fulana con su sobre amarillo reposado en el regazo y a bordo de la bolsa de mano– comentaron que el diplomático Naranján era el modelo de inmigrante que llega a Estados Unidos y porque quiere puede. Ascende porque la nación, sin discriminaciones, está llena de oportunidades, pero quien las ambicione debe conquistarlas.

Por su parte, los dos hombres sentados a la retaguardia de las dos damas perfumadas con refinamiento, consideraron el encuentro como parte de la estrategia de Estados Unidos para cosechar la simpatía que le urge en este momento en que por todo el mundo se manifiesta el repudio por su invasión a Irak. No es nada gratuito que el diplomático se haya presentado en tres universidades particulares, en ninguna oficial, y haya promovido este encuentro. La presencia espiritual, creativa y ejemplar de este ciudadano norteamericano seguramente conquistará copiosa simpatía para su calculador gobierno.

Al gobierno norteamericano le interesa ganarse en primer lugar la simpatía de quienes tienen voz pública, de quienes influyen en el pensamiento colectivo: los escritores.

Una de las damas torció el pescuezo elegante y aún firme para dirigir una mirada sin intención pero certera a los jóvenes acuartelados a sus espaldas. La otra hizo lo mismo arrastrada por la acción de la primera. Ellos les correspondieron con una mirada también neutra, despojada de interés, sin curiosidad ni intención. La plática de los dos hombres se refería ahora a que la más avanzada tecnología de guerra se empleaba para bombardear, destruir y someter a los descendientes del pueblo que erigió la cultura, la escritura, los lugares bañados por el Tigris y el Eufrates donde nació la civilización. En 1963 arqueólogos norteamericanos en una expedición a

Tell Abu Salabikj, Irak, la antigua Mesopotamia, descubrieron cientos de tabletas de arcilla con la inscripción de himnos religiosos, oraciones y proverbios. Esas reliquias las había acunado la tierra desde más o menos cinco mil años antes de Cristo y al ser exhumadas, contribuyeron a reforzar la hipótesis de que allí, entre los sumerios de la antigua Mesopotamia cultivada y el contemporáneo Irak bombardeado por Estados Unidos, allí había nacido la escritura, la manera de que el conocimiento se fijara y transmitiera en el espacio y en el tiempo; la escritura, que es el instrumento que hace trascender a los poetas y escritores.

Mientras el funcionario del Consulado de Estados Unidos en Monterrey, Robert Naranján, atendía a curiosos y zalameros que lo interrogaban, lo felicitaban por su charla o intentaban congraciarse con él, las dos mujeres, Fulana con el sobre amarillo en la mano, Zutana como su mánager, se alzaron de sus asientos y después de dirigir una mirada cintilante de odio a los dos hombres de su retaguardia, se acercaron al núcleo del funcionario.

¿Es usted el encargado de tramitar las micas? –preguntó Fulana a Naranján–.

Es que las micas ya no sirven y ahora hay que usar/ –Zutana trató de estructurar una introducción que suavizara el abrupto abordaje de Fulana, pero a su vez fue interrumpida por la negación complaciente del funcionario del Consulado de Estados Unidos en Monterrey.

No, mi área son prensa y cultura –el enunciado se escuchó saturado de comprensión para el pragmatismo desorientado–.

¿Entonces usted no me puede ayudar? –añadió Fulana dulcificando la voz y alzando un poco su sobre amarillo–. Aquí traigo mis papeles.

No –dijo el funcionario de prensa y cultura del Consulado de Estados Unidos en Monterrey–. Emitió su negación plena de determinación, radiante de espiritualidad y rebosante de simpatía. 🌱



# Color de fuego

Rafael Mondragón

para Jessica, Alejandra, Laurita. También para Owain

*...tú dende la hoguera / al cielo levantaste al fuerte Alcides...*

Fray Luis de León, "A don Pedro Portocarrero"

Y todo vuelve siempre al lugar de su quietud.

Popol Vuh

Él se imagina como un ciego. Cuando un ciego camina, siente una inseguridad terrible entre un paso y otro. De la tierra a la tierra, en el pie, está el espacio. Indecisión. Espanto. Owain piensa. Se acerca a la puerta hacia el cuarto en donde están los reflectores. Calor. El movimiento circular del sol marcado. Esto es la danza de la tierra.

Es el momento. La raíz helada tiembla adentro del pecho de Owain. Entonces, sabe. Se le ocurre una idea. "Lo único que debo hacer —dice— es actuar como actúan las flores". Es una flor ahora. La textura de su hombro es una flor, también. Owain conoce el frío, en el cuarto de paredes blancas en donde ya está, con los otros. Entonces cierra los ojos.

En el momento que sigue, habrá de comportarse como se comportan las flores.

Owain está sentado en una mesa circular que tiene dos vasos de unicel encima. Uno de los vasos con café negro y sin azúcar. El otro con jugo de naranja. Owain tiene ambas manos encima de la mesa, con las palmas hacia abajo. Las venas resaltan encima de las manos. El color azul se adivina por encima de la piel, la sangre azul. Owain mira sus manos, con la cabeza inclinada —un poco—. En un estado de estupor. Está sentado allí, solo. Espera, de algu-

na manera, que alguien conocido llegue y lo saque de ese estupor, y lo libere de la muerte.

Los momentos antes de entrar todos juntos al cuarto son siempre los más difíciles. Owain se sienta en un sillón junto a los otros; tiene una de sus manos apoyada en la rodilla. Las venas de su brazo están marcadas. Nunca queda recuerdo de las conversaciones que tiene con las otras personas. Hablarán rápidamente; palabras de aire que flotan, en el espacio indeciso. Entonces, el hombre gordo con acento del sur del país abre la puerta. "Ya está todo listo". Entran y en el cuarto hay una cámara, hay reflectores.

Owain lleva la mirada en el suelo cuando camina en la calle; absorbo en el color ceniza del asfalto. El cabello rojizo, muy bien cuidado. Los ojos grisáceos, oscuros, que casi no se pueden ver. El sol brilla fuerte en la calle, y Owain a veces piensa en la danza celeste de los planetas, en círculos alrededor del sol. Así es la gente. Habrá alguna vez calor, cuando él camina. La ropa es escudo que guarda la frescura. También el pelo. La cara mirando hacia el suelo. A veces, pero no muy seguido, una mujer o un hombre chocan contra el hombro de él, rozan su brazo. Él se despierta. Levanta la mirada y el mundo brilla ahí, lleno de sonido y de nombres. Entonces, Owain se acuerda de que, además de él, en el mundo —afuera— están los hombres.

Owain jura. Está furioso. Jura que nunca más volverá a ir al cuarto. Jura que no volverá. Nunca más, nunca más. Sin embargo, se encuentra allí otra vez. Cuarto. Pared desnuda. Los reflectores. Calor en el cuarto. Es aquel

RAFAEL MONDRAGÓN

Nació en Villahermosa, Tabasco en 1983. Ex alumno de la Preparatoria Carlos Pereyra. Actualmente estudia la licenciatura en Lengua y Letras hispánicas en la UNAM.



Las hojas verdes anudadas a un tallo. Aquellos pétalos de color. No lo olvides. En el cuarto, pared blanca. Movimiento circular. En donde no hay tiempo.

—¿Qué es el aire?

—El aire es el silencio vacío

que se hace cuando alguien ama a alguien;  
el deseo de ese amor se queda en el cielo, y viaja.

Así, los hombres y mujeres solitarios  
que caminan por la calle, noche a noche,  
pueden sentirse acariciados por el aire,  
y saber que en ese instante son tocados  
por el amor de otras personas.

—¿Qué es la vida?

—Es caminar por esas calles, enamorado de luna;  
sentir el fuego horrible abajo, duro, en las entrañas.

—¿Las personas?

—Son muñecos de cera.

Cajas oscuras, frescas, en cuyo centro hay una raíz;  
estrellas.

—Yo

—Soy la distancia entre un cuerpo y el mío.

El momento de caminar como ciego, las manos  
encima de las mesas.

Alguien libéreme de este estupor.

Cuerpo herido; el fuego. En el eterno movimiento.

Con hojas verdes anudadas a un tallo.

Y los pétalos de color.

Hace algún tiempo iba todos los días a la preparatoria. Él se sentía muy joven entonces. Campos de fútbol enormes, por donde caminaba, saliendo de clases. Iba todos los días a la preparatoria. Él recuerda, alguna vez, que una mujer —también joven— le diría una palabra bonita, un coqueteo. Él jamás supo qué hacer. Qué hacer entonces. Y es que podría haber tocado el cuerpo de ella, pero al momento de intentarlo recordaba siempre: sabes que ella también es una persona. ¿Y qué significaba eso? ¿Qué significa ser una persona, igual que él? Owain se siente una persona, pero no sabe qué significa eso.

Como cuando en las calles color ceniza,

alguien sin querer le roza el hombro cuando pasa y entonces, él recuerda: una persona me ha rozado el hombro. Ante el misterio del *qué es eso*. Y entonces, Owain se maravilla.

Owain trabajó cuatro meses con el hombre del acento sureño haciendo películas con él. “Tú puedes decir que eso es malo, pero jamás podrás culparme; porque no puedes, no puedes saber”... Él se disculpa ante ti; se defiende, en forma curiosa, agresiva. Piensa que lo vas a atacar. Cuando tú lo abrazas él se pone a llorar en tu hombro. No ves su cara porque está tapada por el cabello. El cuerpo tiembla. Tiembla todo él. Escuchas cómo llora, silencioso. Él es un cuerpo cansado, que de repente está temblando.

Owain está vestido con un saco. Una camisa fresca bajo el saco. Hojea las revistas con la mano derecha. Las poses de esos hombres y mujeres le parecen tan curiosas. Las mujeres con los ojos cerrados. Bocas entreabiertas, semejan algo. Algo que nadie sabe qué es. Todos imitan algo. Como si en sus infancias hubieran visto a Dios, algún día, y ese Dios, más que forma o sonido, hubiera sido un sentimiento. Algo que ellos no volvieron a sentir. “Sin embargo, más o menos así debería verse...”

¿Quiénes son? ¿Quiénes son ellos? En las portadas de las revistas viene un nombre inscrito en una frase, pero Owain piensa: sé que debe haber algo más.

—Oiga joven. ¿No va a comprar?

Escucha eso, el grito enfurecido del vendedor de las revistas. Entonces Owain sonríe y dice que no. No va a comprar las revistas.

Quisiera decirle que la verdad y el secreto del tiempo no están allí, que hemos de buscar en otra parte, pero lo único que hace es sonreír, y deja la revista en donde estaba.

Owain camina mirando el cielo, paso a paso, disfruta entonces la libertad. Owain se dirige al parque, y cuando llega se sienta en una banca. Se queda allí, sin hacer nada en especial. Se queda en ese parque varias horas. 🌞

# Espejismos

Manuel Iñaki Leal Belausteguigoitia

MANUEL IÑAKI  
LEAL BELAUSTEGUIGOITIA  
Licenciado en Derecho por la UIA  
Torreón. Es miembro del taller  
literario de Guillermo Samperio.

La había conocido en la lúgubre barra de un *pub* del centro. Recuerda que el ambiente plomizo sólo le había permitido imaginar sus facciones; de la boca de ella emergía un cigarrillo que anticipaba un rostro atrayente.

No fue difícil abordarla, ya que se anticipó, fuego en mano, para que ella continuara bebiendo su tabaco; de ese modo, las copas y las confidencias se sucedieron hasta que ella se marchó, alegando la fatalidad de la hora. Una tarjeta y un beso, que fue a la vez despedida y encuentro, estuvo revoloteando en su cabeza como gaviota ávida de peces.

A los pocos días decidió llamarle y, a pesar de que al otro lado de la línea lo saludaban con un afecto diáfano, su memoria y oído conspiraban sobre la identidad de la mujer; aquella noche su voz era ronca y opaca, como un golpear de olas en el acantilado, diferente a ese chorro de claridad que confirmaba su próxima cita.

Sentados frente a un par de tequilas, su voz parecía fugarse y retornar al mismo tiempo a aquella que había escuchado en el bar depresivo. Pudo apreciar que ella recordaba con precisión sorprendente cada diálogo, cada confesión; intentó borrar esas paranoias de su mente y se concentró en sus manos, blancas y delgadas, que se movían con la elegancia de un cisne. Su pelo negro caía libre sobre los hombros; sus ojos pequeños y brillantes, la hacían más misteriosa.

Varios tequilas después logró interrumpirla con sus propios labios, que a partir de ese momento comenzarían otro tipo de comunicación que se prolongaría hasta su modesto

piso de solitario. Tendidos sobre el altar venusino de sábanas y fuegos, descubrió con los ojos de sus manos aquellas potentes caderas, casi transparentes de tan blancas, enajenándose con los laberínticos suspiros que el combate de los cuerpos arrancaba. Así, yerto y dichoso, terminó rendido ante el poderío de esa hembra soberana.

En el calendario se sucedían interminables las lunas y las madrugadas, que seguían aquellos duelos eróticos con justificado recelo.

En una ocasión comparecieron a la vetusta morada de ella, que habitaba sin más compañía que la de su fiel siamés; así lo había confesado alguna noche. Mientras le preparaba un explosivo *scotch on the rocks*, murmullos lejanos y familiares volvían a irrumpir en sus oídos. Esos rumores siguieron constantes, aun cuando, ansioso y sensual, eliminaba sandalias, medias, faldas, bragas, blusas y corpiños de su compañera, sintiendo al mismo tiempo cómo sus dedos y uñas, menos delicados que otras veces, le derramaban lava por su espalda, caderas y nalgas, dejándose envolver por el ciclón de deseo que lo confinó en el hipnotismo de la carne.

Al amanecer, lo sorprendió la ausencia de su Circe, que lo dejaba varado en las orillas del placer, sin más protección que su memoria. Aturdido, alcanzó a escuchar unos apurados pasos y el gemido de la puerta que daba a la calle; se precipitó hasta el balcón y con angustia en los ojos logró distinguir cómo su musa se perdía radiante y risueña entre la espesura de la plaza.

# El rabino

Monique Mitastein

El lunes entré a la sinagoga y busqué al rabino:

–Rabí Eliézer, vengo a pedirle consejo...

–Pero si no eres creyente...

–Rabí Eliézer, yo maté a mi marido.

–¿Qué no murió de un paro cardíaco?

–De eso se muere todo el mundo Rabí Eliézer. Si Simón no se hubiera muerto, yo lo habría matado...

–No eres la primera mujer que ha querido matar a su marido, alégrate, no lo hiciste.

–Lo intentaría si pudiera...

–Tranquilízate, ya no puedes.

El martes entré a la sinagoga y busqué al rabino:

–Rabí Eliézer, vengo a pedirle consejo...

–Pero si no eres creyente...

–Rabí Eliézer, mi madre mató a mi padre.

–Tu padre murió cuando tenías tres años, tu misma me lo contaste...

–Bueno, Marcelo no era mi padre, pero como si lo fuera...

–¿Qué no murió de un paro cardíaco?

–De eso se muere todo el mundo Rabí Eliézer. Si Marcelo no se hubiera muerto, ella lo hubiera matado.

–Tu madre no es la primera mujer que ha querido matar a su marido, alégrate, no lo logró.

–Ella lo intentaría si pudiera...

–Tranquilízate, ya no puede.

El miércoles entré a la sinagoga y busqué al rabino:

–Rabí Eliézer, vengo a pedirle consejo...

–Pero si no eres creyente...

–Rabí Eliézer, mi abuela mató a mi abuelo.

–¿Cómo lo sabes, si tu abuela murió antes de que tú nacieras? Por eso llevas su nombre.

–Hay una maldición que pesa sobre mi familia: todas las mujeres terminan matando a sus maridos.

–Querrás decir que todas las mujeres de tu familia han tenido ganas de matar a sus maridos; no son las primeras mujeres que intentan hacerlo...

–Y lo vuelven a intentar...

–Pero no lo logran, alégrate y deja en paz a los muertos.

El jueves entré a la sinagoga y busqué al rabino:

–Rabí Eliézer, vengo a pedirle consejo...

–Pero si no eres creyente...

–Rabí Eliézer, prométame que no casará a mis hijos...

–Pero si no tienes hijos varones, solamente cinco mujeres...

–Da lo mismo, sus maridos serán mis hijos, prométame que no las casará...

–¿Quieres que permanezcan solteras?

–Si las casa, querrán matar a sus maridos...

–No serán las primeras que deseen matar a sus maridos...

–Terminarán en la cárcel, ¿qué será de mis nietos?

–Le pediré a Dios que tus hijas encuentren buenos maridos. Alégrate, no les pasará nada a tus nietos.

El viernes el rabino se levantó al alba y, como lo hacía todos los días, le dio las gracias a Dios por no haber nacido mujer.

Monique Mitastein  
Ficha pendiente

# Los coloquios del diablo

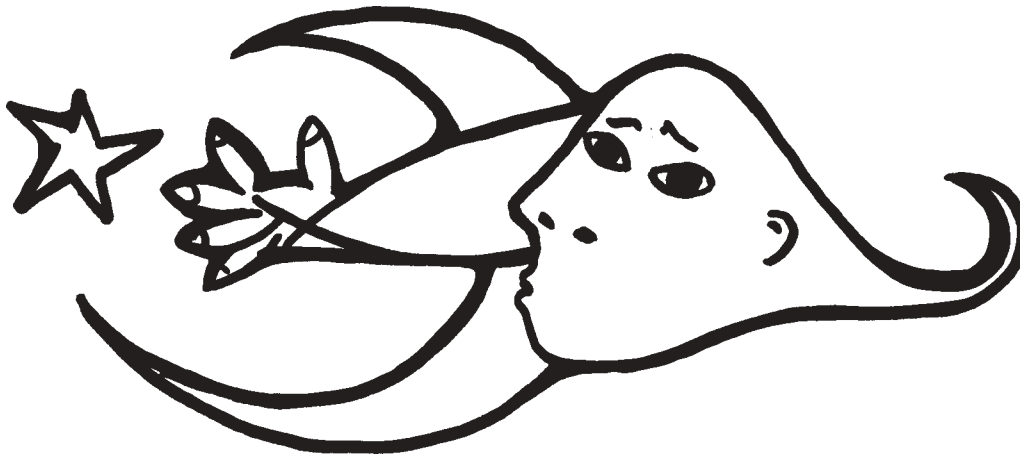
Román René Orozco

El príncipe de las tinieblas es un caballero  
Shakespeare, *El rey Lear*

Conocí al profesor inglés, Avedon, durante una serie de conferencias sobre filosofía contemporánea organizadas por la Universidad de C. Yo había llegado a la ciudad de Barcelona hace apenas un par de días, después de un breve pero fructífero recorrido por España, sus museos y ciudades. La universidad me había invitado a participar como parte de un programa de intercambio, que tenía como finalidad estrechar el contacto académico entre Latinoamérica y España, promocionando la labor de investigación en varias disciplinas como historia, literatura, filología y filosofía. De una laboriosa selección a nivel nacional, únicamente fuimos escogidos dos representantes de México en materia de filosofía. Mi compatriota, aunque venía de Guadalajara, había nacido en Oaxaca, lo que le daba a su personalidad un aire “mediterraneizado” que entonaba armónicamente con el ánimo de los catalanes, quienes (por lo poco que podía deducir de mi superficial experiencia) mantenían un ambiente festivo y jocoso, por lo menos en estos días en que los desfiles de primavera

vestían las calles con buen humor y jolgorio. Yo, por mi parte, no tenía gran interés por fraternizar con más nativos que los necesarios. Bastante cansado era ya estar constantemente pensando en el importante papel que mi compatriota (Heriberto) y yo teníamos que desempeñar frente a un público todavía desconocido y que auguraba no pocas sorpresas. Dada la extensa fama que tenía la Universidad de C. por albergar a las mentes más puntillosas en el universo de la filosofía española, nuestra participación en el ciclo no estaba exenta de cierto nerviosismo acentuado por la presencia del profesor Avedon y todo lo que sobre él se decía.

El ciclo versaba sobre la postura del hombre frente a la paulatina desaparición de la metafísica en toda forma de pensamiento actual, y la manera en que se encaraba tal posición con una total separación de la idea de la trascendencia. Mi charla se titulaba *Nostalgia por el porvenir*; en ella exponía la situación del ser humano ante la disyuntiva de crear su futuro desde la mirada del otro (divino o terrenal) u optar por una idea de futuro cuya complejidad radica en la imposibilidad de la absoluta independencia de toda ligazón social. El tema me interesaba bastante y le había dedica-



do un buen mes hasta tener todas mis ideas claras. No podía permitirme causar una mala imagen o peor aún, una actitud de condescendencia. Por otro lado, mi mente forjaba desde hacía rato la idea de impresionar de tal forma a mis colegas europeos, que pudiera condensarse un puesto honorario en alguna de las universidades participantes o en la misma Universidad de C., que gozaba de gran prestigio en toda Europa respecto del área filosófica. Así, mi mente se dejaba llevar por estos agradables pensamientos, en tanto que el tiempo consumía lentamente las veinticuatro horas que aun faltaban para el momento que yo consideraba, sería inolvidable. Cuánta razón tenía sin saberlo.

El profesor Avedon era un sujeto de gruesa complexión y andar elefántico que parecía siempre estar a punto de romperse un hueso. Los quevedos que usaba y el corte de pelo tan particular, le daban el aspecto de portada de libro viejo, aunque no aparentara tener más de cincuenta años. Su persona era bastante conocida en los rumbos de la filosofía, quizá no tanto por su obra o su intelecto como por las leyendas que circulaban en torno a su vida. Era uno de esos tipos en quienes se halla una

curiosa mezcla de seriedad académica y entusiasmo esotérico. Se podría pensar en una combinación entre Paracelso, Aristóteles y H.G. Wells. A pesar de lo histriónico de su aspecto, Avedon gozaba de cierta admiración y respeto (quizá por su osadía más que su talento) a partir de la publicación de unos libros donde exponía ciertas líneas de pensamiento, que retomaban la metafísica de Aristóteles adecuándola a un esquema cosmogónico más bien vulgar a mi vista, convirtiendo una bella reflexión del mundo en una mera exposición casi circense. Nunca un adjetivo lo calzó mejor, el profesor Avedon era un cirquero de la filosofía, si es que tal imagen puede ser concebida en cabeza humana que se precie de serlo.

—Doctor Ignacio Taboada, este es el profesor Avedon. En esta ocasión no expone ningún tipo de conferencia, pero participa de muy buena gana en todas las ponencias y nos alegra tenerlo por aquí. Aunque quizá nos reserve una sorpresa, ¿no profesor?

Al final de la frase capté una risa muy sutil en el decano de la universidad al momento de hacer las presentaciones; quizá su alegría no era solamente figurada. Sentí un fuerte apretón de manos.

ROMÁN RENÉ OROZCO  
Licenciado en Comunicación por la UA Torreón, institución en la que es profesor de asignatura del área de Integración y forma del parte del taller literario. Ha publicado en las antologías *Hoy no se fía* y *Mañana tampoco*.

—Encantado —respondió Avedon, dejando salir una voz grave y profunda en un español perfecto—. Entonces usted es el mismo Taboada que va a exponer *Nostalgia por el porvenir*. ¿Cierto?

—En efecto, es mañana por la tarde. Espero contar con su asistencia.

—Desde luego, normalmente en este tipo de ciclos no me gusta perderme de ninguna conferencia, y menos si se trata de un exponente de un país tan exótico como el suyo. Debe ser muy interesante su aproximación a la filosofía en un país tan alejado del desarrollo del pensamiento occidental, ¿no lo cree usted?

Ignoro si fue intencional la entonación que le imprimió a su comentario, pero me sentí agredido en cierta forma.

—No del todo —dije con calma— por lo menos no tanto como podría serlo en un país tan estoico como el suyo, tan alejado del sentido común. Me parece que *Callada desesperación* es como le llaman a ese concepto. ¿Lo ha escuchado?

Apenas un breve intercambio de palabras y la guerra se había hecho. A pesar de los subtextos, Avedon continuaba sonriendo cortésmente y luego de un suave asentimiento me invitó a discutir mis ideas en su piso, acompañados de un poco de vino y pan con tomate. Le contesté que me daría gusto seguir la charla. Acordamos vernos a las diez de la noche ese mismo día, y después de anotarme su dirección en un trozo de papel, dio media vuelta con un aire de pintura renacentista y se perdió entre las demás personas que asistíamos al recinto universitario. Afuera el sol catalán todavía brillaba y de cuando en cuando me parecía captar un ligero aroma marino en el aire, que me relajaba y hacía olvidar la mala impresión que Kieran Avedon me había provocado. ¿Cómo era posible que alguien tan pedante pudiera ser tan reconocido? ¿Habría algo que valiera la pena explorar en esa cabeza tan contagiada de sí misma? Luego sentí curiosidad. No había nada de malo en ir a tomar

unas copas con él. Por antipático que fuera, siempre podría sacarle alguna que otra información que pudiera utilizar en mi provecho. Quizá lo que necesitaba era un buen conversador con quien pudiera discutir algunas ideas sobre mi conferencia. Mientras pensaba en esto mi malestar inicial se disolvía y las ideas volvían a la calma. Los carros y las personas se movían como si estuvieran convencidos de su existencia, aunque este tipo de aspectos me sería puesto en duda más tarde. Minutos después el sol casi había desaparecido.

Si hay algo que me llamó la atención desde el principio de mi llegada, fue una meticulosa organización de las fechas, los espacios y la logística que seguirían las conferencias. Nuestros “guías” nos asistieron maravillosamente y por el resto de la tarde no había nada que hacer en la universidad. Toda la mañana se había ido en familiarizarnos con el lugar y ubicar los salones principales en donde se iban a exponer las diferentes charlas. El catalán que nos recibió, de una manera muy amable, nos sugirió a Heriberto y a mí que fuéramos a dar un paseo por las famosas Ramblas y que disfrutáramos el paisaje costero, con la finalidad de relajarnos un poco y estar más descansados para la conferencia de mañana. Seguimos su consejo y después de habernos presentado a las figuras más prominentes de la intelectualidad de España y Latinoamérica (además de Avedon), decidimos salir de la enclaustrante atmósfera académica, y pasear nuestra extranjería “exótica” por las calles cercanas a la costa y contemplar el mar por un rato.

Llegados a la plaza Cataluña bajamos del metro y nos dirigimos hacia las Ramblas que, como es habitual, bullían con turistas nacionales y extranjeros que hacían imposible el concepto de convivencia pacífica. Mi reloj apenas marcaba diez minutos antes de las ocho. Quedaba entonces suficiente tiempo para explorar el conocido paseo, aspirar el olor del mar y de paso, incrementar significativamente mi odio a las multitudes.



Todo el rato que estuvimos caminando por el extenso camellón de la calle, no aparté mi pensamiento del encuentro con Avedon. ¿Por qué querría saber más sobre mis ideas? ¿Le interesaba mi conferencia genuinamente? Consideré que nada más se había portado amable y que tal vez no sería tan necesario ir a su piso. Por otro lado, la postura de una persona sensata, atenta y respetuosa que siempre me ha gustado aparentar, se vería añicada por mi actitud de egoísmo. E intuía que Avedon, siendo tan respetado, bien podría comentar el incidente de mi desaire y al cabo de un rato la embajada y mi universidad también lo sabrían, lo cual no me era conveniente, dados mis planes de expansión intelectual. No se vería bien del todo que los demás directivos se enteraran de mi falta a la cita cuando se me ofrecía la oportunidad de conversar con el famoso Kieran Avedon (el mismo decano nos había presentado y, por supuesto, fue testigo de mi aceptación), siendo que existían muchas personas que hubieran pagado por tal privilegio.

—¿Sigues pensando en Avedon?— me preguntó Heriberto—.

—Sí, un poco. Me pone algo nervioso.

—No te preocupes tanto por ese tipejo, lo he leído en varias ocasiones y es muy aburrido.

—¿De qué habla?

—Demasiado esotérico para mi gusto, pero ya ves que eso parece ser el ánimo actual del hombre. La razón ya no tiene las respuestas, si no, ¿a qué crees que vienen todas estas conferencias de la trascendencia y la metafísica?. Si somos las últimas coca-colas filosóficas del desierto de la contemporaneidad.

—Deja la poesía para luego. ¿Cómo esotérico?

—Ya te darás cuenta luego. Vas a ir, ¿no?

Encogí los hombros mientras seguíamos nuestro curso errático. La gente corría, caminaba, se tropezaba, se caía, compraba, gritaba, reía y dejaba sueltos a sus niños para que cruzaran las calles. Llega un momento en que ya no se puede percibir a las personas individual-





mente. Todo se homogeniza y la masa se hace presente como una sola entidad. Tuve la impresión de estar viendo un extenso campo de trigo multicolor que se movía y creaba ondas con la acción del viento. Mi mente vagaba entre las cabezas de la serpenteante multitud y sentí la brisa del mar. ¿Qué era yo frente a esa fuerza irresistible, mucho más presente y sensual que mis ideas? Si en verdad la razón nos abandonaba a las puertas del milenio de la incertidumbre, ¿hacia dónde derivar los pasos ahora que aniquilábamos el suelo? Un asomo de duda llegó a mi pensamiento, y sentí mi conferencia vana y absurda. Ya no podía seguir defendiendo mis ideas de la forma en que las había concebido, algo en mí se enfermaba. Decidí entonces visitar a Kieran Avedon.

Eran las diez con cinco minutos cuando estaba pulsando el timbre correspondiente al piso de Avedon y sin hacer saludo ni preguntas, se oyó un zumbido electrónico que indicaba la desactivación del seguro. Empujé la puerta y mientras la abría cesó el sonido. El piso de Avedon se localizaba en el sexto nivel de un antiguo edificio en el cruce de las avenidas Diagonal y Passeig Saint Joan. La ubicación era en verdad buena. Claramente podían distinguirse, desde la ventana del balcón, las ocho torres semi-terminadas del templo de la Sagrada Familia de Gaudí, y si uno volteaba hacia la extrema derecha se accedía visualmente a un mar apenas sugerido. Ocultado por los edificios, las calles y las casas, el mediterráneo parecía susurrar canciones a lo lejos.

La caballerosidad no era una característica que uno podría apreciar de forma notable en el carácter de Avedon, pero la personalidad que veía en esos momentos cambió significativamente la impresión que me había causado en el primer encuentro. Avedon me recibió con un excelente vino y durante una hora conversamos sobre la cultura española y catalana, sus choques y el desenvolvimiento social en Reino Unido. No tocamos en absoluto el tema de la filosofía o de mi conferencia, y se

cuidó de mucho de no rozar la cuestión o algo que la pudiera relacionar. Tuve un rato agradable y casi empezaba a experimentar simpatía por este hombre, cuando aprovechó un breve silencio para cambiar súbitamente de tema.

—¿Ha oído hablar del *De occulta philosophia*?

El libro de Cornelius Agrippa, ese alquimista desquiciado, famoso por su carácter esotérico y reservado. Alguna vez llegué a leer un par de extractos, pero sin interesarme demasiado. Me atraía más debido al escándalo suscitado por su aparición que por su contenido, francamente monótono. En la época de su publicación armó tal revuelo que los impresores eran inquiridos por la Iglesia y, generalmente, tales procesos culminaban con penas carcelarias muy severas y la aniquilación total de una reputación decente.

—Poco, en realidad no me interesan ese tipo de trabajos —dije en un tono ligeramente molesto por el radical cambio en la conversación—.

—Quizá debería prestarle un poco más de atención. Puede encontrar un par de verdades.

—Lo dudo mucho. En todo caso no es la obra de un hombre de ciencia —contesté un poco más enfadado—.

—Mi querido doctor Taboada, ¿y la filosofía es ciencia? Dígame si ha encontrado algo de certeza incuestionable en los libros que tantas veces ha disfrutado y que le valen su título y su fama. La verdad que usted ha intentado buscar en esos libros no es nada comparado a lo que otros caminos pueden ofrecerle. Yo mismo lo sé. Soy muy reconocido en el mundo por los títulos que he publicado, pero es sólo porque los necios nunca podrían entender mis verdaderos e inéditos pensamientos, su comprensión la reservo para mentes superiores. Doctor, usted es una persona a quien yo admiro. He seguido el desarrollo de su carrera con enorme interés, soy muy sincero en esto, y quisiera compartirle una pequeña parte, apenas un asomo del conocimiento que he adquirido gracias a una apertura de mente, superior

a la de toda esta bola de académicos pomposos y esnobistas. Yo le ofrezco la certidumbre que ha buscado y que todavía busca en una realidad insatisfactoria. No haría este ofrecimiento a cualquiera y confío en que sabrá valorar mi confianza.

Permanecí en silencio unos cuantos segundos. Avedon me miraba atento con sus ojillos azules que se empequeñecían aún más a través de sus ridículos quevedos, pero no podía tomarlo a broma. “...Y su mirada aguilena, es la de un demonio que sueña...” La imagen de Poe con referencia a la infausta ave de su célebre poema, me vino a la mente con claridad y no pude sacar de mi mente lo acertado de la comparación, justo en ese momento en que Kieran Avedon me apuntalaba con su mirada. Con un gran esfuerzo, me levanté de la silla y comencé a moverme hacia la puerta. Avedon a su vez se levantó y alzó la voz:

—Por favor no se vaya. Quisiera que me permitiera la oportunidad de demostrarle mis palabras. No tiene nada que perder, le aseguro que quedará usted satisfecho y... quién sabe, quizá hasta pueda interesarle.

Me detuve justo antes de abrir la puerta y evalué la situación. Luchaba entre un sentimiento de repulsión y otro muy fuerte de curiosidad que no me dejaba cruzar el travesaño. Durante años había entregado mi vida a las disciplinas de la mente, en verdad me sentía un amante de la sabiduría, pero no podía ignorar el sentimiento de insatisfacción que me depredaba en los últimos años. Mi ponencia sobre el futuro me significaba un dilema, pues estaría hablando de algo en lo que ya no creía más. Me convertí en una víctima de mi hastío. La invitación de Avedon me sedujo y aunque estaba convencido de que todo en él eran fantasías, sentía una gran curiosidad por saber. Me volví y acepté.

—Espléndido —dijo Avedon, y me acercó una copa—. Brindemos por la apertura de la mente y el ánimo de los buenos filósofos que no se negaban a nuevas formas de conocimiento.

Tomé la copa y brindé junto con mi anfitrión. El vino era condenadamente bueno, quizá un poco seco para mi gusto regular, pero decididamente efectivo y empecé a sentirme algo más relajado. Pensé en los primeros filósofos, en los modernos; pensé en Heriberto, que seguramente estaría dormido en el hotel; pensé en el resto de Barcelona, que ignoraba lo que estaba pasando en este sitio y en la transformación que operaba en mis más íntimos niveles de voluntad. Sonreí y apuré el contenido rápidamente.

Entramos en un pequeño salón donde la iluminación era bastante reducida sin quedar totalmente a oscuras. En el centro de la habitación había una mesa con unos extraños grabados en su superficie. Al parecer, se trataba de tres círculos concéntricos que ostentaban en sus interiores símbolos incomprensibles y unas curiosas palabras en latín que evocaban varios nombres de antiguas divinidades paganas. Colgados del techo, unos amuletos con diversas formas animales se mecían suavemente con la brisa que entraba por la ventana abierta. Me acerqué para tomar un poco de aire y noté que a un lado mío había varias macetas con unas extrañas plantas que florecían a pesar de la poca luz.

—Belladona y beleño —dijo Avedon sin esperar a ser cuestionado—, se dice que las brujas los utilizaban para hacer pócimas en sus aquelarres. Sus propiedades alucinógenas y narcóticas inducían a las participantes a un estado más propenso para recibir mensajes de sus señores servidores, usted sabe, machos cabríos, escobas voladoras y ese tipo de cosas. La gente sólo ve lo que quiere ver. Conservo las plantas como una curiosidad, un fetiche, pero no es eso lo que me interesa que usted vea.

Caminamos hacia la mesa sobre la cual Avedon colocó varios trozos de tela distribuyéndolos en lugares específicos. Luego colocó un extraño candelabro en medio del grabado y lo encendió. Procedió luego a situar justo encima de la flama, una especie de crisol lleno

hasta la mitad de un raro líquido oscuro. Sacó también de un cajón una serie de cuchillos y utensilios de cobre y plata que dispuso alrededor del círculo de mayor tamaño.

—¿Qué significan las letras?

—Agrippa fue alguna vez conocido por su interés en algo llamado la *gematría*, una disciplina que estudiaba el valor numérico y simbólico de las palabras. Lo que ve usted en la superficie de la mesa son palabras con una carga energética específica que aceleran la transmutación de las cosas. En esta ocasión planeo utilizarlas de manera diferente.

Avedon lanzó una larga cadena de complicadas explicaciones en donde relacionó la numerología, la astrología y la alquimia con otras disciplinas menos conocidas, que en conjunto con las anteriores otorgarían a los iniciados la llave de los misterios de la existencia y el conocimiento de lo oculto en la naturaleza.

—No se asuste. Alguna vez Pitágoras hizo lo mismo. Se decía que podía hipnotizar a las personas para ordenarles hacer lo que él quisiera, aunque el hipnotismo no se descubriera hasta el siglo XVIII.

La explicación me había cansado, y el humo que salía del crisol empezaba a marearme. Le pedí a Avedon que por favor continuara rápidamente con su demostración antes que perdiera la paciencia. Esta vez no respondió. Me sonrió y se dirigió a un pequeño armario del cual sacó una espantosa máscara de fieltro negro con un largo pico curvado en el lugar correspondiente a la nariz. No pedí más explicaciones y me limité a observar sus acciones. Se ajustó la máscara en la cabeza y luego se vistió con una larga capa de terciopelo azulado en el que lucían figuras que remedaban animales y hombres por igual, algunas veces el humano y la bestia se fundían.

Colocándose al centro de la mesa, Avedon comenzó a proferir una retahíla de frases en un extraño lenguaje, al mismo tiempo que agitaba las manos y los brazos en torno a los

tres círculos con las letras grabadas. La repetición de los ruidos producidos por Avedon y el humo del crisol me empezaban a cansar y sentí fuertes náuseas. Caí sobre mis rodillas tosiendo y al punto del vómito. Como pude, me enderecé apoyando las manos sobre la mesa y volteé la mirada hacia el techo. El humo se concentraba en el techo y empezaba a formar pequeñas nubes que giraban en el sentido del reloj justo por encima del centro de la mesa. Al mismo tiempo el contenido del crisol burbujeaba y despedía un olor fétido como de mierda humana. Mi estómago no lo resistió y vomité en el suelo, venciendo la pobre resistencia de mis piernas. Todavía escuchaba la letanía de Avedon, que gradualmente se convertía en alaridos ininteligibles que me llenaban de temor. Desde el suelo alcanzaba a ver el borde superior del crisol todavía humeante, sentía mi cabeza pesada como un yunque, pero alcancé a recargarme sobre la pared y entonces contemplé algo insólito. Los animales representados en los amuletos que colgaban del techo se movían y escapando de sus minúsculas cárceles de metal, trepaban por las paredes y se paseaban por el resto de la habitación. Pero no había visto nada aún.

Volteé la mirada hacia la mesa y contemplé el bizarro recipiente que se calentaba. El cristal empañado del crisol no me permitía ver el interior, y a eso hay que sumarle la tremenda cantidad de humo que había en el cuarto, pero lo que percibí fue claro: del interior del crisol se extendió un pequeño brazo de forma humana que buscaba asirse del borde vítreo. Luego apareció otro brazo y sujetó el borde del vaso con fuerza. Asomándose lentamente se empezó a ver la cabeza de un hombrecito de color gris que tenía unas facciones infantiles. Avedon no detuvo ni un instante sus rezos y continuaba haciendo mesmerismos sin tomar en cuenta lo que ocurría dentro de la habitación. Habría salido corriendo, pero unos dolorosos calambres me atacaron las



piernas inmovilizándome. Los animales de la habitación se acercaban a mí con gran premura. Arrastrándome llegué a la puerta sólo para encontrarla cerrada. Los cantos de Avedon me volvían loco, pero estaba demasiado débil para moverme. El homúnculo se irguió por completo dentro del crisol y giró la cabeza en derredor como si buscara algo, hizo una mueca y luego dijo una frase en una lengua desco-nocida. Detuvo su recorrido cuando nuestras miradas hicieron contacto, dándome cuenta en ese momento, antes de desmayarme, que tenía unos penetrantes y horribles ojos azules.

Cuando desperté estaba acostado en una cama de hospital, tenía un fuerte dolor de cabeza y una náusea que me torcía por dentro. Mi visión era borrosa, así que me costó un poco de esfuerzo distinguir a Heriberto que estaba a mi lado y me miraba entre atónito y cauteloso. No supo cómo empezar a explicarme lo que había pasado.

—Diste la conferencia, todos los catedráticos estábamos esperando en el salón seleccionado. Te tardaste media hora en aparecer y luego... es muy confuso. Llegaste corriendo y vociferando que te perseguían unos demonios, tu ropa estaba manchada con mierda y luego te subiste al podio y no sé, a todos nos pareció que tenías ganas de volar. Te aventaste del podio y te fracturaste la pierna derecha. Lo único bueno fue que te desmayaste, así no tuviste que pasar el rato de vergüenza. Cuando me acerqué a verte apestabas a alcohol y a mariguana. Chingao, tú ni siquiera fumas ¿Qué carajos tomaste y a dónde más fuiste anoche?


—Avedon —le dije— fue Avedon. Estuve en su casa y me dio algo, veneno, no sé. ¿Dónde está ese desgraciado?

—Quizá primero tendrías que agradecerle al desgraciado ese que salvó tu conferencia. Cuando te desmayaste, él nos tranquilizó y sacó una copia de la conferencia que ibas a exponer. Al parecer tú se lo diste. Dijo que el

incidente no tenía porque afectar la seriedad de tu trabajo. De hecho lo hizo muy bien, ni yo me lo esperaba. La forma en que expuso tu trabajo les gustó a todos los asistentes; me imagino que le contaste todo sobre el tema, si no, no me explico cómo lo pudo dominar. Estuvo muy bien, hasta el decano le ofreció un puesto en la universidad. Titular. Qué pena, pudiste ser tú. Pero bueno, lo importante es que estás bien. Ese Avedon no es tan mal tipo como yo pensaba. Se comportó de una forma ejemplar y hasta se ofreció a pagar por tus tratamientos. Dijo que únicamente te sirvió dos copas de vino y te pusiste como un endemoniado. Huiste de su piso y no pudo alcanzarte. Carajo, Nacho, pensé que el desmadroso sería yo, y mírate. Ya para estas horas se habrán enterado en la embajada.

Escuchaba incrédulo todo lo que Heriberto me relataba, pero ya no podía replicar nada. Mi cuerpo y mi mente estaban demasiado agotados para pelear por un poco de razón. Claro, el humo, el vino, las plantas. Todo estaba allí. ¿Cuánto tiempo habría estado planeándolo? “He seguido el desarrollo de su carrera con enorme interés”. He sido un imbécil. Pero, ¿y el homúnculo? ¿Los demonios? Tal vez Avedon tenía razón. Sólo vemos lo que deseamos ver, y la tragedia del porvenir no es su nostalgia, sino su anhelo enceguecido por las pasiones. Conque el maldito va a trabajar en la universidad. Que se lo trague el cabrón.

Me sentía insoportablemente débil. A través de la ventana de mi cuarto de hospital escuchaba los ruidos de la ciudad y pensé que existían todavía muchos demonios que combatir y mucho futuro para encontrarlos. Pero ya les haría frente en otra ocasión, en esos momentos, lo único que sentía era un endemoniado sueño y decidí que lo mejor sería dejarme vencer por esta vez.

 Torreón, Coah., 19 de mayo de 2003

# Un león en el pozo

Fernando Martínez Sánchez



Hay quienes adquieren  
la mala costumbre de ser infelices.

T. S. Eliot

**I**  
**BELENIA**

—Cuando lo trajeron a Pozo de Calvo, poco más acá de Jimulquillo, ingeniero, el león reafirmó su idea de que, ahora sí, estaba amolado —empezó la vieja cronista—. Lo habían eliminado como principal atracción del circo Variedades Royal —perteneciente a Frank Zabo, el gitano más gordo del mundo— y vino a parar a este pueblo perdido entre arenales, mezquites y cerros de mármol. Como se volvió un león parlante, guardó la esperanza de llenar su vida, platicando su tragedia. Ignoraba que nosotros, gente acostumbrada a vivir y cantar llorando,

no le íbamos a prestar atención. En este sitio semidesértico, bárbaro, nadie iba a apreciar las habilidades lingüísticas que aquí desarrolló. Alguna vez le harían caso, ya lo verían, me dijo.

De su antigua y soberbia grandeza quedaban puros pellejos. Muy bien habría podido pasar por entre los barrotes de su jaula, una vez que los pobladores de estos añejos ranchos ardidos por la sequía le hubieran dado el gusto de oírlo con atención; pero debíamos escucharlo todos, no solamente yo, cronista centenaria, y mi tataranieta Nacho Guadalupe. Una vez cumplido su gusto, contento, se escaparía para acudir al cañón de la Cabeza o remontaría la sierra de Jimulco, sólo por ver si algún puma hembra le hacía aprecio, así estuviera viejo para esos trotes.

Belenia, la mujer centenaria que decía haber visto pasar por ahí a Porfirio Díaz, iba

Fernando Martínez Sánchez  
Escritor y periodista. Profesor de literatura en la UIA Torreón. Cronista de la ciudad. Ha publicado *Nada y ave*, *Suma presencia*, *Los pájaros del atardecer*, *Innovación y permanencia en la literatura coahuilense*, entre otros. Algunos de sus textos han aparecido en la revista *Fronteras* y en el suplemento cultural de *La Jornada*.

desde El Barrial de Guadalupe a Pozo de Calvo, sólo por estar con el león, la acompañaba su tataranieto, casi tan decrepito como ella, pues los demás vecinos nunca quisieron ir, preferían quedarse a entonar sus viejas coplas cardenches de amores lejanos y desatinos bañados de sotol y sangre, antes que escuchar las hazañas de un león que ni nombre tenía.

De vez en cuando Belenia le servía a la fiera alguna rata de campo, de las que le sobraban en la comida. Pero más que a alimentarlo u oírlo, ella iba a platicarle sus consejas, y el león escuchaba embelesado como al señor de Mapimí, el Cristo crucificado que habían llevado en préstamo a la parroquia de Cuencamé, le crecieron tanto los brazos que ya no pudieron sacarlo, pues ahí lo requerían más que en su iglesia original —enfaticaba Belenia—, y se quedó para hacer milagros a los cuencamenses.

Ella nació al otro lado del río. De niña vio, también, cómo instalaron un reloj de sol que no se equivocaba al dar la hora, aunque le hicieran sombra las nubes que pasaban sin resolverse a soltar la lluvia, hasta que el Señor de Mapimí se los ordenaba.

Pero lo que más pedía el león que le contara la vieja, tenía que ver con el relato del galope de los berrendos que se iban trotando a beber en las orillas del río Nazas, luego de que casi se desbarrancaban, en fuerza de carrera, por la Cuesta de la Fortuna, cuando oyeron el fragor ferrocarrilero, en los buenos tiempos de la hacienda. Pero ahora Jimulco y sus alrededores eran tan pobres que ya ni el mármol se vendía, y de La Flor y sus grandezas no quedaba ni el tallo, aunque Belenia las percibía con el vago perfume de la nostalgia.

En otras ocasiones, la matusalénica mujer le platicaba al león viejos cuentos de bandidos, indios salvajes, doncellas raptadas y tesoros cada vez más ocultos, mientras el ex rey de la selva se merendaba al coyote desorientado que Nacho Lupe había logrado capturar porque se había puesto encima una piel del carni-

voros. No se lo comían, pues lo consideraban de mal agüero. Su destinatario era el león, para que lo hiciera tasajo con su maltrecha dentadura.

Consumida la merienda y escuchadas las historias de Belenia, el fêlido paseaba por el estricto espacio de su jaula, hable y hable. Sus voces, por momentos, se volvían alaridos. Sus palabras registraban todos los timbres, los matices y los ritmos que ya hubiera querido un actor en el papel de Rey Lear, llorando por la ingratitud de sus hijas mayores. Cuando su lengua se cansaba de hablar la pasaba por sus viejas heridas.

La cronista y su descendiente lo oían un rato, festejando sus ocurrencias y regresaban a El Barrial, caminando junto a la vía, la vieja presumiendo de que primero se fatigaba Ignacio Guadalupe que ella, aunque reconocía que en algunas cosas sí le ganaba el hijo de su biznieto, sobre todo en la cacería y la lectura. La vista de él era nítida, ella solía ver borrosas las imágenes.

Cuando pregunté la edad de la vieja, nadie en el pueblo supo decírmela. Todos afirmaron que desde que tuvieron razón conocían a Belenia, cuya cara apenas se veía de tantos surcos que el tiempo había dejado en ella.

El mamífero de pelaje ocráceo —me contó la vieja— llegó a Torreón con el circo húngaro de Praga. Entonces si era un león llameante y rugidor como la fragua de Vulcano. Incendia- ba la carpa que se erguía con sus llamativos banderines trepidando en el viento de la comarca, a la espera de la *troupe* de fieras, payasos, caballistas y fenómenos de todas clases, que se desgañitaban alborotando a los polvosos habitantes de aquel emporio algodónero.

Conducido por su domador marchaba el león, arrastrado de una cadena por cuya solidez los espantados pueblerinos rezaban a Dios. Sin justificación, entre el polvo de la ancha y extensa calle sin pavimentar, surgió



una afilada punta de flecha que había sido removida por el paso de carromatos, animales y artistas, y que se clavó en una garra de la fiera, misma que pegó un rugido interminable a la manera de un moderno locutor deportivo. La marcha se detuvo y Antenor Cifuentes, el único veterinario de entonces, acudió de urgencia. El dueño del circo no había aceptado que Belenia, experta en yerbas medicinales, le pusiera al rugidor un emplasto de gobernadora, mariguana y sábila, calentado con un enorme mazacote de guayule parecido al parche de José Gris.

El león no murió, mas por el trance sufrido lo retiraron de la pista circense, luego de que el médico no lograba sacarlo de la anestesia, dejándolo convertido en un guiñapo de animal. El gordo Frank demandó al veterinario, pero antes se fue caminando a punta de resuellos desde el lugar donde se encontraba el circo, por terrenos de la primera estación de ferrocarril, frente al hotel Francia, hasta la calle Guadalupe Victoria, siguiendo la ruta del tranvía. Iba detrás de él una estrepitosa chiquillería, un montón de curiosos, dos o tres gendarmes y hasta unos jinetes de la Acordada. Frank Zabo y su tonel de humanidad llegaron golpeando la impenetrable puerta de pino crudo de la casa consultorio de don Antenor, quien sólo de verlo por el ojo de la chapa, agarró una temblorina que todavía le dura.

El gordo destruyó el maderamen, usando sus puños como arietes, y reventó la cadena asegurada con un poderoso candado de ferrocarril que el veterinario había puesto. Los de la Acordada le bajaron el coraje a punta de cintarazos, lo amarraron y entre muchos lo subieron a un caballo para remitirlo al vagón que entonces servía de cárcel, pero el cuadrúpedo no soportó al pesado jinete, y azotó muerto. Hartos de batallar lo treparon en un carro de mulas y lo remitieron encadenado a un corral, donde permaneció bajo la vigilancia de la autoridad, hasta que el juez



escuchó sus razones, y lo puso en libertad, comprometiéndose a ejercer acción legal en contra del veterinario, quien al final, se vio obligado a vender todas sus vacas para cubrir el exorbitante precio del león, cuyo color ocre se había opacado. Para terminar de amolarla, los tribunales lo condenaron a hacerse cargo de lo que sobraba del animal.

—Pude haberlo matado —contó Antenor— pero me dio lástima y se me ocurrió regalarlo al zoológico de la alameda que, salvo dos o tres venados y un halcón, carecía de otros ejemplares.

El administrador del zoológico, que no podía mantener a semejante consumidor de alimentos, una furtiva noche ciega de luna y estrellas, lo dejó salir de su jaula. El león ayudado por su olfato ganó rumbo a Villa Juárez, pero el cansancio y la convalecencia lo obligaron a quedarse dormido, afuera de un rancho. Los perros levantaron a los dueños quienes, por tantito y lo matan con sus 30-30, pero al verlo tan esmirriado, se compadecieron de él y lo metieron a la troje, donde a fuerzas, consumió una paca de forraje y una batea de agua. Ahí se hubiera quedado con el asentimiento de los alarmados vecinos, pero la negativa de éstos provocó que lo trajeran a Pozo de Calvo donde era tan frecuente la aparición de algún puma, que esto ya no asombraba a los lugareños, quienes, por otro lado, confiaron en que la permanente presencia del león espantaría a los coyotes que asolaban los escasos gallineros.

## II

### LOS DERROTADOS DE UN LEÓN

Antes de morir, Ignacio Guadalupe tuvo la ocurrencia de escribir, completo, el parloteo del león. Llenaba varias páginas de un viejo cuaderno de contabilidad de la hacienda de La Flor, cuyos últimos renglones no habían servido para nada. Belenia, porque su descendiente ya había fallecido, me pidió que lo leyerá y difundiera la historia del león parlanchín, pues ella ya se sentía muy cansada para

hacerlo y era difícil que saliera del Barrial de Guadalupe.

No cometo la imprudencia de darles a conocer entero el monólogo del melancólico rugidor, sólo escogí aquellas partes que más atrajeron mi atención. De cualquier forma, advierto que la transcripción de Nacho Guadalupe se pierde, a veces, en el concepto de tiempo y espacio, pero respeta el florido y hasta científico lenguaje del ilustrado animal, como lo verán enseguida:

Yo no lucía tan lacio como ahora, ¿qué creen?. —El león se acercaba a las rejas y ponía sus garras en los travesaños. Aflautaba el hocico para aventar la voz—. Nunca me verían como un falderillo lamiendo la mano de su amo.

Los invito a disfrutar el espectáculo de un león parlante. Mis colmillos siguen tan afilados como las cimitarras de Sandokan, capaces de hacer gajos un pedernal. Sigo estando orgulloso de mi melena, relumbrante más que la de cualquier león de película. Me enorgullece decirlo, pero la piel de uno de mis antepasados colgó de la tienda portátil de Tamerlán, cuyo casco llevaba de adorno el rabo del león de Nemea, del que yo desciendo, aquél cuya piel cubrió a Hércules.

Cuando salía por las noches a cazar tiernas corzas, el ocre de mi pelambre iluminaba las lobregueces de la jungla. Mis rugidos sembraban el terror en las manadas de antílopes, los pájaros salían de su sueño y armaban una algarabía por mi presencia: la del único rey de la sabana. ¡Qué diferencia con la perra vida que hoy llevo! Y todo por culpa de... ¡Bah!, no vale la pena acordarse. Mi dignidad me obliga a soportar, con todo el valor de mi corazón, la desgracia que me cayó encima.

Cierto día una partida de batidores bantúes peinó la selva donde yo reinaba. Por perseguir una adorable y apetitosa cervatilla en las orillas del Zambeze, caí en la trampa de los traficantes de fieras salvajes, proveedores de los circos y zoológicos más famosos del

mundo. Fue en Ceilán, en aquel año de...— no me quiero acordar— a subasta de fieras exhibieron a un soberbio tigre que no se resignaba a mi superioridad; el más esbelto leopardo dibujaba todos los matices de la selva en su piel. Una pantera con mirada de pedernal que había robado para su pelaje el terciopelo de la noche, se mantenía echada con la misma indolencia que una princesa de la selva. A pesar de tanta carnívora belleza, excuso decirles que fui el animal mejor cotizado en el mercado cingalés. Barnum, Cecil B. de Mille, el emir de Jaipur, y hasta un cacique tropical, pujaron por comprarme. Ganó el primero, más visionario que los otros. De inmediato le pidió a un domador que me enseñara el truco que consiste en pedir a algún voluntario que meta su cabeza entre mis fauces el tiempo que dura rezar un padre-nuestro. Hasta que yo no escuchara el amén, mantendría abierto el hocico.

Claro, eran otros tiempos. Mi melena —se habrán percatado— no luce como entonces, mi rabo no sacude airoso su mechón, aun si percibe el resuello de una corza. Es probable que el filo de mis zarpas no alcance a degollar una lagartija, aunque yo afirme lo contrario.

A pesar de todo, mis aventuras selváticas y circenses llenarían los capítulos de una novela de Rudyard Kipling. El relato de mis cariños y venganzas, hummm... es interminable. Sólo que, les aseguro, en ninguna parte la pasé tan mal como aquí. Se me derramara la melancolía por el corazón, como dice don Miguel de Cervantes, si no me mantuviera la esperanza de ser escuchado.

Mientras yo leía, Belenia se levantaba la falda imitando al león y se sacudía las moscas que para entonces coronaban su pelo amarillento color meados de burro.

Mi desgracia empezó cuando míster Barnum, proclive a los negocios, concibió la peregrina idea de venderme al petrolero texa-

archivo



no Huntington y éste me exhibió en una jaula como adorno del enorme vestíbulo de su hotel en Dallas, donde organizaba bacanales, por lo menos tres veces al año. Un día se le ocurrió la estafalaria idea de llevarme a su rancho El arco del apache. A uno de sus hijos se le ocurrió jalarme la melena. Así lo había hecho siempre, pero aquel día yo no estaba de humor. Saqué una garra por entre los barrotes de mi jaula y lo degollé igual que a un cervatillo.

Cuando Huntigton se dio cuenta de la tragedia, sacó un pistolón calibre 44 y lo apuntó hacia mi cabeza. Creí que iba a morir con dignidad. Pero en él pudo más la codicia que la venganza y me vendió –ja muy buen precio!– a un cacique tropical que mantenía un zoológico privado en su hacienda enclavada cerca del volcán Popocatepetl. Él se había fijado en mí desde la subasta de Ceylán.

Higinio Raygoza, tal era el nombre del cacique, no me quería como atractivo turístico. Tardé poco en averiguar sus intenciones. Me quería de cazador. En su mentalidad se había incubado la idea de establecer una venatería surtida con los últimos enemigos políticos del régimen para que yo les diera caza. Si alguno lograba escapar de mis garras y mis fauces, le concedería la gracia del destierro. Los románticos de nunca acabar, los ultraizquierdistas de melena leonina –de los que iban quedando pocos– serían mis primeras víctimas.

A unos cuantos kilómetros del volcán, los botánicos al servicio de Raygoza habían convertido el terreno en una sabana semejante a aquella donde yo imperaba. Pretendían así aplacar mi nostalgia y enardecer mi corazón. Los árboles y la maleza de mi hábitat habían sido importados a muy alto precio, para satisfacer la manía cinegética de aquel cacique tropical, quien no vaciló en utilizar los escasos recursos del erario para importar –a precio de dólar– todo tipo de plantas y animales, aun los más escasos en el planeta.

Desde luego, para excitar mi hambre y volverme más fiero, apartaron de mi dieta los trozos de carne de antílope. Me mantendrían en ayunas para que no diera tregua a los perseguidos. No acababa la sombra del Popocatepetl de extenderse a mi alrededor, cuando encontré a mi presa, ayudado a fuerzas por un perro alano semejante a los que usaban los encomenderos para cazar a los indios.

Raygoza comprendió que no me había gustado la ayuda del perro, porque a los quince días, cuando me llevaron a la siguiente partida de casa, me eché boca arriba, como niño chiquito que no quiere dar un paso más. Se llevaron al can y emprendí mi siguiente batida sin que el hombre, un poeta rebelde, escapara de mis garras.

Nada me hubiera importado seguir siendo el verdugo de la dictadura, pero me picó el tábano de la dignidad, no era justo que me dedicara a cazar hombres que para mí eran tan fáciles presas. *Aquila non capit muscas.*

Ahí empieza la etapa más dramática de mi vida: mi destierro a este lugar extremo del norte mexicano, a este calvero, donde sólo usted doña Belenia y Nacho Guadalupe, vienen a oírme. ¡Aaaah!... mi selva, mis corzas... la carne de antílope. Qué diferencia entre aquella y los despojos de coyote que ahora me sirven. Y ni esperanzas de comer carne de berrendo.

¿Dónde está mi melena de largas guedejas que relumbraban como el oro a la luz solar de la sabana? La soberbia elasticidad de mis músculos, brincando de risco en risco, ¿qué se hizo?, ¿qué se hizo el rey de la floresta? Tanta fanfarria que provocaba ya no se oye.

A pesar de todo soy un león verdadero. Aunque esté convertido en un saco de huesos capaz de entrar y salir por las rejillas de mi jaula. ¿Verdad que nadie se atreve a meter su cabeza entre mis fauces? Verdad que, así y todo, ¿sigo siendo un león, merecedor del reconocimiento de la sociedad de los hombres? Ahora sí, me voy a poner, de verdad, en huelga de hambre,

pues en este pueblo nadie quiere oírme. Mi orgullo me reclama visitar otras latitudes más curiosas, donde quieran escucharme. No espero su compasión, porque mi dignidad real no me lo permite. Si no deciden venderme a las atracciones que pronto meterán bulla en la feria del Cristo de Mapimí, moriré, sin remedio, de hambre. Recogerán de mí un pellejo que no servirá ni de tapete en el baño del presidente municipal de Sapioriz.

Estoy seguro de que, en otros lugares, pagarían muy buen precio por escuchar mis historias. Un león parlante no es poca cosa, aunque a ustedes les aburra, por su ignorancia, el relato de mis derroteros.

### III

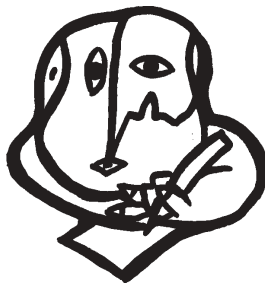
—Y, ¿qué fin tuvo el león, doña Belenia?

—Estaba viejo y enfermo para aguantar una huelga de hambre y no dejó de engullir los bocadillos que yo le llevaba, pero se mató, desilusionado, cuando acabó de leer unos libros que Ignacio Guadalupe le había prestado: las historias de Esopo en las que hablan los leones. Así acabó por convencerse de que algunos de su especie poseían el don de la palabra, desde hacía casi tres milenios. Él pensó que no constituía ningún prodigio y se tragó su lengua, estaba tan flaco, que no le dio trabajo.

—Tal vez si le hubieran prestado aquella *Florencia* de San Francisco, donde éste asegura al hermano león que la paciencia engendra la alegría, aún estaría hablando solo.

—Lo hallamos tieso, con el libro de fábulas entre las fauces. El comisariado ofreció el cuerpo al Club de Leones de Lerdo para que lo disecaran y lo pusieran de adorno en su sala de juntas. Pero al verlo, lo encontraron tan flaco, que no lo quisieron. Al final lo echamos al monte. Al otro día no quedaban ni sus huesos. Los coyotes se lo cenaron en un santiamén. Vale la pena, ingeniero, que cuente esta historia antes de que se acabe el mundo. 🐾

## invitación a colaborar



*Acequias* es una revista interdisciplinaria que aparece cuatro veces al año, paralela a las estaciones: en primavera (marzo), verano (junio), otoño (septiembre) e invierno (diciembre); editada por la Dirección de Servicios Educativos Universitarios y dirigida, sobre todo, a la comunidad que integra la UIA Torreón.

Se llama *Acequias* porque es una palabra con la cual se identifica la atmósfera agrícola de La Laguna, porque remite a la feracidad del agua vertida en el desierto y, además, porque este vocablo sugiere, entre sus grafías interiores, las siglas de la UIA: **acequias**.

Su distribución es gratuita para los alumnos, empleados y profesores de la Universidad.

Si eres alumno o ex alumno de cualquier programa académico, personal académico de tiempo o asignatura, personal administrativo o de servicio, miembro de asociaciones vinculadas con la Universidad o amigo de la UIA, ***Acequias te invita a colaborar con ensayos, artículos, entrevistas, crónicas, reseñas de libros, textos de creación literaria, dibujos, historietas o caricaturas.*** Tomando en cuenta la diversidad de lectores a la que está dirigida la revista, habrás de evitar el lenguaje muy especializado, así como la excesiva acumulación de datos o referencias eruditas. Los textos deberán estar escritos de manera clara, sencilla y bien estructurada. Te sugerimos considerar la fecha de salida del siguiente número al elegir tu tema.

**La extensión de las colaboraciones es de dos a cuatro cuartillas a doble espacio: se recomienda que el tamaño de la letra fluctúe entre 12 y 14 puntos. Los colaboradores deberán entregar el original impreso y su versión en disquete (que será devuelto luego de copiar el archivo correspondiente).**

Los textos deberán ir acompañados, **en hoja por separado**, de la siguiente información:

- Nombre del autor
- Dirección y teléfono
- Área de trabajo, estudio o relación con la UIA
- Brevísimas referencias curriculares

El Comité Editorial, sin conocer el nombre y procedencia del autor, determinará la inclusión de los materiales recibidos dentro de la revista según criterios de calidad, oportunidad, extensión y cupo. Los artículos que así lo requieran, recibirán corrección de estilo.

Los materiales propuestos para su publicación deberán ser entregados o enviados al Centro de Difusión Editorial de la UIA Torreón. También pueden entregarse directamente al editor o enviarse a la dirección electrónica **[acequias@lag.uia.mx](mailto:acequias@lag.uia.mx)**

**La fecha de cierre del número 25 de *Acequias* será el**